

2° FORO NACIONAL
EDUCACIÓN
POLÍTICA
CIUDADANA

Democracia en la encrucijada

MEMORIAS

18, 19 y 20 de junio de 2024

Bogotá D.C., Colombia

Declaración de derechos de autor y uso del contenido

El contenido de este documento está protegido por derechos de autor. Se concede a los usuarios el derecho de acceder, compartir, distribuir y reproducir el material contenido en esta publicación bajo las siguientes condiciones:

Uso no comercial: El contenido de este documento puede ser utilizado de manera gratuita y no comercial.

No está permitido su uso con fines comerciales sin la autorización expresa de los organizadores del evento.

Atribución: Se permite la reproducción, distribución y transmisión del contenido, siempre que se otorgue el reconocimiento adecuado a los autores y organizadores del evento, citando la fuente de manera apropiada.

Prohibido modificar: No se permite la modificación, adaptación ni transformación del contenido. Cualquier uso debe ser fiel al material original.

Copyright y licencia

Este documento se publica bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Esto significa que el material puede ser compartido y distribuido, siempre y cuando se dé el crédito correspondiente al autor original, no se utilice para fines comerciales y no se realicen modificaciones al contenido: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



CENTRO PARA LA
EDUCACIÓN POLÍTICA

Diego Puerto
Transcripción y compilación

Natalia Rebetez Motta
Coordinadora

Manuela González
Diseño gráfico y diagramación editorial

Prof. Alexis De Greiff
Director del CEP

cep_bog@unal.edu.co

www.centro-educacion-politica.org



1. Unsplash





CONTENIDO

Presentación	6
Apertura	8
Conferencia <i>Autoritarismo y derechos humanos en América Latina</i>	12
Mesa <i>Educación política para una nueva función pública: la responsabilidad política de la tecnocracia y los burócratas</i>	24
Mesa <i>Narrar la democracia: conversación con Juan Gabriel Vásquez y Alejandra Jaramillo, novelistas</i>	38
Mesa <i>¿Adoctrinamiento o educación política?</i>	51
Mesa <i>¿Hacia una “guerra cultural”? Los nuevos retos de la comunicación política en América Latina</i>	71
Mesa <i>Pensar el pasado: la historia como educación política</i>	90
Mesa <i>Más allá de la apatía: la participación juvenil en la democracia actual</i>	109
Cierre	124

PRESENTACIÓN

El 2° Foro Nacional de Educación Política Ciudadana: “La democracia en la encrucijada” se celebró de manera virtual entre el 18 y el 20 de junio. Durante tres días, el evento congregó a académicos, expertos, estudiantes, líderes sociales y representantes de instituciones del Estado, quienes participaron en un diálogo enriquecedor sobre los retos contemporáneos que enfrenta la democracia. En este espacio se abordaron cuestiones fundamentales vinculadas a los derechos humanos, la educación política y el rol crucial de la ciudadanía en la construcción de sistemas democráticos sólidos.

Este foro tuvo como objetivo generar un espacio de reflexión crítica sobre las amenazas actuales a la democracia, especialmente en un contexto global marcado por el ascenso de narrativas autoritarias y las crisis políticas y sociales en diversas regiones del mundo. A lo largo de las jornadas, se analizaron múltiples perspectivas y enfoques teóricos, interpelando el papel de la educación política, las instituciones, los actores políticos y los/as ciudadanos/as en el fortalecimiento de una democracia inclusiva, participativa y equitativa.

El foro incluyó una conferencia magistral titulada “Autoritarismo y derechos humanos en América Latina”, en la que se debatieron los principales desafíos en la región en relación con la protección de los derechos humanos y la preservación de los sistemas democráticos frente al autoritarismo. Además, se desarrollaron seis mesas de trabajo que cubrieron una amplia gama de temas, tales como la función pública y la responsabilidad política de la tecnocracia, las tensiones entre adoctrinamiento y educación política, los retos de la comunicación política en la región, y el papel de la historia en la educación política.

Las mesas incluyeron:

- Educación política para una nueva función pública: la responsabilidad política de la tecnocracia y los burócratas.
- Narrar la democracia: conversación con Juan Gabriel Vásquez y Alejandra Jaramillo, novelistas.
- ¿Adoctrinamiento o educación política?.
- ¿Hacia una “guerra cultural”? Los nuevos retos de la comunicación política en América Latina.
- Pensar el pasado: la historia como educación política.
- Más allá de la apatía: la participación juvenil en la democracia actual.

La diversidad de participantes y temáticas tratadas reflejó la relevancia global de los desafíos contemporáneos a la democracia. El foro subrayó la importancia de una educación política crítica, capaz de empoderar a las personas y comunidades para enfrentar los retos actuales y futuros de la democracia en un mundo cada vez más complejo.



Apertura

Prof. Carlos Guillermo Páramo Bonilla

Decano de la Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

La crisis de la democracia ocurre a lo largo y ancho del continente, pero también en la Universidad Nacional de Colombia. Esta es la institución responsable de contribuir a construir nación y para ello debe estar revisando continuamente los mecanismos de comunicación, participación, discusión y construcción de ciudadanía. También la Universidad está atravesada por las tensiones que oportunamente abordará la programación del Foro. La conexión entre la Universidad y el continente resulta, por tanto, absolutamente pertinente.

A veces tendemos a dejar de lado algo fundamental en la naturaleza de la Universidad: la formación política, entendida como una formación que se abra al mundo, reconozca y se compeza de la diferencia, cuestione las verdades absolutas, reconozca que las verdades están en distintos lugares y conforme a muchos mundos posibles, se indigne ante las inequidades y, sobre todo, procure entender antes que juzgar. Enhorabuena este evento y los asuntos que va a discutir, todos pertinentes para examinarlos en lo pequeño de las universidades donde se proyecta lo grande del continente.

Prof. Alexis De Greiff

Director del Centro para la Educación Política (CEP)
Universidad Nacional de Colombia

En 2018, el estudio cuantitativo Percepciones de los jóvenes acerca del gobierno, la convivencia pacífica y la diversidad en cinco países de América Latina (Wolfram Schulz, John Ainley, Cristian Cox y Tim Friedman) reportó que:

1. La mayoría de los estudiantes de secundaria de los países analizados apoyó las justificaciones a favor de las dictaduras. Además, cerca de dos tercios de los encuestados estuvo de acuerdo en que un régimen dictatorial estaría justificado si garantiza orden, seguridad y beneficios económicos.
2. Colombia, junto con Chile, registró un descenso general en la confianza hacia las instituciones cívicas.
3. Los/as estudiantes que esperaban cursar un grado universitario y contaban con mayor conocimiento cívico mostraron menor propensión a apoyar prácticas autoritarias y corruptas.

El estudio enciende las alarmas: las democracias requieren vigilancia constante, ya que son susceptibles de ser debilitadas desde dentro. Este problema motivó, entre colegas, una reflexión sobre la necesidad de promover la democracia. El Centro de Educación Política (CEP) es una alianza entre cuatro universidades: Universidad Nacional de Colombia, Universidad

de Los Andes, Universidad de Ibagué y Universidad del Rosario, junto con otras cuatro en proceso de adhesión: Universidad Pedagógica Nacional, Universidad de Antioquia, Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana (CLAEH-Uruguay) y Universidad de la República (Uruguay). Además, cuenta con el apoyo de la firma MODUM para la gestión de comunicaciones. El CEP está compuesto por un Consejo Asesor, un equipo de coordinadores y profesionales asociados.

El CEP es una plataforma orientada al fortalecimiento de la cultura democrática, con el objetivo de empoderar a la sociedad colombiana mediante la educación y el conocimiento. El Centro busca transformar las ideas ciudadanas en cambios culturales que fomenten y garanticen la democracia, así como el funcionamiento más eficaz de sus instituciones. Se trata de un trabajo intelectual, creativo y práctico.

El CEP desarrolla tres líneas generales de trabajo:

1. **Participación y articulación en red:** desarrollo de metodologías participativas para proponer soluciones a problemas que afectan directamente a las comunidades y requieren participación política. Esta línea incluye proyectos, eventos, conversatorios, foros y encuentros organizados por el CEP.
2. **Formación:** conjunto de talleres, cursos y diplomados que el CEP organiza para fortalecer la educación política.
3. **Investigación:** articulación con semilleros de investigación que promueven proyectos estudiantiles orientados al diálogo, la educación y el debate.

Para respaldar estas líneas de trabajo, el CEP se apoya en las siguientes bases operativas:

1. **Producción de conocimiento:** mediante una línea editorial que incluye la revista Formación Política y una colección de libros editados.
2. **Estrategia de difusión y comunicación:** desarrollo de una caja de herramientas sobre educación política, un sitio web y contenido periódico en redes sociales.
3. **Incidencia política:** elaboración de recomendaciones para políticas públicas en torno a la educación política ciudadana.

¡El Centro de Educación Política (CEP) da la bienvenida al Foro y agradece su participación!

Diego Andrés Cancino

Viceministro del Interior de la República de Colombia

Quiero aportar una idea fundamental, inspirada en Roberto Gargarella y Ronald Heifetz, además de mi experiencia con Antanas Mockus y Jürgen Habermas: si enfrentamos el desafío de repensar la democracia en momentos de convulsión como el actual, en el marco de iniciativas de educación política y fortalecimiento democrático como esta, nuestro gran reto es aprender a dialogar. Esto implica aprender, construir y profundizar la conversación.

La etimología de la palabra “conversación” es bella: proviene del latín *conversatio*, que significa ‘hacia un sentido’ o ‘dirección común’. En este contexto, conversar significa construir un sentido compartido. Ese es el gran reto. Este proceso ya está ocurriendo en varias regiones del país, donde se busca transformar los conflictos mediante el diálogo, bajo reglas específicas de respeto.

Además, la profundización de la democracia depende, de manera fundamental, de procesos educativos. Tanto la transformación de los conflictos como el fortalecimiento de la democracia exigen una educación política sólida. En este camino, la conversación y la discusión desempeñan un papel fundamental.

Poco a poco se ha venido planteando la necesidad de que las personas nos convirtamos en constituyentes de una transformación social y política. En este marco, la educación política tiene una importancia mayúscula. Para llevarla a cabo enfrentamos una serie de retos fundamentales:

1. ¿Cómo vamos a conversar? ¿Qué quiere decir conversar?: Roberto Gargarella dice que la posibilidad de desarrollar prácticas dialógicas implica una connotación emotiva favorable en la medida en que apela a una civilizada resolución de conflictos en momentos marcados por los antagonismos políticos.
2. La idea del diálogo democrático ha alcanzado un prestigio significativo en las acciones sociales, en particular gracias al impulso que le han dado teorías comunicativas como la de Habermas. Además, dicha idea plantea que los distintos poderes de gobierno deben alcanzar acuerdos conversacionales para alejar los temores y críticas en torno a la imposición de soluciones autoritarias. El diálogo debe ser una prioridad fundamental y, para la democracia, puede ser el pivote de su consolidación.

Las sociedades actuales necesitan que el diálogo tenga prioridad en los asuntos políticos. Sin embargo, este no puede convertirse en un servilismo legal que, aunque importante, no es la única herramienta de transformación de una sociedad. En el marco de la educación política, los diálogos deben ser inclusivos y abiertos; nunca pueden estar confinados a una élite social. Cuantas más personas puedan participar en diálogos con reglas, será más probable que los antagonismos conversen y se logre construir un sentido compartido.

No obstante, con frecuencia, los diálogos sociales terminan intensificando inequidades, y esto no puede ocurrir. El diálogo debe abrirse para romper esas inequidades y contribuir a la construcción de paz.

Para terminar, una confesión: este nuevo cargo está especialmente basado en la conversación y la articulación. La función del Viceministro es articular y generar conexiones en todas las regiones del país. En su libro *Pensar rápido, pensar despacio*, Daniel Kahneman hace una reflexión sobre la educación política y la profundización de la democracia: ¿en qué momento se necesitan liderazgos colectivos para pensar rápido? Y, ¿en qué momento se requieren liderazgos colectivos y educación política para pensar despacio? Se necesitan momentos de reflexión alimentados por el rigor. La educación política debe permitir ambas cosas: pensar rápido en decisiones importantes y pensar despacio cuando sea necesaria una reflexión más detallada. En ambos casos, la educación política debe cultivar la prudencia.



Prof. Constanza Castro

Coordinadora del CEP
Universidad de Los Andes

Quiero referirme a los objetivos de este Foro y al contexto en el que surge. Estamos en una época de profundos cambios políticos que parecen estar llevando al autoritarismo a países que antes se consideraban democráticos. Somos testigos del ascenso de una retórica mesiánica y refundacional, que forma parte del arsenal ideológico de la extrema derecha o de sectores fascistas, según estudiosos de la teoría política y numerosos historiadores. Esto representa una amenaza en Estados Unidos, Europa y América Latina, aunque con un estilo diferente al de la primera mitad del siglo XX. Parte del éxito de estas ideologías radica en crear una atmósfera de crisis, lo que no significa que el Estado y las instituciones democráticas no estén realmente en peligro.

En este Foro nos preguntamos: ¿cuál es el papel de la educación en medio del ascenso de estas ideologías y de esta retórica polarizante? ¿Tiene la educación alguna posibilidad de incidir? En línea con ello, ¿qué podemos hacer quienes creemos en la educación como la base de una sociedad democrática o como el pilar de la igualdad?, ¿qué podemos hacer cuando pensar críticamente es considerado por algunos como adoctrinamiento o cuando parece estar en ascenso una ideología anti-intelectual?, ¿qué hacer cuando la evidencia, base del conocimiento, pareciera no importar en los debates públicos ni en la toma de decisiones políticas?

El Foro discutirá durante tres días los temas mencionados:

- El **primer día**, analizaremos el papel de la educación política en la nueva función pública, así como la responsabilidad política de la tecnocracia y de los burócratas. Luego hablaremos sobre lo que significa narrar la democracia como un ejercicio tanto político como literario.
- El **segundo día**, abordaremos la relación entre la educación política y los derechos humanos, y discutiremos la tensión entre adoctrinamiento y pensamiento crítico con miembros de distintos partidos políticos activos en el debate.
- El **tercer día**, trabajaremos junto a periodistas y académicos en los nuevos retos de la comunicación política, un tema central en la actualidad. Además, con un grupo de historiadores analizaremos la historia como herramienta de educación política. Para concluir, contaremos con un grupo de jóvenes que dialogarán sobre sus expectativas respecto a una educación que permita la participación política.

Esperamos que todas estas sean conversaciones esperanzadoras, que contribuyan a reflexionar sobre las democracias en riesgo.

CONFERENCIA

Autoritarismo y derechos humanos en América Latina

Juanita Goebertus

Directora de la División de las Américas de Human Rights Watch
- Conferencista

Prof. Camila de Gamboa

Coordinadora del CEO. Universidad del Rosario
- Comentarista



Camila de Gamboa

Buenos días. Hoy tendremos una interesante conversación con Juanita Goebertus, quien, como saben, participó en el Acuerdo de Paz de La Habana, fue miembro del Congreso y actualmente es directora de Human Rights Watch. Escucharemos su ponencia titulada "Autoritarismo y Democracia en América Latina". Luego, haré algunos comentarios y daremos paso a las preguntas de nuestro público.

Juanita Goebertus

Es un privilegio hacer parte de este Foro. Quisiera aproximarme a este tema desde las tendencias que estamos observando en la región. Por supuesto, en todo análisis de una región tan compleja y diversa como América Latina, es importante ser cautelosos, ya que siempre habrá detalles particulares que varían en cada país. No aspiro a hacer una generalización que se aplique de manera uniforme a toda la región, sino a proponer un análisis de algunas tendencias comunes.

Quiero centrarme en tres tendencias preocupantes que hemos visto desarrollarse recientemente en América Latina, las cuales tienen antecedentes históricos y que nos permiten dialogar sobre el desarrollo democrático de la región y los desafíos actuales. Estas tendencias son:

1. En **primer** lugar, el intento de restringir la separación de poderes y la independencia judicial.
2. En **segundo** lugar, el desarrollo de políticas de seguridad autoritarias que, en principio, buscan ofrecer protección y garantías, pero que oscilan entre una visión represiva y una omisión total, reflejando una incapacidad o falta de voluntad para proteger a la ciudadanía. Actualmente, no vemos en la región políticas de seguridad que sean simultáneamente efectivas y respetuosas de los derechos humanos.
3. En **tercer** lugar, el cierre del espacio cívico y las restricciones impuestas a las organizaciones de la sociedad civil.

Antes de profundizar, quisiera hacer una aclaración inicial: es evidente que en la región coexisten distintos tipos de regímenes, por lo que es necesario ser cuidadosos en el análisis. No obstante, me enfocaré en los países que están en una clara deriva autoritaria. Desde la perspectiva de Human Rights Watch, al menos tres países de la región pueden ser catalogados hoy como dictaduras: Nicaragua, Venezuela y Cuba. Aunque haré algunas referencias a estos casos, mi énfasis estará en los países que se encuentran en un proceso de erosión de sus sistemas democráticos, en particular El Salvador, Perú y Guatemala.

Sin embargo, no es viable hablar de autoritarismo y democracia sin poner sobre la mesa un elemento fundamental: en Nicaragua tenemos un régimen que reprime todo disenso, con más de 3.500 organizaciones de la sociedad civil cerradas desde 2018, cuando se dieron las manifestaciones estudiantiles. Además, más de 300 presos políticos han sido desterrados, despojados de su nacionalidad, bienes, acceso a pensión e incluso de sus propios registros académicos. Esto va totalmente en contravía de las obligaciones internacionales contra la apatridia.

En Cuba, el régimen reprime cualquier forma de disenso y no hay alternancia en el poder, lo que significa la ausencia de un sistema democrático. Actualmente, hay más de mil presos políticos, con violaciones absolutas al debido proceso. Además, se observa un deterioro

creciente de los derechos económicos y sociales: cortes de energía, desabastecimiento de alimentos, una reducción en la expectativa de vida —reconocida incluso por el gobierno cubano— y un aumento en la mortalidad infantil. El argumento que los diplomáticos cubanos suelen presentar, según el cual las organizaciones de derechos humanos solo se concentran en los derechos civiles y políticos mientras que ellos garantizan los derechos económicos y sociales, se desmorona ante la evidencia. Los datos muestran que la dictadura no solo vulnera los derechos políticos, sino también restringe gravemente el acceso a derechos económicos y sociales.

En Venezuela, la represión ha oscilado entre ser masiva, como en el caso de las protestas, y ser más selectiva, dirigida principalmente contra opositores políticos. Actualmente, hay más de 250 presos políticos y se han inhabilitado candidatos, siendo el caso más emblemático el de María Corina Machado, quien fue elegida como candidata de la oposición pero, aun así, fue inhabilitada, en violación de las obligaciones internacionales de Venezuela en materia de participación política. Además, la debacle socioeconómica ha obligado a más de 7,7 millones de venezolanos a salir del país, y, según los datos de HumVenezuela, 19 millones de personas en el país no tienen acceso al sistema de salud.

Voy a dejar de lado los casos descritos, ya que entendemos que ahí se consolidan tres dictaduras. No obstante, podemos hablar más adelante sobre hacia dónde creemos que se dirigen cada una de ellas. Me centraré ahora en las tres tendencias que mencionaba, lo cual es clave porque, en un sistema autoritario, ya sea liderado por una figura autocrática o por distintos cuerpos dentro del régimen, la eliminación de controles independientes es lo que permite la concentración del poder. De ahí el ataque dirigido a la separación de poderes.

Les doy algunos ejemplos de lo que estamos observando:

En el caso de Perú, la legislatura acaba de terminar con un intento brutal, mediante distintos proyectos de ley, de eliminar la Junta Nacional de Justicia. Esta es una de las reformas peruanas más recientes e innovadoras, diseñada para contar con un organismo que seleccionara jueces de manera independiente, sobre la base del mérito y la experiencia, a través de concursos públicos con participación de la academia.

Hay análisis de la academia peruana que muestran cómo algunos sectores del Congreso han llegado allí con el objetivo de obtener beneficios personales y, al mismo tiempo, intentar cambiar o destituir a los miembros de la Junta Nacional de Justicia o, en su versión más reciente, eliminarla por completo, con el fin de controlar quiénes escogen a los jueces. ¿Por qué ocurre esto? Porque gran parte del Congreso peruano está investigado por corrupción, y lo que se busca es incorporar un componente de discrecionalidad política que reduzca la posibilidad de ser procesados por estos delitos. Esto se suma a destituciones impulsadas a través de procesos políticos desde el Congreso, lo que equivaldría en Colombia a procesos ante la Comisión de Acusaciones, pero utilizados para destituir fiscales o al presidente del Jurado Nacional de Elecciones. En resumen, se trata de un ataque institucional desde adentro.

Un destacado académico peruano de apellido Vergara lo describe de manera contundente: “Son como pigmeos carteristas, miembros del Congreso que aprovechan el pequeño terruño de poder que tienen para lucrarse lo antes posible y, sobre todo, desmantelar las garantías institucionales”.



Por otro lado, está el caso reciente de México, con el intento de AMLO y, en general, del partido Morena, de instaurar un sistema de elección popular de jueces. Se podría debatir qué es admisible y qué no, ya que no existe una obligación internacional específica sobre cómo deben elegirse los jueces. Sin embargo, lo que resulta preocupante es la incomodidad de AMLO y Morena —hoy tristemente respaldada por la presidenta electa Claudia Sheinbaum— respecto a la independencia judicial, argumentando que los jueces son un obstáculo para la “cuarta transformación”, una expresión recurrente en las conferencias matutinas de AMLO.

Lo que ha ocurrido esta semana es aún más grave: la presidenta electa declaró que ha recibido encuestas populares que indican que la gente prefiere que los jueces sean elegidos de manera popular. De implementarse esta medida, el respaldo público al partido de gobierno se trasladaría al Poder Judicial, eliminando la lógica de un poder independiente que actúe como contrapeso y garantice el control judicial, cuya esencia es ser contra mayoritario. En su lugar, tendríamos un “estado de opinión” en el que la ciudadanía elegiría a los jueces, lo que replicaría las mayorías del Ejecutivo en el ámbito judicial, restringiendo así la posibilidad de ejercer control efectivo sobre el poder.

Hay otras formas de controlar o cooptar el poder judicial. Recientemente, el presidente Milei en Argentina, a pesar de su discurso anti-casta y su crítica al poder político constituido —que, según su diagnóstico, ha sido completamente corrupto—, ha tomado decisiones cuestionables en este ámbito. Si bien hay algo de razón en su diagnóstico, al momento de postular a un candidato para reemplazar a un juez de la Corte Suprema de Justicia, eligió al juez Lijo, quien tiene causas activas en su contra por corrupción y está involucrado en informes de investigación relacionados con el uso indebido de recursos y lavado de activos. Lijo ha sido señalado por participar en redes de corrupción, lo que sugiere que esta postulación busca cooptar la Corte mediante pactos políticos entre distintos sectores.

Quizá el caso más dramático es el de Guatemala, antes de la elección de Bernardo Arévalo, aunque ahora, por fortuna, la situación parece mejorar. A pesar del nuevo gobierno electo, Consuelo Porras, una mujer ultraconservadora, continúa a la cabeza del Ministerio Público (equivalente a la Fiscalía), donde ha usado su posición para perseguir a jueces y fiscales que participaron en la CICIG, la comisión internacional de lucha contra la corrupción y la impunidad, apoyada por la ONU. Esta persecución se ha basado en una visión ideológica radical según la cual la CICIG representaba el triunfo del comunismo, y ella debía “limpiar” a Guatemala de esas ideas, una postura francamente delirante, reflejada en sus propias declaraciones.

A diferencia de lo que ocurre en El Salvador, donde hay un líder autócrata, mesiánico y carismático, los casos de Guatemala y Perú muestran una dinámica distinta: cooptación de pequeños poderes, más dispersos, invisibles y centrados en intereses personales, donde se utilizan las instituciones en beneficio propio, erosionando la confianza y la posibilidad de una auténtica separación de poderes.

El caso de El Salvador es el más dramático que estamos viendo. Me detendré más adelante en las políticas de seguridad, pero, en cuanto a la separación de poderes —un aspecto menos conocido—, Bukele ha utilizado sus mayorías en el Congreso, ampliadas tras su reelección, para destituir al fiscal que investigaba los casos de corrupción de su gobierno y a los magistrados de la sala de lo constitucional de la Corte Suprema de Justicia, antes de que concluyeran

sus periodos, reemplazándolos por una corte afín a sus intereses. Esta misma corte avaló la reinterpretación de la Constitución que permitió la reelección de Bukele, a pesar de que la Constitución salvadoreña prohíbe expresamente la reelección inmediata.

Públicamente, Bukele ha señalado que cualquier juez o fiscal que cuestione la captura de personas durante el estado de emergencia es un antipatriota y un defensor de pandilleros. Según él, quien critique estas medidas está en contra de la gran cruzada contra las pandillas. En El Salvador, la capacidad de tener una separación de poderes efectiva es prácticamente inexistente. Tal vez lo más preocupante quedó reflejado en una reciente entrevista al vicepresidente, donde, al ser preguntado si no le preocupaba la deriva autoritaria, respondió explícitamente: “Nosotros no estamos construyendo una democracia; lo nuestro es un modelo alternativo”. Es decir, no hay intención de mantener una fachada democrática ni de preservar el sistema de Estado de Derecho, donde la separación de poderes es un elemento esencial.

Paso ahora a la segunda tendencia, que es gravísima: la falta de políticas de seguridad efectivas. Por un lado, encontramos políticas omisivas, con gobiernos incapaces o sin voluntad de enfrentar las amenazas del crimen organizado. Este es un tema central en América Latina, que sigue siendo la región más violenta del mundo. Bajo cualquier indicador, tenemos la tasa de homicidios más alta del planeta, además de ser la región más afectada por el crimen organizado, con un uso extensivo de armas de fuego y altos niveles de impunidad en los casos de violencia homicida. Por lo tanto, es crucial analizar las respuestas de los gobiernos ante estas amenazas.

El caso más extremo es Haití, donde el Estado ha colapsado por completo, incluyendo la rama judicial, y es incapaz de enfrentar a las pandillas, que hoy controlan toda Puerto Príncipe y parte del resto del país. La situación es crítica, con un crecimiento exponencial de homicidios, secuestros, extorsiones y violencia sexual.

En un nivel inferior, pero igualmente preocupante, está México, con la política de AMLO de “abrazos, no balazos”. A pesar de haber militarizado diversas áreas del gobierno y de entregar al Ejército el control de sectores como la construcción y operación del Tren Maya y el control aduanero, la seguridad pública ha sido abandonada y dejada en manos de los cárteles. La lógica detrás de esta estrategia es que la violencia se genera por la confrontación, y, por lo tanto, al no confrontar a los cárteles, se reduciría el nivel de violencia. Sin embargo, en la práctica, esto ha significado que la ciudadanía queda en manos de los cárteles para decidir qué se puede hacer y qué no.

Por ejemplo, hablando con madres buscadoras en México, me decían que les tocaba negociar con los cárteles que controlaban distintas áreas para poder buscar a sus hijos, porque ni la policía ni el Ejército participan en esas labores o intentan ejercer control en esas zonas.

Colombia es un contexto muy distinto, marcado por más de 50 años de conflicto armado, con procesos secuenciales de búsqueda de paz y desarme. Actualmente, hay una combinación de elementos que pueden considerarse como parte de un conflicto armado y otros relacionados con el crimen organizado. En la práctica, la denominada política de Paz Total, con la implementación de ceses al fuego sin mecanismos claros de verificación en el territorio, ha sido reportada en nuestro trabajo de campo como un incumplimiento del deber del Estado de proteger y garantizar la seguridad de las comunidades. Estas comunidades quedan expuestas a grupos de crimen organizado como el Clan del Golfo, la Segunda Marquetalia y las disidencias



de las FARC, entre otros. No es casual que Colombia haya registrado un aumento del 130 % en el reclutamiento forzado de menores y un incremento del 68 % en los casos de secuestro.

En el otro extremo de ese continuo está El Salvador, seguido por Ecuador y Argentina, con la intención de replicar el modelo de Bukele. ¿En qué consiste este modelo? Se basa en un estado de emergencia que ha sido extendido 27 veces por el Congreso, manteniéndose vigente durante más de dos años. Este estado de excepción ha llevado a la detención de 80.000 personas, con la suspensión del debido proceso, sin necesidad de órdenes de captura ni de corroboración de pruebas, ya que una simple denuncia anónima basta para proceder con las capturas.

Hemos documentado cientos de casos —publicados en dos informes— sobre la detención de 2.900 menores de edad y de cientos de personas que no tienen vínculos con las pandillas. Entre los casos más graves que hemos registrado se encuentran torturas, desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales. Tal vez lo más alarmante es la cifra de más de 300 personas fallecidas bajo custodia, sin que el gobierno haya ofrecido ninguna explicación al respecto.

Una de las cosas que menos se sabe y es más complejo de explicar es que esto no es un proceso de mano dura en el sentido de juzgar a todos. Esto es un proceso de encarcelamiento masivo sin justicia. De esas 80.000 personas mayores de edad, ninguna ha sido juzgada. No hay procesos de investigación, juzgamiento y sanción; hay encarcelamiento. Hemos preguntado al gobierno de todas las maneras posibles sobre indicadores de sentencia y no existen.

Obviamente, la situación de seguridad en El Salvador era dramática. En 2015 había una tasa de homicidios de 105 por cada cien mil habitantes, una de las más altas de América Latina y el mundo. Según los datos del gobierno de Bukele, actualmente esa tasa es de 2,5 homicidios por cada cien mil habitantes, pero a un costo dramático: la suspensión de los derechos de la población, con el agravante de lo que suele suceder en estos casos: cuotas del número de personas que la policía debe capturar, sin ningún tipo de rigurosidad respecto a si las personas participan o no de las maras y, mucho menos, con la debida protección de sus derechos.

Ecuador y Argentina, en situaciones muy distintas, están tratando de seguir este modelo.

En el caso de Ecuador, probablemente hayan leído el perfil que le hizo The New Yorker Magazine a Novoa, tratando de mostrar que es distinto de Bukele, pero con un proceso de 18.000 personas capturadas y una falta de garantías ante el sistema judicial. Hay incongruencias en los datos de la Fiscalía sobre cuántas de estas personas están siendo efectivamente procesadas. La mayoría de los casos que conocemos corresponden a poco más de 100 sentencias relacionadas con flagrancia; es decir, no hay procesos de investigación para dismantelar redes de lavado de activos, corrupción o tráfico de armas. Lo que hay es encarcelamiento en flagrancia, típicamente de personas en los niveles más bajos de la pirámide criminal.

Hay un agravante: la decisión de declarar un conflicto armado con 22 grupos que, a la luz del Derecho Internacional Humanitario, no cumplirían con los estándares para considerar que una situación de violencia ha pasado el umbral de hostilidades hacia un conflicto armado. Esto genera riesgos altos de violaciones a los derechos humanos porque cambia el tipo de uso de la fuerza permitida por parte del Estado. Esto sí que lo conocemos bien en Colombia.

En el caso de Argentina, en cabeza de la Secretaría de Seguridad de Milei, la Ministra Bullrich, se intenta ovacionar el modelo salvadoreño. Justamente está de visita en El Salvador en este

momento. El escenario es absolutamente distinto, ya que la tasa de homicidios en Argentina es de 6 por cada cien mil habitantes, mientras que la tasa latinoamericana ha estado entre 15 y 16 homicidios por cada cien mil habitantes. La tasa argentina es históricamente baja y se ha mantenido incluso en 4 en algunos periodos. Aunque enfrentan retos importantes y complejos en lugares como Rosario, la situación es muy distinta a la que vivió El Salvador.

Paso a la tercera tendencia: la decisión de cierre del espacio cívico. Es decir, una vez se controla la rama judicial —aquel tercero imparcial que puede controlar y derrocar decisiones a pesar de ser elegido por mayorías—, se pierde el control contra mayoritario que garantiza el cumplimiento de la Constitución, las leyes y las obligaciones internacionales. Una vez se controla eso, lo que queda es la voz persistente de la prensa y la sociedad civil que están diciendo: “ojo con esto”.

Ese ha sido el camino que ha tomado, por ejemplo, Nicaragua, y que se da a través de distintas formas de restricción para la posibilidad de crear organizaciones de la sociedad civil. Bolsonaro lo intentó en Brasil. Además, se busca restringir el acceso a recursos internacionales. En Perú se está tramitando en este momento un proyecto de ley para impedir que las organizaciones de la sociedad civil puedan recibir fondos internacionales. Hay toda una teoría de conspiración detrás de esto.

En esta línea también hay apertura de investigaciones por temas fiscales u hostigamiento para amedrentar. Guatemala lo hizo directamente con su prensa. En El Salvador hubo un intento de ley, pero por fortuna la comunidad internacional se movió muy rápido y se detuvo una ley de regulación de ONGs. La forma en la que ha operado Bukele es a través del desprestigio público. Hoy, un medio como El Faro, que fue justamente un faro de investigación periodística en América Latina, tiene bajísima popularidad en el país por cuenta de la estigmatización constante desde Bukele en su discurso y redes sociales, acusándolos de ser defensores de pandillas. Esto erosionó la base social hacia la prensa, un componente tan importante del espacio cívico.

Si no se tienen jueces que controlen, ni organizaciones de la sociedad civil ni prensa, la posibilidad de ampliar el control, sin duda, crece hacia el autoritarismo y la posibilidad de poner en marcha políticas de seguridad como las que describía. Ese es el contexto pesimista y triste del desprestigio de la democracia liberal en América Latina, que hace parte de una tendencia global. Esto nos pone en un escenario donde, independientemente de visiones ideológicas y partidistas, debemos avanzar y trabajar por la consolidación de instituciones democráticas y el Estado de Derecho en la región, que permitan ejercer controles a quien esté en el poder. Con frecuencia tendemos a justificar la violencia porque nuestros objetivos sí son loables, lo que justifica flexibilizar y recuperar el orden.

Creo que la agenda en la que deberíamos trabajar en América Latina es la de concentrarnos en la defensa de instituciones básicas, libertad de poderes, libertad de prensa y de expresión, y el debido proceso; medidas que garanticen que, independientemente de quién esté en el poder, podamos todos jugar bajo esas reglas. Para mí, la esencia de ese piso común son los derechos humanos, por eso le apuesto a ese escenario dentro de una organización como **Human Rights Watch** para tratar de recuperar el piso mínimo de derechos humanos en América Latina.



Camila de Gamboa

Gracias por el panorama que nos das. Como dices, es desalentador y está en un contexto global donde las visiones se han radicalizado y hay un deterioro y precariedad tanto de las democracias como de los derechos humanos. Cuando te escuchaba, pensaba en varias cosas que dan lugar a comentarios y preguntas.

Pareciera que los principios básicos, guías e ideales de la democracia liberal se están desmoronando. Algo que se consideraba dado y una base para construir muchas otras cosas, como el reconocimiento a la diversidad, el pluralismo jurídico, etcétera. Esto nos lleva a pensar que la esencia, los valores y los principios de la democracia están en juego.

Otra cuestión es que, en el caso de nuestras democracias, los partidos políticos más democráticos y liberales no cumplieron con las promesas acerca de las transformaciones que se iban a hacer, especialmente en el continente americano. Tú destacas que es un lugar con muchísima violencia, pero también sabemos que es uno de los lugares con más pobreza, donde ha sido más difícil que muchos grupos sociales se inserten con una ciudadanía plena dentro de las democracias. Ha sido difícil lograr justicia redistributiva y el reconocimiento de las diferentes visiones de mundo de dichos grupos.

Un tema más, a propósito de la tercera tendencia como lo último que quedaría, pero que tampoco queda: la libertad de prensa y expresión. A propósito de los medios de comunicación que puedan decir cosas y de una sociedad que pueda oponerse, me gustaría preguntarte cómo ves la cultura democrática en nuestras sociedades. Considero que hay cuestiones estructurales que muestran cómo no hemos podido tomar las medidas correctas y, en esa línea, es muy fácil pensar desde una visión militarista de justicia represiva para resolver las cuestiones, como tú señalas en los casos de Nicaragua, El Salvador y Ecuador. No obstante, al mismo tiempo, falta una gran cultura democrática. Lo que más me preocupa es el aplauso mayoritario de muchos grupos sociales a las medidas que se están tomando en esos países.

Juanita Goebertus

Lo primero es tratar de irnos a las causas. ¿Cómo llegamos en América Latina a este proceso de erosión y pérdida de la confianza en la democracia liberal? Sin duda hay tres factores que mencionaste en tu comentario. Si se miran las tendencias de reducción de pobreza en América Latina antes de la pandemia, veníamos en un proceso lento pero sostenido de disminución de la pobreza, aunque con una continua desigualdad. Incluso los programas más efectivos, como Bolsa Familia en Brasil, que fueron exitosos en sacar a personas de la pobreza, no lograron realmente reducir la desigualdad. Esto, en general, está fuertemente asociado a sistemas tributarios muy precarios y regresivos que, con diferencias según el país, no logran reducir significativamente la desigualdad.

La pandemia nos devolvió 30 años atrás en términos de reducción de la pobreza extrema, y ahora estamos en un proceso de recuperación para volver al momento en el que estábamos antes. No veníamos bien en materia de una reducción sostenida de la pobreza y, en todo caso, veníamos mal en cuanto a la reducción de la desigualdad.

En cuanto a la violencia, en Centroamérica es un problema particularmente difícil de enfrentar. Si se analizan los procesos de transición de conflicto armado y dictaduras hacia democracias o

paz, tristemente no trajeron más seguridad; por el contrario, en algunos casos incrementaron la inseguridad, lo que resulta dramático en términos de paz y democratización. Existen balances equivocados sobre las causas de esto, pero lo cierto es que, aunque la tendencia de homicidios en América Latina viene bajando, lo hace de manera muy lenta. Seguimos siendo la región con los indicadores más altos de tasa de homicidios por cada cien mil habitantes.

El tercer punto, a propósito del tema de los partidos, es que somos una región que ha fracasado en la lucha contra la corrupción. Habitualmente, los indicadores de Transparencia Internacional muestran que los países de América Latina están estancados en ese aspecto. No hemos logrado dar un paso significativo hacia una mayor transparencia, a pesar de experiencias innovadoras como la CICIG en Guatemala o el papel de jueces y fiscales en Perú que lograron derrocar presidentes. Sin embargo, seguimos teniendo instituciones deslegitimadas, que la mayoría de la población percibe como corruptas. Esto se refleja en distintos indicadores de confianza institucional. Se suele pensar que quienes ocupan cargos públicos lo hacen para beneficiarse a sí mismos. Por ejemplo, lo que hemos visto con el Congreso peruano refuerza esa idea de que quienes son elegidos buscan su beneficio personal y no el colectivo.

¿Cuál es el hilo argumentativo para analizar esta situación? Hay una pérdida dramática de confianza en los partidos y las instituciones. A pesar de ciertos avances democráticos, dependiendo del país, existe un sentimiento generalizado de que la democracia no ha sido capaz de brindar suficiente seguridad, no ha luchado suficientemente contra la corrupción, ni ha sacado a la población de la pobreza y la desigualdad. Esto ha llevado a que, en muchos países, la ciudadanía no perciba los beneficios del contrato social.

El caso más dramático es el de Bukele. Hemos entrevistado a madres de menores de edad detenidos arbitrariamente. Una de ellas nos dijo tranquilamente: “Con mi hijo, Bukele se equivocó, pero en todo lo demás lo está haciendo bien”. Hay una justificación del uso de la arbitrariedad y la suspensión del Estado de Derecho, incluso por parte de quienes han sido víctimas de ese mismo sistema. También están los casos más comunes, como en Colombia, donde se dice: “¿Para qué voy a pagar impuestos si se los van a robar?”. Todo esto contribuye a la erosión de la percepción de que el contrato social genera beneficios y, por lo tanto, se justifica no cumplirlo o aceptar que otros no lo hagan.

En dicho contexto, crece la polarización. Nadie se escucha; unos y otros se rotulan y se anulan mutuamente. Hoy en Brasil, por ejemplo, hay una discusión interesante después del uso abusivo que hizo Bolsonaro de las redes sociales para difundir información falsa durante la pandemia y atacar el sistema electoral antes del proceso que llevó a Lula al poder. Ahora, desde el sector de Lula, hay un intento de regular el uso de las redes sociales a un nivel que probablemente violaría la libertad de expresión. De alguna manera, ya no importa tanto la ideología de quien esté en el poder, sino el uso de dispositivos y mecanismos que permitan controlar y restringir.

Una de las campañas que más me preocupa es la que va en contra de los derechos humanos como un discurso foráneo. Está en juego el discurso anti-yankee, que no es nuevo. El libro de Carlos Granés, *Delirio Americano*, describe cómo en América Latina hemos coqueteado con la idea de que lo que viene del “oeste” es foráneo e impositivo. Esto es falso. América Latina firmó la Convención Americana de Derechos Humanos de manera independiente, sin presiones externas. De hecho, salvo Honduras, que en ese momento no estaba presente, todos los países



firmaron la Declaración Universal de Derechos Humanos. No obstante, líderes como AMLO, Lula, Maduro, Evo, Correa, Bukele y otros han presentado el discurso de los derechos humanos como una imposición exterior.

Además, uno de los aspectos más duros es el descrédito de los derechos humanos en los espacios de conocimiento y ciencia, donde debería valorarse la evidencia. Está surgiendo la idea de que los derechos humanos son un discurso elitista y tecnocrático. En Perú, por ejemplo, a quienes hablan de derechos humanos se les llama “caviares”, y por ese simple hecho son anulados y descalificados. Esto ha generado un caldo de cultivo perfecto para la pérdida de la cultura democrática y el descrédito de la democracia, a pesar de sus avances. Como decías, la esencia y, sobre todo, la legitimidad de la democracia están en riesgo.

Camila de Gamboa

Gracias. Pasemos a algunas preguntas del público. La primera es: “El hambre, la violencia y la pobreza hacen que las mayorías ciudadanas, fundadas en sus necesidades, elijan líderes que les prometen el cielo y la tierra, pero luego incumplen, generando mayor hambre, dolor, violencia y brotes de criminalidad. En esas democracias equivocadas: ¿cómo puede esto corregirse sin recurrir al modelo Bukele?”

Otra pregunta plantea: “La integridad electoral, como concepto fundamental para la democracia, ¿tiene hoy una relación inversamente proporcional con la gobernabilidad?”

La siguiente pregunta es: “¿Qué características tiene el discurso que entra en nuestro entendimiento para aceptar este panorama pesimista?”

Por último: “¿En qué consiste la Declaración de Derechos Humanos y cómo se relaciona con la democracia?”

Juanita Goebertus

Hay varios componentes fundamentales que vale la pena detallar. Lo que trabajo ahora tiene un énfasis grande en el Derecho Internacional y en el fundamento del acuerdo. Los Derechos Humanos surgen de ponernos de acuerdo en unas reglas de juego mínimas. Firmamos tratados como la Declaración Universal de Derechos Humanos, el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, la Convención Americana, entre otros. Acordamos que esos serían los mínimos con los cuales jugaríamos.

Hoy, casi nada en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas se aprueba por consenso, porque todo se percibe como una cuestión de bloques —Estados Unidos por un lado, Rusia y China por el otro. Sin embargo, hubo un momento muy importante después de la Segunda Guerra Mundial en el que se logró un consenso global sobre unos mínimos que debían respetarse, incluso en momentos de guerra. Ese consenso constituye el piso básico que hoy está en riesgo.

En cuanto a pobreza y desigualdad, gran parte del problema tiene que ver con la falta de políticas tributarias progresivas que permitan una redistribución seria. Pero el reto principal está en materia de seguridad. Necesitamos ejemplos de políticas de seguridad que sean a la vez efectivas y respetuosas de los Derechos Humanos. El gran lastre del discurso de los Derechos Humanos en este campo ha sido que, históricamente, se ha centrado en lo que las fuerzas de seguridad no deben hacer, pero se ha propuesto muy poco sobre lo que sí deberían hacer. Se asocia la defensa

de los Derechos Humanos con la desmilitarización y la reducción de presupuestos de seguridad, pero para proteger es necesario tener capacidad operativa, sin caer en el encarcelamiento masivo y arbitrario, que casi siempre afecta a los sectores más pobres y excluidos.

Quiero creer que el nuevo gobierno en Guatemala tiene una oportunidad real de proponer un modelo alternativo de seguridad que sea efectivo y protector de Derechos Humanos. Si los modelos progresistas siguen siendo omisos en cuanto a la protección de sus ciudadanos, como hemos visto con AMLO y Petro, la opinión pública seguirá favoreciendo la mano dura. De ahí la importancia de proponer alternativas concretas.

Sobre la integridad electoral, hemos visto en los últimos años un aumento preocupante de los ataques a los sistemas electorales, algo que antes no era tan frecuente. Tradicionalmente, las estrategias autoritarias pasaban por ganar el poder democráticamente para luego aferrarse a él, como en el caso de Chávez. Hoy, el enfoque ha cambiado: se busca deslegitimar los resultados electorales y atacar a las autoridades encargadas de velar por la transparencia del proceso. La experiencia de Estados Unidos con Trump y la toma del Capitolio tuvo un gran impacto en nuestra región. En Brasil, por ejemplo, Bolsonaro replicó esa estrategia con la toma de los edificios federales.

En muchos países, los candidatos recurren al discurso del fraude para justificar sus derrotas o preparar el terreno en caso de perder. Esto socava la confianza en las instituciones electorales y pone en riesgo la democracia misma. Si no logramos ponernos de acuerdo en los mínimos sobre quién regula las elecciones y aceptamos sus resultados, estaremos enfrentando una crisis democrática aún mayor.

En cuanto a cómo aceptamos este panorama pesimista, aunque suelo ser optimista, debo admitir que me preocupa profundamente la situación actual. Creo que la clave está en una sociedad civil activa, democrática y comprometida con soluciones pacíficas. La historia de América Latina nos muestra que, incluso en los peores momentos, la resistencia pacífica ha sido fundamental. Las organizaciones de sociedad civil y la prensa libre son esenciales para mantener el equilibrio y ejercer el control, funcionando como voces persistentes que no dejan pasar los abusos.

Finalmente, respecto a los Derechos Humanos y su relación con la democracia, la Declaración Universal y el cuerpo de derecho internacional establecen ciertos mínimos indispensables: libertad de prensa, expresión y asociación; derecho a la protesta pacífica; debido proceso; y acceso a una justicia independiente. Estos son los pilares que garantizan un Estado de Derecho. Si logramos acordar que estos principios básicos son esenciales, luego cada gobierno puede decidir cómo abordar los problemas según su visión política. Sin ese piso común, corremos el riesgo de que los gobiernos se justifiquen en sus fines para restringir los medios, lo que nos llevaría a un escenario muy peligroso.

Camila de Gamboa

Gracias, dos preguntas más. Una tiene que ver con este foro. Hernán Gallego dice: “¿Cuál es el papel de la formación política para revertir y reducir los índices que podrían instrumentalizarse como fuente de legitimidad para futuros proyectos políticos autoritarios en Colombia?”.

Fabian Villota dice: “¿La idea de modificar el poder judicial no tiene que ver con el llamado *lawfare* que ha demostrado que el poder judicial no es independiente?”.



Juanita Goebertus

Gracias por las preguntas, son el cierre perfecto para el espacio. Creo profundamente en que necesitamos retomar la educación como un piso mínimo, común y básico frente al cual podamos, en medio de diferencias, tolerarnos y convivir de manera pacífica. Por eso admiro el trabajo de Alexis y el Centro. Además, creo que ese piso mínimo son los Derechos Humanos. En el caso de Colombia, este piso se encuentra representado en la Constitución de 1991, que establece las reglas de juego comunes.

Insisto: son claves las libertades básicas de expresarnos, organizarnos, participar en política y tener acceso a la justicia bajo un debido proceso. Formar a la ciudadanía sobre estos elementos esenciales nos permite proteger el Estado de Derecho y la democracia hacia adelante.

Sobre la pregunta de Fabián, yo, como en toda conversación democrática, estoy abierta a ser persuadida porque creo que un valor fundamental de la democracia es el debate y la posibilidad de cambiar de opinión. No he podido ver un caso de real *lawfare* en América Latina. Lo que veo es más bien una incomodidad del poder al ser controlado y enfrentarse a decisiones en su contra. ¿Son nuestras ramas judiciales prístinas y perfectas? Por supuesto que no. Sin embargo, el grueso de los mandatarios que alegan *lawfare* lo hacen porque se sienten incómodos con una rama judicial que les falla en contra, y es precisamente esta posibilidad de contrapeso lo que constituye la esencia de un proceso democrático.

En mi opinión, el argumento del *lawfare* para justificar ataques al sistema judicial genera mucho más daño que los problemas de corrupción reales que enfrentan las ramas judiciales, los cuales, sin duda, existen y deben ser abordados. Por ejemplo, se alega *lawfare*, pero luego se evidencia que el verdadero problema es la falta de rendición de cuentas por parte de la justicia. En el caso colombiano, siendo congresista, me impresionaba que mientras el gobierno debe tener un Plan de Desarrollo, un presupuesto y unas metas, la rama judicial no está obligada a presentar algo similar. ¿Por qué no tener un plan que justifique su gestión ante el Congreso y la ciudadanía?

Es evidente que se requieren reformas para avanzar en transparencia y luchar contra la corrupción en las ramas judiciales. Sin embargo, si analizamos la mayoría de las propuestas que se presentan como respuesta al *lawfare*, veremos que tienden más a restringir la independencia judicial que a mejorar la transparencia.

¹ *Lawfare* es un término que se refiere al uso del sistema judicial y legal como una herramienta para atacar políticamente a opositores. Viene del inglés y combina las palabras *law* (ley) y *warfare* (guerra). Se utiliza cuando un actor político alega que se le están fabricando casos judiciales para debilitar su posición o sacarlo del juego político.



Constanza Castro

En esta mesa abordaremos la necesidad de la educación política para una nueva función pública y el papel político de la tecnocracia y la burocracia. En los últimos meses se desató una discusión acerca de quiénes deberían ser las personas idóneas para administrar el Estado. El debate se construyó a partir de la dicotomía tecnócratas vs políticos.

Esta mesa tiene el objetivo de ir más allá de dicha dicotomía y debatir cuál es el papel del diseño institucional en el funcionamiento del Estado y en la democracia. Para ello habrá una definición base de Phillippe Petit, teórico e historiador del liberalismo y el republicanismo. El autor afirma que el diseño institucional es la creación de acuerdos institucionales y la reelaboración cotidiana de las existentes incluyendo leyes y políticas, pero también los aspectos más operativos y cotidianos para el funcionamiento del Estado. El diseño institucional no se limita al ámbito de las políticas públicas sino que atiende a los procesos más cotidianos y operativos del Estado.

En esta mesa queremos discutir sobre lo que cada participante considera sobre el papel del diseño institucional en problemas centrales para Colombia. ¿Está o no la ideología inscrita en los procesos más cotidianos y técnicos de la burocracia, como las formas de organización documental o los procedimientos estandarizados? Es necesario abrir una discusión sobre el papel de las acciones cotidianas y técnicas en la exclusión social, discriminación, corrupción, violación de derechos humanos y crimen. Adicionalmente, ¿conviene pensar en la educación política para una nueva función pública?

Vamos a comenzar con un conjunto de preguntas específicas a los panelistas para luego ir a unas preguntas más generales sobre educación política.

Para Eliana Valencia: "Sabemos que vivimos en una sociedad en la que la discriminación y los discursos racistas están fuertemente arraigados. Solo en los últimos días, a propósito del atentado contra familiares de la Vicepresidenta, hubo un despliegue de textos e imágenes violentas y racistas en su contra. ¿Cómo podemos entender lo que se conoce como racismo institucional?, ¿qué es lo institucional en el racismo? Y ¿puede ser que este racismo se derive del diseño institucional (que incluye los aspectos cotidianos del funcionamiento convencional del Estado)?"

Eliana Valencia

El racismo institucional se puede entender desde el mismo diseño que tienen los sistemas económico y político a lo largo de la historia. El racismo no es nuevo ni se exagera únicamente por la masificación de algunos temas a través de las redes sociales y la tecnología. Lo institucional del racismo parte del diseño del sistema que en Colombia (y otros países) que le da acceso a las poblaciones afrodescendientes e indígenas solo desde 1991. Hasta ese momento, ni siquiera eran reconocidas como personas. Esta carencia de reconocimiento viene derivada del colonialismo y la esclavización. El racismo ha estado en las bases de la construcción de los sistemas político y económico en el mundo, asociados al extractivismo y la explotación de seres humanos. El diseño institucional no se puede entender como históricamente aislado. Dada dicha relación histórica, nace la necesidad de corregir el racismo institucional.

La llegada de una mujer negra a la vicepresidencia de Colombia es un gran paso, como lo fue

MESA

Educación política para una nueva función pública: la responsabilidad política de la tecnocracia y los burócratas

Prof. Constanza Castro

Departamento de Historia y Geografía
Universidad de los Andes
- *Moderadora*

Juan Carlos Echeverri

Ex-Ministro de Hacienda y Crédito Público

Eliana Valencia

Asesora Vicepresidencia de la República de Colombia

Jorge Iván Bula

Director Escuela Superior de Administración Pública, ESAP

Daniela Rodríguez Sandoval

Investigadora
- *Panelistas*

en Estados Unidos la llegada de un hombre negro a la presidencia. No obstante, estos logros no cambian automáticamente la estructura del Estado y sus instituciones. Como sabemos, las instituciones las hacen personas con sesgos y estereotipos que en su mayoría están basados en estructuras patriarcales y racistas. Cuando se habla de exclusión, desigualdad e inequidades se suelen presentar fórmulas para mitigarlas, pero estas no solucionan los problemas estructurales para los cuales se necesitan profundos cambios culturales, principalmente para eliminar estereotipos. Sin embargo, estos avances se ponen en riesgo en la medida que aumentan los discursos conservadores, nacionalistas y de extrema derecha que generalmente representan retrocesos en las estructuras culturales.

No es casualidad que las políticas de saneamiento básico y cubrimiento de necesidades básicas no estén cubiertas en la periferia del país y tampoco es casual que en esa periferia habiten personas indígenas y afrodescendientes. Esta ha sido una denuncia recurrente desde los movimientos sociales que ahora están tratando de articularse en los espacios del Gobierno y la política. Sin embargo, debilitar las estructuras institucionales no ha sido fácil, teniendo en cuenta la representación que hay en la función pública de personas con sensibilidad a los enfoques diferenciales de racismo y género que no es muy común.

A partir de la deshumanización de las personas negras como esclavas y mano de obra, se ha instalado y profundizado un discurso de incapacidades para ocupar espacios en la administración pública. Estas concepciones están a la base de los mensajes racistas y promueven el desprecio de otras visiones del mundo provenientes de diversas etnicidades y cosmovisiones. En síntesis, hay un entrelazamiento de circunstancias que muestran cómo los diseños institucionales se relacionan con las visiones y estereotipos cotidianos.

Constanza Castro

A Daniela Rodríguez: "Sabemos, por los debates en las administraciones pasadas y los que se están dando en esta, que la memoria es un campo en disputa y que el pasado que construimos con los archivos históricos y con la memoria oral es fundamental en el relato que hacemos sobre quienes somos. Además, el relato no es objetivo ni neutro.

Como historiadora y politóloga con experiencia en la formación de archivos históricos que son la base para la construcción de relatos. ¿Estás de acuerdo con que las formas de recoger y organizar esta evidencia son técnicas y que solamente el investigador llega luego a interpretar dicha evidencia? ¿En tu experiencia hay alguna relación entre la organización del material de archivo antes de la investigación y las verdades que pueden alcanzarse, o los derechos a los que la sociedad puede acceder?

Daniela Rodríguez Sandoval

La pregunta es fundamental para articular la reflexión de Eliana sobre que hay algunos temas que parecieran no estar vinculados necesariamente con la estructura de la administración pública y que parecieran ir de forma paralela, como el tema del racismo estructural. En lo que respecta a la historia y la memoria histórica, la pregunta que haces es interesante pensarla en virtud de cómo se ha construido el diseño institucional de la administración pública y cómo ha influenciado en la manera en que nos podemos acercar a estos archivos.

En mi experiencia, efectivamente, la forma en la que se recogen y organizan los archivos tiene



implicaciones directas en cómo se construyen las narrativas y por extensión en cómo se comprende y aborda el pasado en términos políticos y sociales. Los procesos de recolección de los archivos tienen efectos en la investigación histórica de quien después accede. También, la manera en la que nos aproximamos a estos archivos determina la construcción de la memoria histórica, acceso a la verdad y en los procesos de justicia transicional puede tener efectos en lo que respecta a la reparación de las víctimas.

Se suele asumir que los archivos son meros repositorios de información, neutrales. Pero no lo son de ninguna manera. En los archivos hay decisiones y priorizaciones que se hacen para intervenir la información, necesariamente marcados por la ideología y por los intereses propios de quien administra la información. En el caso de los archivos públicos, ha habido formas muy específicas de entender el rol de los archivos, por ejemplo, a través de ideas de transparencia y gobierno abierto. Esto tiene efectos en cómo se almacenan, organizan y se accede a la información de los archivos. En los archivos públicos hay decisiones que son políticas e ideologías sobre un estado moderno. De hecho, el Archivo General de la Nación, máxima entidad que regula cómo nos acercamos a los archivos, a través de la Ley General de Archivos determina una forma de seleccionar, clasificar y describir.

Para dar un ejemplo, la Ley 192 general de Archivo del 2000 nunca habla de conflicto armado, ni de derechos humanos a pesar de ser una Ley General que aplica para todas las entidades públicas. En esta Ley no se tiene en cuenta el contexto social, político y económico propio del país en el que vivimos y en el que ocurren temas como el conflicto armado y las violaciones a los derechos humanos. La manera en la que se concibe el archivo dentro de la administración pública sí ha estado permeada, desde su normatividad y su desarrollo, en las entidades por categorías e instrumentos que afectan cómo clasificamos esta información. En este ámbito, el uso del lenguaje y la construcción de categorías en instrumentos archivísticos, como los inventarios, implica un poder significativo, donde claramente hay una intervención no neutral de quienes realizan este proceso al categorizar el contenido. Por ejemplo, si estás hablando de un archivo y de una entidad que tiene que ver con protesta social y usas categorías como "vandalismo" o "terroristas", tendrá afectaciones en cómo se interprete dicho archivo.

Entonces, sobre la pregunta de si el investigador es el responsable de llegar a desarrollar la información con archivos que aparecieron sin ningún tipo de intervención, es una asunción falsa. Para que los archivos lleguen a la mesa del investigador ya han atravesado diferentes fases de organización en las que las personas tienen ideologías y conceptos sobre lo que debe ser un archivo y que han organizado la información de maneras que no escapan de las ideas de poder. Pensando en el objetivo de esta mesa y en el rol de la función pública, hay muchas preguntas sobre si el diseño institucional y las formas en que se desarrolla la gestión documental pueden considerarse neutrales. Mi opinión es que no.

Para cerrar, un ejemplo de cómo el diseño institucional sí está permeado por ideologías: La Comisión de la Verdad. Este órgano se creó temporalmente con unos objetivos muy claros dentro de la administración pública, a partir del Acuerdo de Paz del 2016. Sus funciones se definieron a través del Decreto Ley 588 de 2017. Este es un caso atípico que permite entender el desarrollo de la administración pública en Colombia con especificidad en contextos de justicia transicional. En ese decreto se le otorgó a la Comisión la autoridad para acceder a cualquier tipo de información incluyendo la pública clasificada, reservada, de inteligencia y

contra-inteligencia. En virtud de este permiso, en teoría la Comisión no tenía restricción para acercarse a cualquier información de cualquier institución pública. A pesar del cobijo normativo en el Decreto y en la Ley 1712 de 2017 de Transparencia y Acceso a la Información Pública, la Comisión reveló que el acceso a estos archivos no fue sencillo, hubo actos legislativos que trataron de quitarle la posibilidad de acceder a todo tipo de información. Si la administración pública fuera netamente tecnocrática, no debieron existir intentos de establecer restricciones con discursos relacionados con la defensa del Estado y la seguridad nacional. La Comisión concluyó que hubo oposición ilegal de reserva por parte de las entidades poseedoras de la información. Adicionalmente, sugiere que puede haber inobservancia de ciertas entidades sobre sus archivos y que, de hecho, hubo baja disponibilidad de la información con complicidad entre entidades.

Con el ejemplo, se puede problematizar si la administración pública es realmente neutral. Si una entidad que tenía todas las garantías legales para acceder a información pública tuvo tal tipo de impedimentos, es claro que hay personas que dentro de la administración pública cómo se puede o no se puede acceder a la información. En lo que tiene que ver con defensa de derechos humanos, hay que pensar si estos vacíos en el acceso a la información y procesos técnicos que ocurren antes de que un investigador pueda llegar a ellos, están acaso permeados por la impunidad y discursos políticos que están en contra de la defensa de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario.

Constanza Castro

Para Juan Carlos Echeverry, usted ha sido un gran defensor de la importancia de que en el Estado hay un equipo técnico bien preparado. Además, ha sido muy crítico de un estudio reciente publicado por Jenny Pearce y Juan Velasco sobre un generalizado desinterés de los tecnócratas por lo que ellos llaman lo social. ¿Cómo definiría la tecnocracia? ¿Qué es y qué no es? ¿Quiénes deberían formarla? ¿Cuál es el papel de los economistas? ¿La tecnocracia debería estar solamente formada por economistas? ¿Es posible una tecnocracia de izquierda?

Juan Carlos Echeverry

Hice mi doctorado con una financiación del Banco de la República. Fui un tecnócrata formado por el Estado. Estuve tres años en el Banco de la República, tres años en Planeación, dos años en Hacienda y casi tres años en Ecopetrol. He dedicado buena parte de mi trabajo al Estado. He estado también en la docencia, 30 años.

Lo que llamamos tecnócratas es gente dedicada a enseñar y aprender. La economía, educación, salud, vivienda, energía, fuerzas armadas, comercio exterior, pobreza, descentralización; cualquier tema que usted tome en el Estado o en la vida social es muy sofisticado, es muy complicado. Hay millones de páginas escritas sobre cada tema, son supremamente difíciles. No hay otra alternativa que estudiarlas una y otra vez. Uno no puede llegar bajado del cielo diciendo que tienen la verdad sobre una cosa si no sabe lo que se ha hecho en los últimos 20, 30 o 100 años.

La tecnocracia en Colombia arranca hace 100 años con Esteban Jaramillo que fue Ministro de Hacienda, educado en la Universidad de Columbia. Inició una tradición en la que está después Carlos Lleras Restrepo, Palacio Ruda. En los años 60's cuando Lleras es presidente se



inaugura una nueva fase en la que Colombia sobresale en Latinoamérica por la calidad de su tecnocracia, porque los políticos empiezan a poner atención a los técnicos. Antes los técnicos eran ingenieros o abogados y con Lleras Restrepo empiezan a ser los economistas. Además, en esta época asciende la Planeación Nacional a un rango constitucional. Hay un triunvirato entre Planeación Nacional, el Ministerio de Hacienda y el Banco de la República, se vuelven preponderantes en el diseño de políticas públicas.

Con el ascenso de los economistas en la Planeación llega lo que se llama los Planes de Desarrollo, la visión general de lo que cada Gobierno va a hacer durante sus 4 años. Esto debe quedar plasmado en un documento de política pública con una ley de inversiones aprobada por el Congreso. Este desarrollo y la Ley de Presupuesto Plurianual se vuelven muy importantes y le dan una diferencia a Colombia sobre América Latina. Colombia tiene una tecnocracia sobresaliente y reconocida en Latinoamérica y el mundo en esa época.

Después viene la Constitución del 1991 que pone unas metas buenas y ambiciosas: cobertura universal de salud, educación, servicios públicos, energía, agua potable, gas, alcantarillado, infraestructura. Esto es fácil decirlo, pero es difícil hacerlo. Para hacerlo se necesita mucha gente entrenada no solo en Planeación Nacional, en Hacienda y en Banco de la República sino en todos los Ministerios, Alcaldías y Gobernaciones. La tecnocracia empieza a extenderse por el país con unos resultados espectaculares. Si ustedes ven la cobertura de 100% de salud en los últimos 30 o 40 años es impresionante, no se tiene en América Latina, ni siquiera Estados Unidos tiene cobertura del 100%, allí hay 45 millones de personas que no están cubiertas en salud.

La cobertura en educación, si bien la calidad todavía no es la que queremos, se llegó a cobertura universal en educación primaria y secundaria con más de 50% en terciaria. En Vivienda, en la red de apoyo social, fuerzas armadas, el Pan Colombia, el incremento de efectivos, el ascenso de la justicia. En fin, este es el efecto positivo sobre metas ambiciosas de la constitución, pero basado en trabajo consuetudinario, serio, basado en estudio, misiones y lectura que llevaron a Colombia a dar un salto en cobertura de servicios públicos. Por supuesto el vaso siempre está medio lleno porque siempre hay muchas necesidades, especialmente en territorios más alejados. Defiendo el papel de la tecnocracia.

Ahora, ¿cuál es la relación entre tecnócratas y políticos? Yo creo que Colombia ha sido sobresaliente en el sentido de que ambos se ponen atención. Soy ejemplo de eso. Iba al Congreso como economista entrenado por el Banco de la República y por Planeación Nacional. Luego, como Ministro de Hacienda, manteníamos un diálogo vivo, nutritivo e interesante en el que aprendíamos de los políticos, nos escuchaban y de ahí salía un mejor diseño de las leyes. Ha habido una simbiosis interesante en la que los políticos ponen los fines y los tecnócratas ponen los medios. Por supuesto la definición no es de blanco y negro y no estoy tocando el tema de la corrupción que siempre ha sido un desafío muy grande. Pero, si se mira la interfase entre teoría y sociedad, en Colombia ha habido avances muy grandes.

Sobre la pregunta de si han sido buenos y malos los tecnócratas. Hay grandes logros como la estabilidad que se debe a que el Banco de la República tiene una profunda base tecnocrática en el país, América Latina e incluso en el mundo. El Banco de La República es respetado en todos lados. La descentralización es ordenada a través del SGP y el SGR, la cobertura de servicios públicos domiciliarios: gas, telefonía, electricidad con una cobertura por encima del 70%.

Obviamente falta el 30% pero la cobertura en 30 o 40 años es muy buena. Además, las comisiones técnicas que se basan en reglas: la comisión de regulación de energía y gas, las comisiones de comunicaciones, esto es clave; SOMETER AL Estado a reglas y no a discreción. También tenemos confianza internacional. En Colombia, desde 1930 no tenemos una renegociación o una refinanciación de la deuda, tiene una credibilidad grande. Además, la arquitectura internacional es una mezcla entre abogados, economistas, ingenieros. La arquitectura institucional es muy sólida.

Ahora, hay una crisis general en la tecnocracia. En 2016 Trump en Estados Unidos manifestó una gran desconfianza en los técnicos, hoy se ve en Latinoamérica en muchos sitios. En Colombia se ve en muchos sitios, se dice que ya no se necesitan técnicos sino tener buenas intenciones, como si la gente que hubiera estado antes hubiera tenido malas intenciones por ser PhD en Economía, No, lo que pasa es que cuando se planifican sectores a 20, 30, 40 o más años, se necesitan modelos matemáticos para organizar una realidad supremamente compleja. Es necesaria formación en matemáticas y estadística porque la realidad funciona de manera probabilística, no determinista. Se ha difundido una visión según la cual hay una gente buena con buenas intenciones y otra gente mala que sabe matemáticas pero tiene malas intenciones. Eso es elemental y no tiene ningún sentido.

Con lo que les he mostrado, hay tradición en Colombia en economía desde Esteban Jaramillo, así como en derecho e ingeniería, en muchas ramas en las que ha habido avances e impactos positivos. Abandonar esa tradición sólo deteriora la calidad de los análisis, de la información, de la toma de decisiones de los procesos y de los resultados. Un país abandona su tecnocracia a su propia cuenta y riesgo. Esta desconfianza en los técnicos que como en mi caso son formados por el Estado para prestar un servicio.

Estudié Economía en la Universidad de los Andes con ICETEX, el Estado me prestó para educarme. Le devolví esa plata al Estado y después me enviaron a Estados Unidos con un préstamo a Estados Unidos a hacer un doctorado y le pagué esos préstamos con 3 años de trabajo en el Banco de La República. El Estado no forma a los técnicos y le devolvemos al Estado eso. Hay una relación simbiótica muy positiva con la tecnocracia y estigmatizar a los técnicos como gente sesgada ideológicamente, que no es objetiva y que no tiene buenas intenciones es supremamente dañino.

Constanza Castro

Gracias por sus respuestas. Estamos de acuerdo en que es necesario un conocimiento técnico y especializado para participar en la estructura del Estado. La pregunta general es: ¿el conocimiento técnico puede estar al margen de la ideología?, ¿es realmente objetivo? ¿Es posible discutir la idea de que el conocimiento técnico es neutral, despolitizado o no ideologizado en cualquier sentido? ¿Es posible una tecnocracia de izquierda?

Juan Carlos Echeverry

Si es posible una tecnocracia de izquierda, hay que preguntarles a los de izquierda. Cuando me educé no lo hice en una tecnocracia ni de derecha, ni de centro, ni de izquierda. Me enseñaron que hay teoría económica, precios y costos. Si necesito evaluar cuánto cuesta darle cobertura a todos los niños de Colombia en educación primaria, o cuánto cuesta darle agua potable a todos los municipios del país: ¿esa pregunta es ideológica, es de izquierda o de



derecha? Si hay que saber cuánto valen los acueductos, cuánto vale purificar el agua, cuánto los desagües, cuánto limpiar las aguas residuales. Esas no son preguntas ideológicas, se pueden someter a un análisis objetivo en el que están ingenieros con situaciones jurídicas y económicas. Someter el sin-número de preguntas relevantes de los tecnócratas a un enfoque de izquierda o derecha no es conveniente.

La tecnocracia tiene mucha labor que hacer antes de preguntarse si es de izquierda o derecha. Las preguntas son: ¿hay suficiente plata o no, ¿puedo cobrar a los colombianos suficientes impuestos y adquirir suficiente deuda para pagar acueductos, alcantarillado, puentes y carreteras? Lo que se hace en Planeación o Hacienda con los planes o cobertura o en Ecopetrol si se perforan o no cien pozos, esas discusiones son políticas y previas a si se perforan o no los pozos. Una vez la política resuelve eso por la vía democrática del voto, se plantean preguntas al técnico que pueda resolver con sus herramientas. Pero, por ejemplo, preguntarle al técnico en agua si ideológicamente el agua va a ser de izquierda o derecha, me parece que no le suma mucho al técnico.

En la mayoría de los problemas que he descrito: ¿cómo distribuir las regalías? ¿cómo construir carreteras capilares terciarias, avenidas o autopistas? El técnico te da una respuesta con base en precios, costos, capacidad de producción y calidad. Si hay preguntas políticas deben ser previas a eso y se deben dirimir en debates políticos que tienen que ver con los votantes. La pregunta no es si los técnicos son de derecha o de izquierda, es si son buenos o malos técnicos, si conocen bien o no la materia. Gente con buenas intenciones hay en todas las tendencias ideológicas. Por supuesto que la ideología y la técnica son parte de la vida cotidiana pero no deben mezclarse porque nos confundimos de cuál es el ámbito de la política y cuál el de la democracia.

Constanza Castro

Gracias por la respuesta. Quiero volver al tema de educación política, en este caso pensando en las posibilidades de influir la gestión pública, la formación y la estructura del Estado. Eliana Valencia hizo referencia al racismo institucional. ¿Cómo pensar en una educación política para funcionarios del Estado buscando contrarrestar el racismo institucional?

Eliana Valencia

Para alimentar el debate sobre lo dicho por Juan Carlos Echeverry respecto de separar lo técnico de lo político. Sería una fórmula ideal si las dinámicas del país lo permitirán. Sin embargo, una cosa es ser técnico y otra cosa es que las visiones y opiniones de los técnicos influyan en las decisiones de política pública. Aquí hemos mezclado la política en democracia con las políticas públicas. Cuando a la gente «de a pie» le hablan de política pública, la asocia con un proceso electoral, se politiza en extremos y no se comprende la sinergia entre democracia y la construcción de política pública.

Desde el movimiento social nos ha costado reconocer las sinergias entre política democrática y política pública. Para las personas «de a pie» es más complicado aterrizar ese lenguaje. Por otro lado, las decisiones que se toman en la política pública las toman personas y hemos visto que las personas tienen sesgos, estereotipos, formas de pensar y de ver el mundo. Si las decisiones se toman en base a esas formas de ver el mundo, van a afectar las formas de vivir y ver el

mundo de otras personas. Por ejemplo, que una persona camine por una calle pavimentada o no, o tome agua potable o no, son decisiones de política pública, tomadas por personas. Si en un Gobierno se prioriza la mayoría del presupuesto para resolver temas de seguridad y no de agua potable, corresponde a una visión que no es neutral y que está basada en conocimientos económicos, matemáticos, sociales sí, pero también en formas de ver el mundo.

No hablaría de cambiar el racismo institucional, sino de eliminarlo. Para eliminar el racismo institucional y otras formas de discriminación que están incrustadas al interior de las instituciones y del Estado, los tecnócratas deben reconocer la diversidad. Con frecuencia creemos que las personas que saben de técnica conocen a la sociedad, pero en la profundidad no la conocen. Por ejemplo, podemos hablar muy bien de cobertura, pero no estamos hablando de pertenencia. Está bien la cobertura, pero ¿es pertinente la educación? Para los niños indígenas: ¿los profesores asignados saben lenguas indígenas? En el caso del pacífico: ¿los profesores reconocen la historia de los municipios? ¿son de allí o no? ¿hay suficientes profesores para la cantidad de niños?

Respecto de salud, ¿hay suficientes hospitales que reconozcan otras prácticas que han salvado vidas en los resguardos y los Consejos comunitarios como la partería? Siendo ellas, por ejemplo, el primer acercamiento para las niñas en materia de derechos sexuales y reproductivos. Desde lo técnico podemos hablar de la medicina muy bien, con bases científicas, pero si no reconoce la diversidad y la pone en diálogo, no es suficiente. Además, parte de los procesos de extracción sobre las comunidades se han dado sobre sus conocimientos científicos, prácticas y saberes. La academia y la ciencia también se han llevado esos reconocimientos. Allí hay cosas por ajustar.

Una educación política pertinente para la eliminación del racismo estructural debe partir del reconocimiento de la diversidad, de las posibilidades de participación real de las comunidades en los procesos institucionales y del Estado. Aunque se ha hablado mucho de inclusión, incluir se convirtió en contar mujeres, personas indígenas, personas negras, personas con discapacidades o personas LGTBIQ+ ¿Participan estas personas en el diseño o implementación de las políticas? ¿Cuántas personas con diversidades hay en el Estado? ¿Son directores? ¿Son tecnócratas? Hay personas que también se han formado en el Estado con recursos propios, pero ¿cómo acceden a los cargos para dar estos enfoques a las políticas?

Otro tema importante para la educación política y la eliminación del racismo estructural es la necesidad de iniciar procesos de reparación histórica frente a los efectos del racismo, el colonialismo y el patriarcado. Este es un debate que lleva algunos años, pero que los Estados evaden porque implica reconocer los privilegios surgidos de arreglos institucionales. Por ejemplo, para el caso de la abolición de la esclavitud en Colombia y en muchos países, no se reparó a los esclavizados, sino a los dueños de las haciendas esclavistas por la pérdida de ese “bien” que eran los esclavos. Se reparó económicamente a los esclavistas, pero no se dieron herramientas económicas a los esclavizados para insertarse en la sociedad. Eso fue un arreglo institucional, una política legal como lo fue el esclavismo. La reparación es un debate necesario que requiere que las naciones que se beneficiaron de la esclavización deban devolver en materia de reconstrucción de la memoria y recursos económicos a los estados y personas afectadas y sus descendientes.

Adicionalmente, es necesario poner en el centro lo humano y la garantía de los derechos. La base de la educación política debe ser el reconocimiento de que las políticas se deben hacer para la vida. Este ha sido un discurso recurrente de la Vicepresidenta: formular políticas no para



la muerte, sino para la vida. Es necesario cambiar las formas de ver el extractivismo y la economía. Aunque hablar de anticapitalismo es un reto muy grande, sí podemos hablar de formas distintas y colectivas de distribución de la riqueza, de responsabilidades y de armonizar el medio en que vivimos. Por esta vía, la economía y la política deben contribuir a la mitigación del cambio climático y las formas de relacionarnos con los otros seres del mundo.

Constanza Castro

Gracias por la respuesta. Daniela, desde la experiencia que ha tenido en los archivos y su visión del trabajo del archivista como algo muy técnico: ¿cuál sería la educación política que debería ofrecerse en la función específica de aquellos que tienen este trabajo considerado técnico?

Daniela Rodríguez Sandoval

En la gestión documental se ha concebido al archivista y al historiador como dos actores distintos. El archivista se encarga de la parte técnica y es encargado del manejo de los instrumentos antes de poner la información al servicio. Por otro lado, el historiador tiene un rol de investigador junto con todas las personas que requieran información pública para la investigación histórica. Se asume que estas son las personas que interpretan y, de alguna manera, imprimen sus perspectivas y opiniones sobre la documentación. Esta división me parece artificial.

Creo que para archivistas e historiadores es fundamental pensar una educación política que no le tenga miedo a reconocer y asumir que somos seres humanos ideologizados, no solamente en vertientes de izquierda o derecha, sino porque, por ejemplo, las decisiones políticas que transitamos a lo largo de nuestras vidas, no se van cuando entro a una oficina como servidora pública, sino que viven conmigo. No hay manera de escapar de los lugares de enunciación, ni siquiera dentro de la administración pública. No se puede creer que las profesiones más técnicas, económicas o incluso los archivos y la historia puedan cruzar una puerta y dejar de ser político para ser meramente técnico, incluso si en los archivos la tarea consiste en diligenciar un Excel.

La educación política tiene un rol central para permitir dilucidar desde donde se está enunciando cada quien, desde donde el Estado interviene la información. Esto debe ser parte de la transparencia que se quiere mostrar con la gestión de la información y la gestión de los documentos. Es necesario pensar la educación política no solo como enfocada en adquirir conocimientos, sino que tiene una participación y una función social puesto que las personas la usarán. Desde mi quehacer como servidora pública, considero que tanto archivistas como historiadores nos beneficiaríamos de una educación política que no ignore los problemas sociales, a que los archivos que hemos priorizado tienen énfasis específico, a que hay deudas históricas con las víctimas del conflicto en lo que atañe a la información y el deber de memoria del Estado a través de sus archivos públicos.

En vez de pensar que debemos evitar estas discusiones, a través de la educación política podemos posicionarlos, reflejarlos y hablarlos con transparencia. Educación política no implica que una persona se eduque en un solo aspecto político. Desde mi perspectiva y lugar de enunciación tengo un énfasis hacia la educación para la paz y la construcción de paz. Creo que ese es el camino que deberían transitar los archivos. Por supuesto que mi quehacer no solo está dirigido en saber hacer algo, sino también en enfocar mis energías en fomentar este tipo de cosas. No creo que haya nada negativo en manifestar y explicar hacia dónde se está llevando la intervención archivística o la investigación histórica.

Para cerrar, considero que con educación política sí se vería potenciado el quehacer de archivistas e historiadores para dejar de pensar que la administración pública y su estructura están aislados de la vida social y que hay una ley que gestiona los documentos como si estuvieran fuera de la sociedad, como si no hicieran parte de la realidad y o tuvieran una función social que es claramente política. Una vez podamos deconstruir estos miedos y acercarnos a esta información de otra manera, adquirirán un valor más importante en su función social y usos que nos permitan dejar de pensarlos de manera estática y conservadora.

Constanza Castro

Pregunta para Jorge Iván Bula: "Ya que está dedicado a formar a las personas que se dedicarán a la función pública, ¿considera que estas deben tener una educación política y cómo debería ser dicha formación? ¿Qué profesional considera que debe formarse hoy para la función pública?"

Jorge Iván Bula

Hay un elemento central en la discusión entre tecnocracia y política. Webber ya lo había introducido en su texto sobre el político y el sabio. Hay una tensión importante entre saber cuál es el alcance de la toma de decisiones técnicas y las implicaciones políticas de esas decisiones. Si bien es cierto que se podría pensar en cierta pureza del tema, lo cierto es que hay preconcepciones que influyen las decisiones. Quizá el ejemplo más cercano que tenemos hoy es el de la rama judicial. Al plantear el problema de la violencia contra las personas transgénero, ha sido necesario introducir procesos de formación para entender la complejidad de la perspectiva de género cuando se deben dirimir conflictos basados en comportamientos lamentables que, por ejemplo, implican la integridad de las mujeres. La misma rama judicial ha tenido que re-educar a jueces y juezas para que entiendan la perspectiva de género.

En ese sentido, si bien es cierto que hablamos de una sociedad de derechos y de un Estado Social de Derecho en donde, en principio, los derechos humanos son universales y nadie está exento de su ejercicio; también es cierto que la comunidad internacional ha reconocido esas vulnerabilidades históricas cuando ha sacado los protocolos de poblaciones vulnerables como la mujer; niños, niñas y adolescentes; o más recientemente campesinos y campesinas.

Se ha reconocido y avanzado en la necesidad de brindar una protección especial a poblaciones históricamente vulneradas. Esto es importante hacerlo valer en los procesos de educación en términos de, por ejemplo para Colombia: ¿cuáles son las complejidades de las relaciones étnicas y raciales? Desafortunadamente, hemos visto cómo tener una vicepresidenta de origen afrocolombiano ha evidenciado un comportamiento racista de muchos sectores de la población colombiana. Esto supone que no solo el enfoque diferencial sino el enfoque interseccional es fundamental para entender las complejidades de las relaciones sociales, en particular en la nuestra.

En la Escuela Superior de Administración Pública venimos trabajando en un programa que esperamos ofrecer pronto, sobre Gestión Pública con enfoque intercultural. ¿De dónde sale eso? Por ejemplo, las formas en cómo se concibe el buen vivir en las comunidades indígenas son distintas del concepto de bienestar que tenemos en la "sociedad occidental". La forma en cómo se conciben los ecosistemas, las formas de relacionarse con la naturaleza, cómo se gestionan los recursos en las comunidades afro e indígenas; todas estas son diferentes a la lógica de Administración Pública que tenemos, aunque en principio también debería estar enfocada en gestionar recursos del



bien común. Pero, se manejan desde perspectivas distintas a las que manejan tradicionalmente estas comunidades.

Es importante considerar todos estos factores, que involucran trayectorias distintas en las relaciones interpersonales y comunitarias, así como en las jerarquías de toma de decisiones colectivas. Es importante entenderlas e incorporarlas incluso en las formas de manejo de los recursos públicos porque las comunidades también están insertas en contextos nacionales de los que no se pueden abstraer.

Una cosa es la política en el sentido más clásico del ejercicio partidista o programático y otra es la política en el sentido de quienes toman decisiones de la "polis", para volver a las raíces del concepto. Es decir, se puede tener un Ministro o Ministra que debe tomar decisiones y corresponde a un gobierno con cierta orientación política; y se tienen funcionarios y funcionarias de entidades del Estado que en su mayoría vienen de distintas administraciones y han atravesado por distintas perspectivas para el manejo del objeto sobre el cual deben tomar decisiones. Estas personas generalmente tienen una formación para hacer parte de la carrera administrativa, esto repercute en la preparación profesional.

Por lo tanto, puede surgir una tensión entre la lógica política, que busca resultados inmediatos, y quienes tienen una larga trayectoria en las entidades del Estado. La tensión es sobre cómo, por ejemplo, yo en tanto funcionario me he involucrado con las rutinas de la entidad que son parte del aparato institucional donde por ejemplo se dice: -es que siempre se ha venido haciendo así. Esto entra en tensión con la política que exige resultados a los gobiernos que vienen por 4 años y quieren verlos de manera inmediata para satisfacer a sus electores. Esta tensión es más evidente cuando se trata de resolver problemas específicos de poblaciones que han tenido situaciones de vulneración histórica de derechos como es el caso de las comunidades indígenas, afro, LGBTIQ+. Esto supone que no solamente hay tensión sobre la generación de resultados de corto plazo para quienes están ejerciendo funciones políticas públicas, sino también hay tensión en cómo se involucra a quienes tradicionalmente han desarrollado las actividades, acciones e incluso se han involucrado en toma de decisiones asesorando a los jefes de despacho.

La pregunta es cómo incorporamos en ellos una visión más pluralista e inclusiva para comprender los factores que han estado en la base de las discriminaciones. Esto debe ser parte del proceso de formación de los funcionarios públicos para cumplir con el propósito de la función pública: servir al bien común del Estado y fomentar la convivencia entre los miembros de la sociedad. Sobre todo, deben aprender a dirimir de manera pacífica las diferencias que surgen de las diversas expresiones sociales, étnicas y culturales del país.

Constanza Castro

Muchas gracias por sus respuestas. Voy a dar paso a algunas preguntas del público. Para Daniela: ¿por qué tanto interés de los líderes políticos por los archivos y la memoria histórica?"

Daniela Rodríguez Sandoval

Hay gran interés de los líderes políticos en los archivos y en la memoria en tanto ésta sigue siendo un campo de disputa, aunque a veces trate de mostrarse que no lo es y que hay una sola forma de acceder a los archivos y a la historia. En la discusión pública se trata de desdibujar los

intereses que hay sobre la forma en la que se escribe la historia. El interés puede radicar, no sólo en que sea un campo de disputa y los archivos son fundamentales para fomentar o construir relatos históricos, sino también porque los archivos además de preservar información, sino que son herramientas de poder y control.

En términos de materialidad, sobre todo los archivos escritos incluyendo la administración pública y las entidades, tienen un gran valor social pensando que guardan un tipo de verdad. Por ejemplo, en términos probatorios, los testimonios en procesos de justicia el testimonio no está tan bien valorado como el material probatorio escrito. En esa materialidad reposa todavía algo de legitimidad sobre estas verdades que se plasman en escritos, proyectos, actas, contratos; que no atraviesan después testimonios humanos y que perduran en la historia más allá de la limitante de los años que puede vivir una persona. En virtud de esa materialidad de los archivos, siguen siendo de mucho interés para los líderes políticos y deberían serlo también para la sociedad porque según lo que se conserve, cómo se conserve y cómo se use, se pone en duda o se reescribe la memoria, la verdad, el rol y los actores que influyen en la sociedad y en cómo nos van a ver en algunos siglos cuando miren hacia atrás. Claro que hay interés e intención por lo que se va a guardar. En el pasado era más difícil acceder a fuentes históricas porque no había tantos, pero en la actualidad hay un gran auge de archivos, sobre todo en la era digital.

No obstante, sigue siendo pertinente preguntarnos como sociedad cuál es el rol de los archivos, por qué y para qué los guardamos. Además, sin duda, aunque no se muestre explícitamente el interés tiene que ver con que siguen siendo una herramienta de poder y control desde el Estado.

Constanza Castro

Muchas gracias. Pregunta para Juan Carlos Echeverry: “Stanley Milgram escribió acerca de los peligros de la obediencia. Una de sus conclusiones fue la siguiente: ‘Al desempeñar sencillamente un oficio, sin hostilidad especial de su parte, el hombre común puede convertirse en agente de un proceso terriblemente destructivo.’ ¿Sería coherente o deseable pensar en la formación de tecnócratas escindidos de lo político?”

Juan Carlos Echeverry

Hay cierta sensación de que hay gente que sí tiene en cuenta lo político y eso la ilumina. Y quienes hemos sido tecnócratas o técnicos como que nos disociamos completamente de nuestra labor pensante de seres humanos frente a un entorno. Desde Platón o Nabucodonosor, todo el que participa en el Estado sabe cuál es su poder en la sociedad y cuál es su rol político. No es que hace dos años, o dos meses, o por influencia de Gramsci, se nos ocurrió que la política existe, ni que los demás no la hayan tenido presente y ahora pretendan iluminarnos respecto a su existencia..

Yo he aprobado 40 leyes, 3 reformas constitucionales, he tratado con varios presidentes, con congresos de la República, senadores de derecha, izquierda y centro. La política es parte de toda la política pública, es el debate cotidiano. Cuando uno está en un debate en la Cámara y el Senado y lo ‘mueven a palos’, ¿de qué se habla? De política y de economía, de técnica y política. Todo el mundo defiende eso. Eso no lo ha descubierto la izquierda hace 2 años. Eso se sabe desde Platón: en Grecia, Suiza, Colombia, Argentina, Perú, o en donde sea, la política y la técnica están todo el tiempo participando en el debate.



El punto es que el técnico debe utilizar herramientas que definan las limitaciones y el alcance de las soluciones técnicas. En el momento del diseño de cierta solución, se llega a ella porque se logró un acuerdo político con la izquierda, la derecha y el centro. El técnico da unas alternativas y puede dar las soluciones de carácter técnico. Zapatero a tus zapatos. Claro que el técnico es consciente de las influencias y tensiones políticas, los políticos también. A los técnicos se les piden diseños, por ejemplo: un modelo a 100 años de las pensiones y con base en ese diseño los políticos discuten. Si al técnico le preguntan: ¿usted qué cree que se debe hacer? El técnico da su opinión que implica sus posiciones políticas y técnicas, pero defiende su modelo desde el punto de vista técnico.

Creo que hay cierto desconocimiento e irrespeto hacia el desarrollo de la técnica en Colombia y la gran profundidad de los técnicos que han dedicado años de estudio. Estudiábamos economía y política. Se me hace un poco irrespetuoso pretender que recién se descubra la existencia de la política y la ideología, y que los técnicos lograban separarse por completo de ellas. Claro que no, los técnicos hemos participado en todos los debates de los últimos 20 o 30 años. Esa es una discusión álgida y fascinante en que se trata con la mejor intención de acertar y aportar al país para llegar a soluciones positivas. Ese maniqueísmo de creer que hay políticos buenos y técnicos malos, o que la ideología lo ilumina todo, es un adanismo difícil de aceptar.

Jorge Iván Bula

De acuerdo con lo que menciona Juan Carlos, el problema es que hay lógicas e intereses que se traslapan. El político está interesado en ser elegido y en dejar un legado. El funcionario, por su parte, tiene interés en avanzar en su carrera pública. Es importante tener en cuenta esos intereses en medio de estas tensiones.

Los técnicos son personas que deben comprender y dialogar con lo político para sacar adelante los proyectos y programas que cualquier gobierno tenga en mente. Están allí para discutir esas apuestas desde una perspectiva técnica y política.

MESA

Narrar la democracia: conversación con Juan Gabriel Vásquez y Alejandra Jaramillo, novelistas

Prof. Alejandra Jaramillo Morales

Escritora y profesora del Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia

Juan Gabriel Vásquez

Escritor
- *Invitados*



Alejandra Jaramillo

Es un gusto participar en este evento. Sabemos que estamos en una época que, como todas, requiere seguir pensando los procesos políticos y cómo se transforman y moldean. Estamos en un momento interesante, en el que las redes y las comunicaciones están transformando la política contemporánea. El llamado inicial es reflexionar sobre cómo narrar la democracia y pensar el papel de la literatura en las encrucijadas de la democracia contemporánea.

En estos días, trataba de pensar en cuáles pueden ser las tareas de la literatura. Creo que podremos estar de acuerdo, Juan Gabriel, en que un punto de partida ante estas preguntas a la literatura es reconocer que esta no tiene responsabilidad alguna. Es decir, transita siempre en el espacio de gran libertad de cada escritor o escritora para recrear mundos pasados y presentes desde un lugar libre, pero que inevitablemente incluye agencias políticas de muchos tipos. Ante la pregunta: ¿cómo narra la literatura la democracia?, y teniendo en cuenta la pregunta subyacente al evento: ¿es formadora esa manera de narrar?, ¿sirve para formar?

Propongo dos vertientes como punto de partida para la conversación. Por un lado, desde su condición de eterna aguafiestas —ese campo desde donde siempre se muestra lo más difícil y perverso de una sociedad—, la literatura, en su relación con los procesos políticos, tiende, más que a lo utópico de cómo debería ser una sociedad, a revelar y destapar las formas en que el poder se expresa. Para nosotros, la literatura siempre ha sido un campo donde descubrir cómo se ha constituido una sociedad y qué creemos que debe cambiar. Por ejemplo, respecto a temas de género, con la cuestión de Lolita, de Nabokov. En algún momento, fue una novela que llevó a pensar que era aceptable que un hombre estuviera con una chica de esa edad. Con los años, el hecho de que la literatura revelara eso nos dio otras posibilidades de pensamiento para cuestionar aquello que inicialmente parecía normal. Ahí entramos a analizar la gran tarea de la literatura: no ser correcta, sino revelar lo que está detrás de las cosas y, especialmente, cuando hablamos de democracia, mostrar cómo se manifiestan las formas del poder.

Pienso en lo que escribes tú y muchas otras personas en la actualidad, que están en esa búsqueda de ir al pasado para revelar algo de esas formas de poder que aún parecen no haberse mostrado completamente. Ese es un pilar interesante para explorar. La pregunta es: contar las maneras en que el poder se expresa, destapar eso, ¿es una manera de formar?

Sobre el segundo tema, yo escribo para adolescentes, así que voy constantemente a colegios; imagino que tú también. En esa relación con los jóvenes siempre surge la pregunta: ¿qué es lo que el lenguaje literario les puede aportar?, ¿a dónde los puede llevar? Aquí es donde, quizá, narrar la democracia resulta más potente en la literatura: en su capacidad de darle voz a muchas personas distintas y lograr que, en una misma novela, haya posturas diferentes, seres de épocas distintas y maneras de pensar muy diversas. La diversidad entra en la literatura y, de ese modo, se vuelve democrática, al permitir la conversación de una persona con su época y con otras épocas, y así apreciar la variedad de discursos.

Cuando he tenido mis cursos de creación en el Departamento de Literatura en la Nacional y hemos entrado en paro, les propongo: escribamos desde el otro, no se queden en el lugar del estudiante que pelea contra tal cosa. Ese es un ejercicio que parece tonto y que usamos mucho en la creación, pero que tiene que ver con formar a través de darle voz a una diversidad

de voces que, de otro modo, no hablarían. ¿Hace eso la literatura? Son dos preguntas que me surgieron y que quiero proponerte como punto de partida para conversar.

Juan Gabriel Vásquez

Las preguntas no son dos, son cientos, y cada una daría para una conferencia entera. Es muy interesante lo que planteas. Siempre encuentro un vínculo directo entre el nacimiento de la novela moderna —ese espacio de medio siglo entre el libro que leímos de niños, *El Lazarillo de Tormes*, y *Don Quijote*— y una nueva manera de entendernos y explorarnos como seres humanos a través de la ficción, que para mí tiene un vínculo directo con el surgimiento de las democracias tal como las entendemos siglos después. Por una razón muy sencilla: estas novelas nos proponen un ejercicio profundamente político al ofrecernos nuevas maneras de explorar el mundo mediante la ficción y ponernos en el punto de vista del otro.

El Lazarillo de Tormes es un libro que, a primera vista, parece muy sencillo, pero encierra un gesto profundamente revolucionario. No sabemos quién lo escribió, pero relata la autobiografía de un muchacho que nace sin ningún privilegio, en una pobreza dramática, sin una estructura familiar, y nos cuenta cómo, a través de sus patrones o empleadores, hace un retrato de la España de su tiempo, descubriendo las maneras de negociar los distintos retos que le impone la sociedad de su época, con el simple objetivo de llevarse un pan a la boca y sobrevivir en una sociedad profundamente cruel.

Aunque no sepamos quién fue su autor, tenemos una certeza: no lo escribió un muchacho sin privilegios ni educación. Al contrario, hay muchos momentos en los que es evidente que el libro fue escrito por alguien perteneciente a un entorno social privilegiado, con acceso a una biblioteca y dominio de los clásicos y el latín. *El Lazarillo* es, en primer lugar, una invitación a ocupar el lugar del otro, a mirar y explorar la sociedad desde el punto de vista del otro. Ese gesto es profundamente revolucionario, sobre todo por el tipo de persona que nos propone observar: no nos pide ponernos en los zapatos de un noble, un rey o un príncipe, ni en los de los héroes de *La Ilíada* o *La Odisea*, sino en los de un joven sin ningún privilegio, alguien que normalmente es dejado de lado en las crónicas de la historia. Y eso es lo que lo hace tan subversivo.

Milan Kundera, en un fantástico libro titulado *Los testamentos traicionados*, señala que las sociedades europeas suelen considerarse las inventoras de los derechos humanos. Sin embargo, para que estos pudieran ser concebidos, primero tuvo que surgir y aceptarse la noción de individuo, así como el reconocimiento de los demás como individuos con derechos. Según Kundera, esto no habría sido posible sin las artes en general, y en particular sin el arte de la novela, que nos enseña a aceptar verdades distintas de las propias y a sentir curiosidad por las vidas de los demás. Esto es fundamental para la construcción de cualquier sociedad que aspire a ser más o menos libre y democrática.

Ese ejercicio de dirigirse hacia el otro y sentir curiosidad por su vida —la secreta, la que no vemos, pero también la vida pública, la visible— es esencial. Esa voluntad de imaginar la realidad moral y emocional de otra persona es lo que, eventualmente, se convirtió en lo que hoy llamamos democracia. O mejor dicho, la democracia es imposible sin ese ejercicio: sin conducirnos hacia conceptos como tolerancia y empatía, palabras gastadas por el tiempo pero a las que debemos devolver su brillo original. Estos son conceptos que solo fueron posibles en un momento particular de la historia de las mentalidades, el momento en que surgió la novela y las artes comenzaron a transformarse para crear algo nuevo.



Camus habla de un punto en que la literatura del consentimiento se convierte en literatura de disidencia. Hasta cierto momento, la literatura había asumido como misión principal ensalzar a los poderosos —reyes y nobles—, pero en un momento clave empieza a asumir la responsabilidad de explorar los territorios más ocultos y menos conocidos de las vidas cotidianas de quienes no tienen poder. Ahí cambia el papel de la ficción, y con ello cambia también lo que nos hace a nosotros como lectores, porque es en ese momento cuando empieza a ser posible algo que, siglos después, se transformará en las democracias que hoy conocemos.

Alejandra Jaramillo

Surgen varios temas a los que es importante darles más vueltas. Estoy de acuerdo en que el paso de la literatura hacia la visión del otro como un ser que es necesario narrar —alguien con menos privilegios y menos posibilidades, cuya vida debe ser contada— es un avance importante. Sin embargo, también estamos en un momento en el que se nos plantea una pregunta crucial: ¿ustedes van a permitir que esos otros narren? Esto me impacta, y lo experimento constantemente en mi trabajo con *Las lectoras del Quijote*. Siempre me preguntan si no siento que estoy haciendo una apropiación cultural al trabajar sobre una muisca, y yo respondo que también nací en Bogotá y tengo el derecho de hablar de una muisca del siglo XVII, igual que tendría derecho a hablar de una española. Pero nadie me cuestiona si hablar de una española sería apropiación cultural, aunque la española esté más lejos.

Insisto en mi postura permanente de la escritura como un acto de libertad. Sin embargo, hay una pregunta interesante que surge de esto: si, en su momento, se necesitaba alguien capaz de escribir *El Lazarillo de Tormes*, ¿estamos ahora en una época en la que el proceso de transformación hacia versiones más democráticas de la literatura (si es que eso existe) podría consistir en que esos mismos seres, que antes eran narrados, se tomen la palabra para describir y relatar sus propios mundos? Es una cuestión que está siempre presente y nos interpela constantemente.

Ahora estoy escribiendo una novela que tiene que ver con el mundo afro y, obviamente, recibo muchas críticas. Sin embargo, insisto en el principio de la libertad como fundamento del campo literario. De todas maneras, ¿cómo se amplía el espectro? Lo político, en este caso, no se reduce únicamente a preguntarse por el tema que elige el escritor o la escritora, sino también por el lugar de enunciación desde el cual decide contar.

Juan Gabriel Vásquez

El debate sobre la apropiación cultural me parece uno de los síntomas de que estamos llegando al fin de un ciclo que se abrió con el humanismo de los siglos XV y XVI. En ese momento, se instauró una manera de contar el mundo que consistía en el derecho de habitar el espacio del otro, y eso es precisamente lo que hoy parece censurable, lo cual me preocupa enormemente. No me sorprende del todo, porque la desconfianza en la ficción siempre nos ha acompañado.

Platón, en *La República*, se quejaba de lo que hacían los poetas: asumir el lugar de otro y, como por arte de magia, hablar con la voz de ese otro. A Platón le parecía profundamente peligroso porque, en la sociedad ideal que él concebía, cada persona debía cumplir un rol específico. Así, el poeta que llegaba y, de repente, hablaba con la voz de Ulises o de Penélope, asumía su moralidad e incluso contaba hechos y anécdotas que podían escandalizar al público, le parecía una figura peligrosa. Platón dice en *La República* que, si un poeta llegara a

su ciudad ideal, lo recibirían con honores, lo cubrirían de flores y agasajos... solo para pedirle inmediatamente que se marchara, porque en esa sociedad no había cabida para él: no era útil.

Aquí hay un punto de ruptura importante: el poeta, al contar historias y asumir un punto de vista que no es el suyo, cuestiona la identidad, un aspecto que para Platón era esencial. Cada persona debía ser únicamente lo que era y no otra cosa. Su papel en la sociedad se definía por ello, y era fundamental para el funcionamiento del sistema que no se saliera de ese esquema. De repente, ahora parece que nos están pidiendo lo mismo. Desde ciertos sectores de la conversación cultural se nos exige que no contemos lo que no es nuestra experiencia personal, que volvamos disciplinadamente a ponernos la camisa de fuerza de la identidad, censurando el deseo de asumir una identidad que no es la nuestra. Aparte de representar una pérdida enorme, creo que esto empobrece al ser humano, ya que nuestra capacidad de imaginar al otro nos permite desafiar y ensanchar los prejuicios identitarios.

Una de las razones por las que la ficción nos ha transformado, tanto a nivel personal como social y político, es precisamente ese derecho de ir, buscar, explorar y contar realidades que no son las nuestras. Es por eso que Marguerite Yourcenar pudo narrar en primera persona la vida de Adriano, un emperador romano. Es por eso que Úrsula K. Le Guin, escritora fantástica, blanca y norteamericana, pudo contar la historia de un hombre negro en 1960, algo que hoy probablemente no se aceptaría con facilidad. Estos ejercicios son exploraciones profundamente enriquecedoras, que constituyen una manera útil y pertinente de entender el mundo y que nos benefician como individuos y como sociedades.

La gran justificación de la escritura de ficción es la frustración que sentimos por el hecho de tener una sola vida, de estar encerrados en nuestro único punto de vista durante toda la existencia, sin poder ser una persona distinta. Eso es tremendamente frustrante, y la única manera que hemos encontrado para romper esa camisa de fuerza de la identidad y ser, aunque sea por un momento, otra persona distinta a nosotros, ensanchando así nuestra noción de la humanidad y de lo que les ocurre a los demás, es a través de la ficción. Sin ella, nuestra identidad se convierte en una camisa de fuerza que nos limita y que, de manera muy natural, lleva a la incapacidad de entender al otro, a la incompreensión y, finalmente, a la ausencia de tolerancia y convivencia. Eso es peligroso. Y me sorprende muchísimo que estos alegatos provengan, con frecuencia, de sectores de izquierda, que por sus orígenes y definiciones deberían ser universalistas, abiertos y no restrictivos. Eso es lo que me resulta más difícil de comprender.

Alejandra Jaramillo

Si la idea de la apropiación cultural implica un límite identitario, estoy en desacuerdo. Hasta ahí estamos ambos muy cerca. Creo que todo ser humano tiene derecho a la ficción, y esta debe permitirle la libertad de ir hasta donde quiera, como decías: moverse a otros mundos, otras épocas, abrirse a las preguntas que le parezcan importantes. Por eso Yourcenar pudo escribir la vida de Adriano, porque era lo que le interesaba. Si este debate implica que uno debe mantenerse en el rol identitario y, por tanto, solo puede narrar su propio mundo porque es el único que le pertenece, sería una catástrofe para la literatura y acabaría con su verdadera esencia.

Aquí hay un paso siguiente que tiene que ver con las democracias contemporáneas y la manera en que entendemos lo políticamente correcto. Sin embargo, creo que detrás de esto hay un llamado político importante: ¿cómo se da el proceso para que ciertas personas puedan publicar



y llegar a ciertos espacios que les permitan hablar desde esas diversidades, mientras que otras, que quisieran hacerlo, no pueden? Esa sí es una pregunta relevante. Para mí, sería clave que las comunidades indígenas tengan un mayor acceso a las posibilidades de la escritura y la literatura. Es necesario repensar esos cambios, porque sabemos que escribimos desde ciertos privilegios y posiciones. Esta es una pregunta políticamente importante que no podemos ignorar.

Ahora, volviendo al punto de lo políticamente correcto, mi percepción es que, si seguimos en esa dirección, la literatura podría convertirse en un espacio donde solo sucede lo que debe suceder, lo cual resuena conmigo cuando me preguntan por narrar la democracia o hacer formación a través de la literatura. Si esto implica que la literatura debe volverse formadora en el sentido de decir lo correcto, entonces deja de ser literatura. Además, si en ese proceso nos dicen qué debe ser considerado correcto, y son algunos quienes definen qué es lo correcto, podríamos entrar en un oscurantismo impresionante en las próximas décadas.

Si el horror no se puede contar, si nos van a imponer límites sobre lo que se puede narrar, imagina todo lo que tendríamos que callar o cómo nos veríamos obligados a contarlo. Ese oscurantismo sería atroz, y podría ser que esa postura terminara ganando. Espero que no suceda, pero es evidente que este debate avanza, y aún no tenemos claro hacia dónde nos puede llevar.

Juan Gabriel Vásquez

Yo también lo creo. Hace varios años, Salman Rushdie dio una conferencia en Barcelona en la que hizo una pregunta que nunca me ha abandonado, una pregunta absolutamente esencial: ¿quién tiene derecho a contar nuestra historia? Es una cuestión con muchas aristas, que se puede interpretar desde diversos enfoques. Como es evidente para quienes conocen la historia de Rushdie, él lo planteaba desde la experiencia de la prohibición y la condena a muerte que recibió por contar una historia de un modo que desagradó a ciertos poderes. En ese sentido, cierta tradición literaria —probablemente la misma a la que se refería Camus cuando hablaba de literatura de disidencia— siempre ha sido una constante rebelión contra los límites de lo que se puede decir, pensar o hacer. Por eso ha sido peligrosa, censurada e incómoda.

No hay pruebas de que las sociedades donde la literatura tiene un lugar más relevante o respetado sean mejores sociedades, pero sí parece haber una relación entre el debilitamiento de los valores democráticos y el avance hacia el autoritarismo o el totalitarismo. Cuando las democracias entran en crisis, una de las primeras cosas que ocurre es la censura de la literatura: los novelistas y poetas son perseguidos, encarcelados, amenazados de muerte o atacados, como le sucedió a Rushdie. Y no es algo que pertenezca únicamente a los tiempos del estalinismo o el nazismo. Hoy mismo, a Sergio Ramírez le retiraron la nacionalidad nicaragüense porque resultó ser un escritor incómodo para el régimen de Ortega. Le confiscaron sus bienes, lo expulsaron del país y le retiraron la nacionalidad. De manera que el ejercicio de la imaginación ha consistido siempre en una gran tensión frente al poder, para que la ciudadanía recupere el derecho de contar sus historias, muchas veces desafiando al poder político o religioso.

El poder, a lo largo de la historia, se ha comportado como un narrador que intenta imponer su propio relato. El poder político consiste, en gran medida, en la capacidad de imponer a una sociedad un relato de sí misma en un momento determinado. La literatura, junto a la mejor historiografía y el mejor periodismo, ha sido el espacio donde la ciudadanía recupera el derecho de contar la

historia, cuestionando la versión que da el poder. Las sociedades levantamos la mano y decimos: usted está mintiendo, o está olvidando, o está asumiendo solo un punto de vista, y creemos que la verdad de nuestro pasado o nuestro presente no se puede entender desde un único relato. Es necesario enriquecerlo con múltiples voces. Esta ha sido una de las tareas que hemos tratado de asumir los colombianos desde que comenzaron las negociaciones de paz en 2012: abrir un espacio donde puedan coexistir distintas versiones de los últimos 60 o 70 años de nuestra historia.

Ha cobrado importancia la idea de que, para comprender lo que nos ha ocurrido como país, es imprescindible contar con múltiples relatos y abrir un espacio donde estos puedan coexistir. La literatura aporta mucho en ese proceso: es uno de esos relatos, complejo, sofisticado y siempre ambiguo, que contribuye a la exploración de nuestras realidades, disputando al gran narrador del poder el monopolio que pretende ejercer sobre nuestro presente y nuestro pasado.

Siempre pienso en 1984, la novela de Orwell, donde en algún momento se dice: “quien controla el presente, controla el pasado. Quien controla el pasado, controla el futuro”. Es decir, quien detenta el poder político en un momento concreto es capaz de imponer un relato sobre lo que fuimos, sobre el pasado. Y quien logra imponer ese relato sobre el pasado, puede llevar a la sociedad hacia donde desee. Esto es lo que intentan todos los sistemas políticos: imponer un relato sobre sus sociedades. Y ahí está siempre esta criatura incómoda —una novela o un poema— molestando, contradiciendo, sugiriendo que las cosas podrían haber sido de otra manera, o recordando aquello que el poder quiere olvidar. Por todo eso, la literatura suele volverse incómoda.

Alejandra Jaramillo

Empezaste nuestra conversación con el Lazarillo, de ese otro que no tiene privilegios. Sin embargo, no podemos olvidar que la literatura está llena de momentos en los que, por ejemplo, la nueva literatura histórica latinoamericana vuelve a los héroes y a los grandes personajes, pero esta vez para mostrar todo aquello que antes no se había querido ver. Este es uno de los casos en los que la literatura reescribe y problematiza lo que se ha vuelto una narrativa establecida. Lo interesante es que la literatura lo hace desde la tremenda particularidad de cada personaje y desde lo más hondo de cada ser, lo que permite al lector adentrarse en ese mundo y terminar tocado porque, aunque le cuestionan a sus grandes héroes, está viendo lo que hay de humano en ellos, con todas las tremendas contradicciones que debe aceptar.

Un tema que está sobre la mesa es el de la democracia como una encrucijada. Me voy a salir un poco del tema literario para aprovechar y conversar contigo sobre estas cuestiones, en particular sobre lo que has venido escribiendo respecto a la visión de América Latina, su relación con la democracia y el papel de la juventud inmersa en un discurso mediado por las redes sociales. Quisiera que nos cuentes un poco cómo estás viendo esta situación.

Juan Gabriel Vásquez: Sí, me parece que estamos viviendo enormes transformaciones en las maneras de ser, comportarnos y entender lo que significa la ciudadanía, y por ende, nuestro papel político en una democracia. Actualmente hay un nuevo paradigma que pasa por las nuevas tecnologías. Hay una conferencia fantástica de 1935 en la que Paul Valéry expresaba su preocupación por el hecho de que las nuevas tecnologías estaban causando una especie de ruptura con el pasado. Decía que había tantos estímulos y que las nuevas tecnologías habían creado maneras distintas de transmitir ideas y de conversar políticamente, refiriéndose a



la radio y a su impacto en los debates políticos de su tiempo. Hoy podemos comprender, y ya admitimos, el inmenso papel que jugó la radio en el ascenso de los fascismos europeos. Hitler llegó hasta donde llegó, en parte, porque descubrió el poder de la radio para difundir sus ideas y estar presente en muchos lugares al mismo tiempo.

Al leer esa conferencia, pensaba que lo que nos sucede hoy no es muy distinto: la irrupción de nuevas tecnologías ha cambiado nuestra manera de conversar políticamente, de entender los hechos políticos y de relacionarnos con la realidad como el lugar donde tomamos decisiones. Las redes sociales han transformado todo eso. Quien mejor ha explicado este fenómeno es Jaron Lanier, en un libro breve, casi un panfleto, titulado “*10 razones para cerrar las redes sociales ahora mismo*”. Lanier es un pionero de Silicon Valley, uno de los primeros en hablar en los años 90 de lo que estamos viendo ahora y, en parte, uno de los creadores de este entorno.

Publicó ese libro hace unos cinco años, profundamente preocupado por el impacto de las redes sociales en nuestro comportamiento ciudadano y democrático. Lanier sostiene que uno de los requisitos fundamentales para que cualquier sociedad pueda avanzar es la existencia de una realidad compartida, un terreno común donde podamos cooperar hacia un fin, o debatir y contradecirnos sobre distintas interpretaciones de los hechos, pero siempre partiendo de una misma realidad objetiva. Hasta hace poco, existía un acuerdo sobre esa realidad compartida.

Según Lanier, las redes sociales han roto esa noción de realidad común, porque su funcionamiento se basa en diseñar realidades personalizadas que dependen de los perfiles individuales y del comportamiento digital de cada usuario: raza, sexo, ubicación geográfica, tipo de productos que consume, entre otros factores. A partir de esos datos, los algoritmos generan una versión de la realidad distinta para cada persona, lo que significa que dos individuos pueden consultar la misma información y recibir respuestas completamente diferentes, como si Wikipedia ofreciera un artículo distinto a cada usuario según su perfil.

Esto provoca una ruptura completa e irreparable de la realidad compartida, lo que a su vez contribuye al resquebrajamiento de la democracia actual. Nos resulta imposible entender el punto de vista de quienes piensan diferente, porque ni siquiera vemos la misma realidad. Los códigos y mensajes que otros reciben nos son invisibles. De esta manera, es muy fácil que dejemos de ver a los demás como contradictores legítimos y comencemos a percibirlos como mentirosos, deshonestos o enemigos. Y esto es profundamente preocupante.

En mis días más optimistas, se me ocurre que espacios como la literatura de imaginación pueden contribuir, en cierto sentido, a reparar esa ruptura. La literatura podría ser un lugar donde logremos convivir con quienes son diferentes, ayudando a reconstruir esa realidad compartida que las nuevas tecnologías han fragmentado en nuestra conversación ciudadana. Sin embargo, no es fácil y sigue siendo un motivo de preocupación. Por ejemplo, hoy en día, la mitad de Estados Unidos —incluyendo a muchas personas de buena fe— cree que Trump no perdió las elecciones. Eso es posible porque no están leyendo los diarios tradicionales, sino que se informan a través de Facebook, donde su visión del mundo es reforzada constantemente por los sesgos de los algoritmos. Así es como funcionan las redes sociales, y ese fenómeno representa una amenaza grave para la democracia.

Alejandra Jaramillo

Son muchos matices. Por ejemplo, es evidente que las narrativas culturales construyen una realidad. En las naciones latinoamericanas, incluso con la literatura, se crearon realidades republicanas cargadas de altísimas violencias asociadas a la formación de identidades nacionales. La realidad siempre ha sido una construcción ligada a grupos con el poder de sostenerla. Todo esto refleja, en el fondo, la pérdida de la posibilidad de identificar quiénes pueden controlar esa noción de realidad. No sé qué nos pueda pasar a largo plazo, pero, a pesar de los temores actuales, es evidente que algo se está transformando en la manera de construir el sentido de lo que es real y de quiénes tienen el poder de construirlo. Ya no podemos tener tranquilidad sobre la información que nos brinda nadie. De alguna manera, se ha hecho evidente que toda realidad es, en el fondo, una narración, una construcción de sentidos basada en relaciones de poder.

Además, nos movemos dentro de contradicciones. Por un lado, nos resulta fascinante que haya acciones que, a través de las redes, logren gran resonancia y nos permitan ver lo que antes no habiéramos podido ver. Por otro lado, hay una gran cantidad de personas pensando y diciendo cosas que, por la cercanía que tenemos con ciertas formas de conocimiento, nos parecen imposibles. No obstante, creo que esto debe analizarse desde las formas, sobre todo cuando hablamos de la democracia como un conjunto de voces diversas que van encontrando y ganando nuevos espacios. Si empezamos con el Lazarillo de Tormes y la búsqueda de entender al otro, podemos ver que las redes también han dado la posibilidad de que muchas personas hablen, especialmente aquellas que antes no tenían voz.

Juan Gabriel Vásquez

Es verdad, las redes están dando esa posibilidad. La pregunta necesaria es: ¿están creando también la posibilidad de que la gente escuche? Eso es lo que no me queda tan claro. Las dinámicas de las redes sociales no favorecen al moderado, ni a quien quiere escuchar o respetar la opinión ajena. Favorecen al atrabiliario, al grito, al insulto o al puñetazo en la mesa. Podría decirse que, lentamente, las redes van erosionando nuestra capacidad de diálogo en muchos espacios. ¿En qué momento la multiplicidad de voces se convierte en una cacofonía en la que ninguna se escucha realmente?

Sin embargo, tienes razón en que hay procesos en los que las redes sociales han roto fronteras y limitaciones políticas, dando voz a personas que hace 20 años no la tenían y, en muchos casos, logrando que esa voz sea muy potente.

Alejandra Jaramillo

Cuando en 2003 tuve a mi primer hijo, comencé un proceso de imaginarme una vida sin escuela. Mi hijo casi nunca fue al colegio, y mi hija asistió algunos años porque quiso, pero en general hicimos un proceso interesante de pensar en posibilidades fuera del sistema escolar. Recuerdo que, para 2008 o 2009, había en India un pensador que proponía que un niño o niña solo necesitaba un computador para formarse. Recuerdo el temor que me producía esa idea, porque siempre surgía la pregunta: si formarse es simplemente tener información o recibir un montón de estímulos, ¿qué significa realmente formarse? Y, en términos políticos, ¿hasta qué punto se necesita una construcción crítica?



Ahora, el problema es que el límite de esa construcción crítica casi siempre termina en lo mismo: cuando alguien no está de acuerdo, la respuesta tiende a ser “es que usted no entiende”. Esto lo vivimos incluso en la Universidad Nacional. Por ejemplo, se dice: “Si usted no está de acuerdo con este modelo de universidad, es porque no entiende”. No es que no entienda, es que tenemos dos modelos distintos y debemos convivir con eso: usted lo hará de una forma y yo de otra. Lo que parecía una gran confianza en un modelo único de formación también resultó ser una gran catástrofe. El peligro y el miedo aquí es: ¿dónde aparece el pensamiento crítico? Ese pensamiento que permite a las personas comprender que no se trata de resolver las diferencias con golpes ni con violencia, sino de poner en tela de juicio cualquier mensaje que recibimos.

Nos han enviado un par de preguntas. La primera dice: “A nuestro nobel Gabriel García Márquez, lo tildaban de izquierda por su ficción. ¿Las realidades que él expone no podrían ser también sucesos de nuestras realidades?”

Juan Gabriel Vásquez

En el capítulo 15 de *Cien años de soledad*, hay un episodio fantástico que narra la masacre de las bananeras, un hecho que ha vuelto a nuestra conversación en estos días por motivos que todo el mundo conoce. En este episodio, García Márquez pone en escena un suceso real y lo interpreta a través del lente principal de su novela: el realismo mágico.

Ustedes recuerdan la escena de la masacre de las bananeras: los obreros del banano están reunidos en huelga y el ejército, bajo el mando del general Carlos Cortés Vargas, que aparece mencionado con nombre y apellido, les ordena dispersarse. El general les da cinco minutos y, como la gente no hace caso, ordena disparar. En un momento, Carlos Cortés Vargas dice: “Les queda un minuto”. Y alguien responde: “Cabrones, les regalamos el minuto que falta”. Esa es la escena. Hay disparos, y José Arcadio Buendía pierde el conocimiento. Cuando despierta, va en un tren y dice que está sobre tres mil cuerpos de las víctimas de la masacre, que están siendo llevados al mar para desaparecerlos, como el banano de rechazo.

José Arcadio Buendía salta del tren y recorre el pueblo de Macondo, contando y preguntando por lo que ha visto. Sin embargo, la gente le responde que está confundido, que ahí no ha pasado nada, que desde los tiempos de su abuelo, el coronel, todo ha estado en calma. Macondo es un pueblo feliz. En la novela se cuenta que la versión del gobierno fue negar que los hechos hubieran ocurrido. Se difunde la idea de que aquello no fue verdad y, poco a poco, esa versión se va imponiendo en la conciencia de los macondianos. En la obra de García Márquez, siempre hay una tensión entre el poder como narrador y la novela como lugar de memoria, el espacio donde se preserva la vida de hechos que se han querido dar por muertos.

Se sabe que la masacre de las bananeras fue uno de los hechos más publicitados del mundo. Gaitán llegó al Congreso colombiano poco después con un cráneo de niño en la mano y abrió un debate que lo puso en el mapa político del país. Estos no fueron hechos ocultos o, si se intentaron ocultar, no tuvieron éxito. Pero la novela de García Márquez está ahí para pedirnos que reflexionemos sobre los mecanismos del poder político, que intenta imponer o negar una realidad. La literatura suele ser el lugar donde nos enfrentamos a estas cuestiones. Este ha sido uno de los roles fundamentales de la novela y la ficción latinoamericana.

Alejandra Jaramillo

Constanza Castro te pregunta: “¿Qué diferencia encuentra entre el pasado que construye la historia y el pasado que construye la literatura? ¿Son ambos igualmente efectivos para la construcción de nuestro presente o nuestra identidad?”

Juan Gabriel Vásquez

Es muy interesante. Hay un artículo de Tolstoi publicado en 1868, poco después de los primeros volúmenes de Guerra y Paz, cuando algunos historiadores comenzaron a señalarle que su relato no era exacto, que estaba distorsionando la cronología y que las cosas no habían ocurrido de esa manera. Tolstoi responde que la diferencia entre cómo un novelista y un historiador cuentan la historia no es un simple accidente, sino algo necesario e inevitable, porque sus fuentes son distintas.

Tolstoi pone el ejemplo de una batalla: después de una, el historiador suele basarse en el informe que presenta el coronel o el Estado Mayor, es decir, el informe oficial, y eso es lo que recoge y plasma en su crónica. En cambio, el novelista trata de hablar con el soldado que acaba de salir de la batalla. Los soldados, al salir, empiezan a dar versiones personales de lo que vivieron, llenas de ambigüedades, angustias y construcciones subjetivas, permeadas por lo más humano. Esas versiones caóticas, cacofónicas y contradictorias lentamente se van asentando: al día siguiente se recogen en el informe del teniente, luego en el del capitán, y, con el tiempo, se convierten en el informe oficial de la autoridad superior del ejército, que finalmente llega al libro de historia.

Las fuentes de las que se nutren el historiador y el novelista son completamente distintas, porque sus intereses también lo son. Con frecuencia, las novelas entran por esos lugares donde la historia no ha podido hacerlo, debido a la falta de documentos o testimonios. Por esos resquicios de la narración histórica se abre paso la novela. La historiografía es imprescindible, y nuestros historiadores son fundamentales, pero el relato histórico tiene límites. Hay cosas que no se saben, que pertenecen al territorio de la conjetura o de las emociones. Es precisamente en esos espacios donde entra la novela a completar el retrato. La conjunción entre la ficción y la historiografía es necesaria para comprender un momento del pasado. Con una sola de las dos, no nos basta.

Para entender las guerras napoleónicas, podemos leer múltiples libros de historia sobre ellas, pero hay un rincón de la experiencia humana de esas guerras que solo nos cuenta Guerra y Paz de Tolstoi. Sin esa obra, sabríamos menos, no lo sabríamos todo, o el relato sería incompleto.

Alexis De Greiff

Quiero hacer una pregunta casi obligada desde el CEP. Antes de ello, agradezco a la maestra Jaramillo y al maestro Vásquez por acompañarnos; es un privilegio contar con su presencia. La pregunta no está relacionada con la literatura, la formulo como ciudadano. Aprovechando que el maestro Vásquez está en París, que la maestra Jaramillo está en Berlín y que ambos tienen vínculos muy cercanos con esas culturas, no puedo dejar pasar una coyuntura: la creciente presencia de los partidos de ultraderecha en el Parlamento Europeo, particularmente en los países donde ustedes residen.



Quisiera preguntarles a ambos: ¿cómo están percibiendo esta situación? Y, en sus conversaciones cotidianas, ¿cuál es el clima y la experiencia, teniendo en cuenta, como ustedes mencionaban, que algunas personas evitan hablar con otros porque les arruina el día? ¿Cómo es vivir este movimiento hacia la derecha, especialmente en Francia, donde Macron llama a elecciones y disuelve la Asamblea Nacional?

Juan Gabriel Vásquez

Es terriblemente preocupante. Lo que sucede en Francia implica una rebelión contra una tradición republicana, democrática y universalista. Esta rebelión se plantea desde posiciones de xenofobia. El partido de la señora Le Pen es heredero de una línea ideológica que, en su momento, cuestionaba la existencia misma de las cámaras de gas o las consideraba apenas un detalle. Es un partido fundado sobre bases de racismo y xenofobia, y se alimenta de ellas.

Este es el gran punto en común de los movimientos de extrema derecha en Europa: Alemania, Austria, Italia, España. Quizá lo que más los une son las diversas maneras de disfrazar un impulso esencialmente racista y xenofóbico. El miedo a la migración no solo es el combustible común que los mueve, sino que es un mensaje fácil de transmitir. Es muy sencillo convencer a los ciudadanos de que fenómenos de inseguridad personal y económica están ligados a la inmigración, y, por esta vía, criminalizar al migrante. De este modo, sobre campañas de odio se construyen relatos que favorecen esa intención de voto. Aunque cada país adopta matices distintos, estos son nacionalismos profundamente identitarios, basados en un rechazo visceral hacia el otro, hacia quien viene de fuera.

A Macron se le ha criticado mucho la decisión de disolver la Asamblea Nacional y convocar elecciones, pero no estoy seguro de que tuviera otra opción. En democracia, cuando se recibe un voto popular como el de las últimas elecciones europeas, que expresa un rechazo claro y directo, en teoría —aunque la práctica es distinta— lo responsable es escuchar lo que la gente está diciendo y permitir al pueblo francés que decida lo que quiere. El problema es que esa decisión abre una puerta a la extrema derecha más atrabiliaria, xenofóbica y contraria a muchos de los pilares de la república francesa tal como la conocemos.

Esto es muy preocupante, porque Francia y Alemania son países de los que depende el proyecto europeísta, y este es la barrera que frena los nacionalismos identitarios y xenofóbicos, que son un camino directo hacia situaciones muy graves que ya hemos vivido en el pasado.

Sin embargo, hay una figura que me resulta interesante: Raphaël Glucksmann, un socialdemócrata que tuvo una presencia y un éxito razonable en las elecciones europeas. Tal vez logre reunir suficientes figuras para contrarrestar este impulso y recuperar lo que antes se conocía como el cordón sanitario, ese acuerdo entre demócratas de derecha e izquierda para impedir que los extremistas llegaran al poder. Eso es precisamente lo que se está rompiendo en Europa.

Es una situación muy preocupante, pero quizá haya una luz. Veremos qué sucede en estos días, hasta las elecciones del 30.

Alejandra Jaramillo

A mí también me parece algo tremendamente preocupante. En una ciudad como Berlín, la gente joven siente esto con muchísimo dolor, y es muy impactante. Además, hay propaganda

—no sé exactamente de quién— sobre las manifestaciones que hace la juventud en contra de la extrema derecha. Cuando uno está en las estaciones del tren, se muestran imágenes que insisten en la necesidad de mantener una visión democrática para evitar caer nuevamente en el fascismo. Esto refleja un miedo alemán impresionante. Estoy casada con un alemán, y lo siento de manera constante: lo veo en él, en su familia, en todas las conversaciones, ese pánico tan grande a que Alemania pueda volver a experimentar una expresión como la que tuvo hace un siglo.

Hay muchos temas en juego con la juventud europea. Además, el exceso de información fragmentada —donde cada quien tiene acceso únicamente a lo que quiere oír—, lo que hablábamos antes sobre los riesgos de las redes sociales, ya está sucediendo. Esto impide que muchas personas de extrema derecha en países como estos puedan comprender que, sin la mano de obra de otros países, la economía ni siquiera podría funcionar. La irracionalidad llega al punto de afirmar que simplemente hay que expulsar a los migrantes, sin considerar ninguna otra consecuencia. Eso es muy grave.

Para cerrar con el tema de la literatura, todo esto nos muestra que, por más que la literatura y el pensamiento intenten exponer las perversidades del poder, siempre habrá una cadena histórica en la que esas fuerzas y contrafuerzas reaparecen, y son muy difíciles de contener. Eso significa que quienes escribimos tendremos trabajo por siempre. Siempre habrá algo que mostrar, algo que revelar sobre las barbaridades que nos ocurren.

MESA

¿Adoctrinamiento o educación política?

Prof. Julio Gaitán Bohorquez

Facultad de Jurisprudencia
Universidad del Rosario
- *Moderador*

María del Rosario Guerra

Exministra de comunicaciones, exsenadora de la República

Prof. Alexis De Greiff

Director del Centro para la Educación Política (CEP)
Universidad Nacional de Colombia

Prof. Juan Manuel Barrero

Facultad de Derecho y Ciencias Políticas
Universidad de Ibagué
- *Panelistas*

Julio Gaitán

Gracias por la invitación a moderar este panel. Es una excelente oportunidad para discutir un tema crucial: ¿Adoctrinamiento o educación política?

Voy a proponer un formato de discusión en panel. En los primeros minutos, me gustaría que cada uno de nosotros haga una breve presentación para afirmar nuestros lugares de enunciación en torno al problema planteado. Aunque son personas ampliamente reconocidas en la opinión pública, quisiera que nos brindaran una corta introducción sobre su experiencia y su vínculo con el tema. Posteriormente, leeré las preguntas orientadoras y les daré la palabra a quienes integran el panel. Bienvenidas y bienvenidos.

María del Rosario Guerra

Buenos días, gracias por la invitación. Soy María del Rosario Guerra, economista de la Universidad del Rosario, magíster en Políticas Públicas de Harvard y en Economía Agrícola de la Universidad de Cornell. En los últimos años me he desempeñado como senadora de la República por el partido Centro Democrático. Fui ministra de Comunicaciones, directora de Colciencias y profesora universitaria durante cerca de 30 años. Me alegra compartir este espacio con ustedes.

Juan Manuel Barrero

Buenos días, gracias por la invitación. Soy Juan Manuel Barrero, profesor de la Universidad de Ibagué. Abogado de la Universidad de Ibagué, doctor en Derecho de la Universidad Externado, magíster en teoría y filosofía del derecho y especialista en derecho constitucional, área en la que me desempeño como investigador. He trabajado en temas como discursos de odio, libertad de expresión y biopolítica. Es un honor acompañarlos.

Alexis De Greiff

Es un privilegio compartir este espacio con ustedes. Me formé como físico en la Universidad de los Andes, realicé una maestría en Física Teórica en la Universidad Nacional de Colombia, y posteriormente me orienté hacia la historia y la filosofía, completando un doctorado en estos temas en la Universidad de Londres. Mis intereses de investigación han estado relacionados con la diplomacia científica y la relación entre democracia, ciencia y tecnología. Tuve el honor de ser Vicerrector General de la Universidad Nacional.

Con la doctora María del Rosario nos conocemos desde hace años, cuando me invitó a participar en un grupo para pensar el futuro de la ciencia y la tecnología. Más adelante, tuve que hacer empalme con ella y su equipo cuando asumí la sub-dirección de Colciencias. Lo último, y de lo más grato, haber sido Bibliotecario durante tres años como director de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Julio Gaitán

Gracias Haré una breve presentación. Soy Julio Gaitán, profesor del área de Derecho Constitucional de la Universidad del Rosario y director del Centro de Internet y Sociedad de la misma universidad. Actualmente me ocupo de temas relacionados con el derecho a la ciencia, el acceso al conocimiento y los estudios sociales de la ciencia. Tengo un doctorado en un campo cercano a la sociología y estudié carpintería en la Escuela de Artes y Oficios Santo Domingo.



Esto último me define en parte como mi lugar de enunciación, debido a mi relación con la materialidad de la vida, los olores de la madera y mi sensibilidad hacia lo social.

Sin más preámbulos, en el horizonte del adoctrinamiento o la educación política, quisiera empezar por señalar que, para el hombre o la mujer corrientes, preocupados por su vida, su trabajo y la producción de alimentos, no les es exigible lo mismo que a quienes nos dedicamos, en la división social del trabajo, a pensar en las universidades. A ellos no se les puede pedir que reflexionen sobre las herramientas teóricas o metodológicas con las que trabajamos, como se nos exige a nosotros y nosotras. Hoy contamos con dos herramientas clave para discutir: el adoctrinamiento y la educación política. En torno a ellas quisiéramos entablar esta discusión.

Para comenzar, formulo las preguntas orientadoras: ¿qué se puede entender por educación política en el siglo XXI? ¿Cuáles consideran que deberían ser las prioridades de una educación para la ciudadanía? ¿Es posible concebir una educación que no sea política?

A propósito, Alexis, de la sociología de la ciencia y de cómo, a finales del siglo XIX y en el siglo XX, se erizó la relación entre saber y poder, traigo una cita introductoria de Foucault que dice: “Creo que el verdadero trabajo político en una sociedad como la nuestra es el de criticar el funcionamiento de instituciones que parecen neutrales e independientes. Criticarlas de modo que la violencia política, que siempre se ejerce oscuramente por medio de ellas, sea desmascarada y pueda ser combatida”.

Con esa introducción, les doy la palabra.

María del Rosario Guerra

Comienzo con algo de perogrullo: al vivir en sociedad, no podemos sustraernos de la política, entendida como el entorno diario donde se discute lo que preocupa a la ciudad, al gobernante y a las diferentes relaciones que se establecen. Pensar que la educación política no es importante resulta absurdo, ya que es esencial si queremos contribuir a que la democracia, con los valores que implica, pueda perdurar, mejorar y dignificar a la persona. Además, como mencionábamos antes, es clave para fomentar el respeto a los valores fundamentales expresados en la Carta de los Derechos Humanos.

La salud de la democracia depende de una activa participación ciudadana que no debe limitarse a la educación básica adquirida en la familia, la calle o los amigos, sino que exige profundización, reflexión, análisis y enriquecimiento del conocimiento. Esta es una primera reflexión frente a la tendencia a minimizar la importancia de la educación política. En última instancia, el hecho de que una persona opine sobre lo que ocurre en la vida diaria no la convierte necesariamente en una conocedora capacitada para participar de manera efectiva en política.

Ahora bien, existe una diferencia abismal entre la educación política y el adoctrinamiento. Cualquier forma de adoctrinamiento anula las capacidades de análisis, reflexión, profundización, revisión de posturas y confrontación de tesis. En definitiva, anula la capacidad de formar una conciencia crítica. Por eso, considero que, por el bien de la democracia, no podemos permitir el adoctrinamiento. Lo que se debe promover es la educación política, ya que el adoctrinamiento impide que los ciudadanos desarrollen las habilidades necesarias para debatir, reflexionar y enriquecer su entorno. La Universidad del Rosario ha venido realizando estudios importantes en materia de cultura política.

Sin embargo, si tenemos en cuenta el estudio del DANE de 2019, podemos observar que en Colombia hay alrededor de 13 millones de jóvenes menores de 28 años. De estos, 1,2 millones estaban habilitados para votar en los Consejos Juveniles, pero menos del 15% de ellos participó. Llama la atención que, aun cuando existía un espacio específico y una oportunidad para expresar dicha cultura política, la participación fue mínima. Esto ocurre, precisamente, porque no hay una comprensión clara de lo que implica la educación política en la formación de los jóvenes.

Traigo este ejemplo a colación porque estudiosos de la educación como Piaget y Kohlberg sostienen que la educación política debe iniciarse en la secundaria y continuar en la universidad, ya que es en estas etapas donde los jóvenes desarrollan sus preguntas, inquietudes y afinidades sobre temas sensibles como la religión, la sexualidad y la ética. Es crucial que este tema de la formación no se deje solo para cuando se pretenda ejercer la política, sino que se aborde desde esos primeros años. Esto me lleva a un segundo punto fundamental:

Cuando reflexionamos sobre la importancia de la formación ciudadana para la vida política y pública, el ejercicio de las libertades y el civismo responsable, debemos tener en cuenta que esta formación no debe empezar únicamente en la universidad o al egresar de ella, sino desde las primeras etapas de la educación. Este proceso debe ir articulado con un elemento clave para confrontar el adoctrinamiento: reconocer que, desde niños, venimos de entornos como el hogar, donde se habla de temas relacionados con la vida en sociedad y la democracia. Por lo tanto, al llegar al colegio o a la universidad, ya tenemos ideas y posiciones sobre distintos asuntos.

Por ejemplo, algunos habrán oído hablar de libertad de culto, empresa y opinión; otros, de justicia y equidad; otros, de orden. En fin, de los diferentes valores que componen una democracia. Lo que no se puede permitir es que, en los escenarios de educación superior, se desconozca que los estudiantes llegan con este bagaje y se les niegue la posibilidad de confrontarlo y debatirlo. A un joven que llega a la universidad no se le puede imponer una sola visión de los modelos de organización del Estado o una única teoría política. La riqueza de la universidad radica en que el joven pueda enfrentarse a diferentes teorías y modelos, de modo que, a través del debate, pueda formarse su propia opinión y decidir con cuál se identifica más.

Me parece interesante lo que se observa en algunas universidades americanas de corte liberal, donde desde los primeros semestres se ofrece una formación general en la que el debate, la argumentación y el método socrático son fundamentales. El objetivo es que los jóvenes adquieran competencias y habilidades que les permitan desarrollar capacidad de argumentación y razonamiento crítico para definir sus propias posiciones.

Por el contrario, en un par de universidades de Bogotá se presentaron casos en los que algunos estudiantes intentaron confrontar al profesor porque tenían posturas diferentes, pero no se les permitió ni siquiera exponer sus argumentos. En esos casos, no estamos hablando de cultura política, sino de adoctrinamiento, que consiste en imponer las ideas y principios del profesor como si fueran universales e indiscutibles. Sabemos que, en política, existen diversas posturas, teorías y enfoques. La riqueza del proceso de aprendizaje radica precisamente en que existan posturas contrarias y que, mediante el debate, se puedan lograr consensos o, al menos, exponer las diferencias de manera respetuosa.

Ese era el segundo tema que quería resaltar: la importancia de la educación política desde la juventud, pero reconociendo que habrá personas con diferentes concepciones e ideas. Lo



que corresponde a los escenarios educativos es contribuir al debate, la confrontación y el enriquecimiento a partir de diversas posiciones, de manera que cada persona pueda decidir en qué línea ubicarse. Si esto no ocurre, enfrentamos lo que hoy sucede: todo el mundo habla de polarización. ¿Cómo no va a haber polarización si no nos escuchamos ni consideramos las argumentaciones de quienes piensan diferente para, al menos, intentar sentarnos a encontrar consensos? De lo contrario, solo tendremos diálogos de sordos. Es muy difícil construir una democracia liberal cuando se anula la libertad de expresión y la argumentación, que son la base fundamental del diálogo.

Un tercer tema para reflexionar: estamos cumpliendo 75 años de haber suscrito la Carta de Derechos Humanos, que establece un contenido básico de derechos esenciales para construir la dignidad de la persona. Además, desde hace más de 200 años, los grandes pensadores de la ciencia política han desarrollado un conjunto de valores mínimos necesarios para el fortalecimiento de una democracia. Si en materia de debate y educación política no logramos establecer consensos mínimos, será muy difícil evitar caer en el adoctrinamiento. Las universidades deben tener claro que la libertad de cátedra no implica libertad para adoctrinar, sino para enriquecer el conocimiento y fomentar el desarrollo cognitivo, personal y social del estudiante, fortaleciendo sus habilidades y competencias. Es fundamental poner las diferentes alternativas sobre la mesa, de modo que cada quien pueda identificarse con una u otra postura. Si esto no se da, cerramos la puerta a la posibilidad de que Colombia mantenga una democracia vibrante y activa.

El cuarto punto que quería resaltar: al revisar encuestas, estudios del DANE y el trabajo del profesor Gaitán, se observa que, cuando se les pregunta a los jóvenes, parece que existe una concepción de la democracia únicamente como activismo, es decir, marchas y plantones. Sin embargo, una democracia también tiene reglas y exige educación, contenido y participación formal. De lo contrario, queda vacía. Esto lo menciono porque considero fundamental entender que no podemos seguir presentando a las instituciones y a las reglas de juego aceptadas dentro de una democracia—como el voto, las instituciones pilares del Estado de Derecho y la separación de poderes—como elementos prescindibles. No basta con aplaudir las manifestaciones y plantones si se ignora la participación electoral, que es un mecanismo esencial de las democracias. Por eso, comencé con el ejemplo de la baja participación electoral, ya que este fenómeno está ligado al respeto por las instituciones y sus mecanismos de elección.

Por ejemplo, yo me opongo a la elección de jueces y magistrados por voto popular. Me parece que politizar la justicia no es el camino adecuado. Ya tenemos instancias que se eligen popularmente y que deben desempeñar su papel dentro del sistema democrático.

Cierro con esta reflexión: considero que la educación política es fundamental en dos ámbitos. En primer lugar, el debate legislativo se enriquecería enormemente si la ciudadanía estuviera mejor formada, ya que podría participar y contribuir de manera más activa en dicho debate. En segundo lugar, es crucial para la formulación de políticas públicas por parte del ejecutivo en sus tres niveles. Si la ciudadanía está mejor formada, contribuye a la creación de políticas públicas más efectivas. Sin una adecuada concepción y formación sobre los temas en debate, será difícil tener una democracia saludable, buenas políticas públicas y un trabajo legislativo de calidad.

Juan Manuel Barrero

Quiero tratar de abordar todas las preguntas del panel. La primera, conceptualmente la más relevante: la diferencia entre la educación política y el adoctrinamiento. En este punto me considero muy popperiano. Para poder diferenciar entre educación política y adoctrinamiento, hay que tener en cuenta lo que es una sociedad abierta. Si en una sociedad abierta es imposible la educación política, estaríamos en el adoctrinamiento total.

¿Qué entiendo por adoctrinamiento? Una educación política dogmática, sin espacio para la crítica, unilateral y presentada como una verdad absoluta. De manera contrapuesta, la educación política es algo abierto a la crítica, la discusión y el diálogo de las ideas, lo que posibilita un entorno democrático. Porque son distintos el tipo de sociedad que posibilita el adoctrinamiento y el tipo de sociedad que posibilita la educación política entendida de una manera amplia y crítica.

Sin embargo, ¿cómo se logra la discusión, la crítica y la apertura de ideas? ¿Cómo tendría que ser la educación política en el siglo XXI? Hay dos elementos: fondo y forma. No solo es necesaria la forma —es decir, poder hablar y discutir—; eso por sí solo no es educación política. El fondo es que las ideas políticas existen y subsisten, aunque no se quiera ver. Una educación política sería pasa por el conocimiento de las principales ideas políticas fundamentales, ¡todas! Debemos tomarlas con seriedad, tanto en las universidades como en el debate público. Si vamos a enseñar marxismo, lo enseñamos, pero también liberalismo clásico, anarquismo y conservadurismo. Todas las ideas profundas deben enseñarse en todos los niveles educativos, desde los colegios hasta las universidades. Debe haber espacio para todas las ideas; en esto estoy de acuerdo con la profesora María del Rosario.

La educación política en el siglo XXI debe tener características propias, relacionadas con los contextos contemporáneos: globalización, prevalencia de las redes sociales en la vida de la gente y de los jóvenes, nuevas tecnologías, inteligencia artificial. Todos esos ámbitos hay que tenerlos en cuenta. No obstante, por ejemplo, hablar de inteligencia artificial puede ser un esnobismo político, porque estamos hablando de ello en un país donde muchos municipios no han podido solucionar problemas básicos como la basura o el agua. Una educación política en el siglo XXI debe tener en cuenta los nuevos ámbitos, pero también los problemas tradicionales que, como país, sociedad y planeta, no hemos resuelto, por ejemplo, la cuestión de la libertad o el debate sobre la propiedad privada. Estos son debates que deben darse de fondo. No podemos hablar de educación política en el siglo XXI sin rescatar los elementos clásicos de la educación política junto con los elementos del contexto actual. No son incompatibles, aunque a veces pareciera que lo son.

Se suele creer que “democracia” o “apertura” es que cualquiera diga cualquier cosa de la manera que quiera. Aunque esto tiene que ocurrir, también es necesario que los demás tengan espacio para expresar desacuerdo. Así, la educación política también consiste en preparar a la gente para la discusión. No se puede tener una educación política sin una ciudadanía que sepa discutir y argumentar; es imposible. Terminaríamos no en una discusión política, sino en un choque político de hecho. También esto lo comentó la profesora María del Rosario.

Ahora, sobre las prioridades en una educación para la ciudadanía. Aquí encuentro uno de los problemas importantes, porque debemos hacer educación política en un Estado Social de



Derecho, no lo podemos negar. Por ejemplo, trayendo mi lugar de enunciación como abogado, hay cosas que jurídicamente no se pueden decir. Es decir, la libertad de expresión tiene límites definidos por la Corte. Los límites infranqueables son: los discursos de odio, la apología al genocidio, la incitación directa a la violencia y la pornografía infantil. Estos son temas infranqueables y son importantes para la educación política porque una educación para la ciudadanía implica conocer el sistema jurídico como posibilidad y como límite. Para la educación política es necesario conocer los derechos propios expresados en la Constitución y también los derechos de los otros como límites.

Al respecto, ahora que se habla de una Constituyente, uno se puede preguntar: ¿por qué una Constituyente? Se dice: porque la Constitución no funciona. Se puede preguntar: ¿qué parte de la Constitución no funciona? Y la gente no la ha leído ni la conoce. Hay muchas cosas de la Constitución que se pueden criticar, pero otras, relacionadas con la libertad de expresión, de opinión o de cátedra, son muy valiosas y existen en nuestro país. Una educación para la ciudadanía debe reconocer y conocer el contexto jurídico.

Luego de los límites jurídicos, son necesarios los elementos éticos. ¿Cómo no caer en una política que sea mera politiquería si no conocemos las teorías de la justicia? Por ejemplo, no conocer cuándo una medida es más utilitaria, liberal o, como en el caso de Aristóteles, cuando el fin de la política es hacer mejores a los ciudadanos. Si se deja de lado eso, lo que queda son las puras pasiones políticas. Una educación para la ciudadanía pasa por una educación civil que implica el conocimiento del derecho, de la moral y la ética, y de los elementos políticos. Es imposible hacerla sin eso, sin una base. Si ello se logra, se pueden discutir incluso las ideas más disruptivas. Por ejemplo, yo soy defensor de discutir nuevamente el anarquismo o el marxismo. Hagámoslo, pero en una sociedad preparada para dar esa discusión, enfrentarse a ideas ajenas sin necesidad de apelar a las vías de hecho y la violencia. Es clave la construcción de una sociedad civil, y para ello es fundamental la educación política.

A propósito del último punto: si es posible una educación que no sea política. Estoy absolutamente convencido de que es imposible. Es imposible una educación, en términos globales, que no sea política. Se puede, por ejemplo, enseñar a sumar, y podría discutirse si es político o no. Sin embargo, como no solamente se asiste al colegio y la universidad para aprender dichas cosas, sino que se aprenden más, en ese contexto es imposible pensar que no se está haciendo política. A propósito de la cita de Foucault del principio, no hay un acto más político que pensar, sobre todo en lo humano, que algo no es político. Despolitizar algo es un acto unilateral e inmenso de poder. Por ejemplo, afirmar que en un lugar no se discute un tema porque no es político es decir que es una verdad que no se puede poner en duda. Si se sabe que todo en lo humano es profundamente político y que tiene relación con el poder, decir que algo no es político es extraerlo de la deliberación pública. Eso es un acto de poder. Como cuando el profesor dice: “Es que aquí solo se habla de este tema porque es así y punto”. Esto es un acto de poder, y donde hay poder, hay política. Aceptar eso es lo que diferencia al adoctrinamiento de la educación política.

Esto ocurre incluso en el propio campo de la ciencia. Por ejemplo, se puede decir que la determinación de ciertos paradigmas de la ciencia es un acto político en sí. Por ello, Foucault rescata los elementos de la arqueología de los saberes, porque cuando se dice que algo es un único saber válido, quedan expuestas las posibilidades de diálogo, discusión y cuestiona-

miento, incluso sobre el método mismo a partir del cual la gente discute. Es fundamental que se haga educación política así. No es posible educar sin discutir todos estos elementos. Con frecuencia, las ideologías son críticas hasta que toman el poder para volverse acrílicas. Por ejemplo, hay una tendencia a que, cuando triunfa, todo progresista se vuelve conservador en términos del debate filosófico.

Aunque puede considerarse que las ideas son viejas, los ciudadanos siempre son nuevos. Este es un punto fundamental. Por ejemplo, se dice que no se habla de John Stuart Mill y la libertad porque es una idea vieja. Lo es, pero un joven de 18 años no ha oído hablar de eso. ¿Por qué no darle la posibilidad de que la conozca si son ideas serias y en el fondo no han sido rebatidas? Si vamos a la discusión contemporánea sobre discursos de odio, esta sigue siendo una discusión entre el liberalismo de Mill y el libre mercado de las ideas con las ideas de Kant sobre la dignidad. Todas son ideas viejas, pero no por viejas son malas. Esta es la forma en la que considero posible la educación política.

Por supuesto que es problemático decirle a un joven que debe leer varios clásicos para poder hacer una discusión seria, además de saber argumentar y escuchar; eso no vende mucho. Es más fácil decirle al joven que la educación política es decir en público lo que le parezca. Por supuesto que eso se puede hacer, no se niega, pero aquí no estamos hablando del contexto para una discusión pública, sino para una educación política seria que prepare a la ciudadanía para el ejercicio político en sociedad civil y en paz. Estos son los elementos mínimos.

Alexis De Greiff

Voy a compartir las notas que tomé pensando en las preguntas de Julio y en lo que hemos venido trabajando en el centro. Me gusta comenzar con dos citas que se relacionan con cosas que se han dicho. La primera es de Estanislao Zuleta (1990): “La democracia es modestia, disposición a cambiar, disposición a la reflexión autocrítica, disposición a oír seriamente”. La segunda es de Oskar Negt, filósofo y sociólogo alemán: “La democracia es la única forma de gobierno que hay que aprenderla continuamente, todos los días, hasta avanzada edad”.

Para avivar el debate, traigo algunas controversias que responden al tema de las diferencias entre adoctrinamiento y educación política. En primer lugar, un ejemplo del 2019: el libro *Amigos de las ciencias sociales 5*, de la Editorial Santillana, presentó una descripción de la política de seguridad democrática poco crítica, lo que generó un gran debate que seguramente muchos recordarán. Hubo múltiples reacciones y acusaciones de adoctrinamiento por ambos lados. Este es un ejemplo claro de que el tema no es solo académico, sino eminentemente político.

Este no es un debate exclusivo de Colombia. En Chile, también en 2019, hubo una discusión sobre el adoctrinamiento político en escuelas y jardines. En cuanto a la memoria histórica, se han dado polémicas sobre cómo enseñarla o usarla en el aula. Un caso que inició el debate fue el de una profesora que apareció en un video viral hablando a sus estudiantes, lo que provocó reacciones por parte de quienes consideraban que solo estaba mostrando un lado de la memoria histórica.

Sin embargo, el debate es más antiguo y trasciende fronteras. En 2011, Silvio Berlusconi afirmó que tanto los partisanos como los fascistas cometieron similares atrocidades, pero que la narrativa dominante en las escuelas había sido parcial, al estar influida por intelectuales



marxistas y de izquierda. Así, este es un debate amplio y complejo, con implicaciones tanto políticas como académicas.

En Colombia, el debate llegó incluso al Congreso. El exrepresentante Edward Rodríguez propuso un proyecto de ley que fue leído por algunos como un intento de coartar la libertad de cátedra, al pretender limitar la educación política. Considero que no se estudió suficientemente el proyecto ni se analizaron bien sus posibles interpretaciones.

Sobre el significado de la formación política, no hay una única definición, sino varias. Una de ellas es la formación de cuadros de partido. Un ejemplo de esto fue el movimiento de Sergio Fajardo, que promovió una escuela política en las regiones con el claro objetivo de formar cuadros políticos afines a su concepción ideológica.

El caso comunista es uno de los más emblemáticos en cuanto a formación política estatal. Los mayores ejemplos de adoctrinamiento político estatal son el de la Alemania nazi y el de la Revolución Cultural maoísta, con el libro rojo como símbolo central. Una de las características del adoctrinamiento es que anula la crítica, al existir una autoridad última que resuelve toda controversia. Esto ocurre incluso en el campo de la ciencia, cuando se responden cuestiones apelando a una autoridad absoluta, con frases como: “porque está científicamente comprobado”. La sociología de la ciencia muestra que este es un problema serio.

Cuando creamos el Centro, tuvimos una larga discusión sobre si debía llamarse “formación política” o “educación política”. Finalmente, optamos por el término educación. No obstante, el concepto de formación tiene una tradición en el alemán y el pensamiento humboldtiano que es difícil de traducir al español. En alemán, *Bildung* hace referencia al cultivo de uno mismo, donde la filosofía y la educación están vinculadas, describiendo un proceso de maduración personal y cultural. Esta maduración se concibe como la armonización de la mente y el corazón del individuo, y como la unificación de la individualidad e identidad dentro de la sociedad. Están en juego varios asuntos que ya se han mencionado aquí, como el señalado por María del Rosario sobre el ámbito privado familiar y la esfera pública, y la formación que se da en cada una de ellas. La definición que propongo finalmente está relacionada con ser más libre a través de la reflexión personal. La educación política, por tanto, tiene al menos dos componentes: uno de formación y otro de competencias, habilidades y actitudes. No basta con entregar información o realizar una formación puramente intelectual, sino que también es necesario aprender a vivir cotidianamente en democracia. John Dewey insistía en que la educación para la democracia no es solo un conocimiento, sino una forma de vivir en sociedad.

Además, existen múltiples denominaciones o conceptos afines a la educación política: educación cívica, educación ética, educación para la ciudadanía, cátedra para la paz y educación para la ciudadanía democrática, entre otros.

Termino señalando algunos principios que fundamentan la educación política. El primero proviene de la experiencia alemana en los años 60 y 70. Tras la Segunda Guerra Mundial, inicialmente no se habló de lo ocurrido durante el conflicto. Sin embargo, la siguiente generación empezó a cuestionar a sus padres y abuelos, lo que planteó la pregunta sobre el tipo de educación política que debía impartirse. Surgieron dos posturas: una más conservadora, que defendía una educación política centrada en la libertad de mercado y el status quo, y otra inspirada en la tradición crítica de Marcuse y Habermas, que propugnaba una educación para la emancipación.

Finalmente, el Ministerio del Interior y el de Educación alemanes se reunieron con filósofos, educadores y políticos en un pequeño pueblo, y llegaron a un acuerdo sobre los principios mínimos que debían regir la educación política. Estos principios, que se consideran parte del ADN de la educación política en Alemania, son tres:

1. **Prohibición al sometimiento:** No se debe abrumar al estudiante ni imponerle una visión única. El profesor puede expresar su posición personal, pero debe evitar el adoctrinamiento, ya que su posición de poder podría influir en el estudiante.
2. **Todo es susceptible de controversia:** Incluida la ciencia, todo debe poder debatirse. Al crear el Centro, alguien comentó: “Por fin alguien que va a educar políticamente y a demostrar que el cambio climático es real”. Aunque personalmente creo que el cambio climático es real, aclaré que nuestro objetivo no es imponer verdades, sino fomentar el debate para que las personas puedan formarse una opinión lo más informada posible.

3. El centro del proceso es el estudiante

A propósito de la labor del CEP, realizamos un ejercicio en el marco del Primer Foro de Educación Política. En este espacio recogimos una serie de principios fundamentales: la importancia de cuidar, reconocer y escuchar; el reconocimiento del carácter complejo y controversial de la educación política; la garantía de una igual posibilidad para todas las personas de formarse como sujetos políticos y reflexivos; y, finalmente, el uso público de la historia como una herramienta crítica y formativa.

Julio Gaitán

Muchas gracias. Hemos coincidido en que se puede hablar de educación política en dos sentidos: lato y estricto. Los tres mencionaron la educación en el hogar como un primer espacio donde se realiza, de manera implícita, una formación política.

María del Rosario Guerra

Quisiera reaccionar sobre dos temas planteados por el profesor Alexis. El primero es no confundir la educación política con la formación partidista. Los partidos políticos, por supuesto, son libres de formar a sus cuadros, y de hecho, yo hago parte del grupo que se encarga de formar a nuestros líderes en el partido. No obstante, es un error utilizar la universidad o la escuela como espacios para captar adeptos partidistas. Debemos combatir esta confusión entre la educación orientada a incrementar el conocimiento y las habilidades para ser mejores ciudadanos, y la formación estrictamente partidista.

Quiero ser tajante: no puede permitirse que el aula de clase, ya sea en la escuela o en la universidad, se convierta en un espacio de formación partidista. Este tipo de situaciones es lo que genera malestar y rechazo. Un ejemplo claro de ello es cuando se observa a un guerrillero del ELN como el que apareció en Tibú; eso no se puede permitir. El aula de clase debe ser tan sagrada que allí solo deben estar los educadores y los educandos. Además, no puede ser el escenario, no solo para captar adeptos a un partido político, sino tampoco para promover una causa política específica.

Un segundo tema. Hacemos parte del grupo de países que identificamos a la democracia como el mejor sistema, a pesar de todas sus imperfecciones. Esto implica la existencia de una



serie de valores y principios que deben preservarse. La diferencia radica en cómo se interpretan. Por ejemplo, todos queremos vivir en concordia, tranquilidad y paz, pero cuando se habla de cátedras de paz sin asociarlas a conceptos como libertad, seguridad, tranquilidad, equidad y justicia, sino únicamente al concepto de un acuerdo, ahí surge un problema. Reducir algo tan importante para una sociedad, como el derecho a trabajar o a vivir tranquilos, a un enfoque limitado genera una visión incompleta, especialmente para quienes viven en zonas como el Cauca, donde la violencia y la zozobra son una constante.

La cátedra de paz no puede limitarse a un acuerdo. Es un instrumento valioso para contribuir a que las fuentes de zozobra y violencia respeten unas reglas de juego. No debemos confundir instrumentos con lo que debería ser el fin último. Todos deseamos mayor seguridad, tal como lo exigen los habitantes del Cauca y de otras zonas azotadas por la violencia, pero no se les puede plantear como solución únicamente una cátedra de paz que enfoque su contenido en un acuerdo específico.

Otro ejemplo de este problema es lo ocurrido con los informes de la Comisión de la Verdad. Debo ser sincera: participé en un foro en la Universidad de los Andes sobre este tema, y me llamó la atención el gran sesgo presente en algunas de sus interpretaciones sobre momentos claves del país. Me pregunto: ¿qué les costaba a los miembros de la Comisión de la Verdad plantear diferentes voces y visiones? Aquí es donde entra el concepto de adoctrinamiento. Si, como se ha propuesto, solo se lleva a las escuelas el documento de la Comisión de la Verdad, sin abrir espacio a quienes consideramos que, en ciertos aspectos fundamentales, se transmite una visión incompleta o sesgada de la realidad, estaríamos frente a un caso claro de adoctrinamiento.

Un último aspecto sobre los ejemplos de Alexis. Hemos adoptado agendas internacionales como la Agenda 2030, que abordan tres o cuatro temas principales, pero nos están quitando la posibilidad de que el debate sea libre, abierto y argumentado. Lo mencionaba el profesor Juan Manuel Barrero en su introducción. Por ejemplo, los animalistas cierran cualquier posibilidad de debate al considerar ciertos temas como intocables, sin tener en cuenta las implicaciones culturales, como es el caso de las corridas de toros. Solo hay estigmatización, sin apertura a la posibilidad de argumentar.

Algo similar sucede con las cartillas que introducen contenidos de adoctrinamiento sobre la ideología de género. Existen temas que, precisamente por ser profundamente humanos, generan mayor confrontación, pero eso debería implicar mayor disposición a escuchar al otro y a argumentar, no el cierre del debate. Por eso señalaba la importancia de formar a los jóvenes en la capacidad de argumentar y debatir. Comparto la idea del profesor Barrero: las teorías pueden ser antiguas, pero siguen vigentes y debemos considerarlas. No podemos desconocer las diversas teorías y concepciones políticas.

El punto es que hay ciertos temas de agenda que envían al ostracismo a quienes no los comparten, calificándolos de ultraconservadores o de ultraderecha, mientras que nunca se usa el término ultraizquierda para quienes están del otro lado del espectro. No, lo que tenemos son posturas e ideas diferentes, y lo que debe prevalecer es la argumentación. La clave es considerar si hay o no consenso y, en caso de no haberlo, apelar a mecanismos democráticos, como el voto, para tomar decisiones, tal como sucedió en el Congreso con el debate sobre las corridas de toros.

Quise traer estos temas a colación porque, aunque detrás de cada una de estas agendas hay posturas y argumentos, en muchos casos se eliminan la argumentación teórica y el análisis de los datos. Este es el tipo de debate que necesitamos mantener.

Alexis De Greiff

Quiero contarle a María del Rosario una anécdota que, en cierto sentido, le es cercana. En educación política, varios hemos venido pensando desde hace tiempo, aunque no siempre lo llamáramos así. Cuando estábamos en Colciencias, hubo un gran debate nacional sobre los biocombustibles. Organizamos un espacio de discusión y le pedimos a un grupo de la Universidad Nacional que se encargara de coordinarlo. Sin embargo, insistimos mucho en que se diera exactamente el mismo tiempo a quienes estaban a favor y a quienes estaban en contra, pero con un requisito clave: todos debían estar bien informados. Contábamos con economistas ambientales de universidades como Berkeley y con expertos nacionales, como Jens Mesa y Arturo Infante Villarreal.

Traigo esta anécdota para ilustrar la dificultad de lo que estamos discutiendo, porque, aunque suena muy bien en teoría, en la práctica se vuelve complejo. El debate se llevó a cabo en el Salón Elíptico del Congreso de la República. La noche anterior, con solo dos horas de diferencia, recibí llamadas de “representantes” de ambos lados. Primero me llamó una persona muy importante que estaba a favor de los biocombustibles y me dijo: “No voy a ir porque esto es una encerrona de los ambientalistas. Ya me di cuenta de que quieren ponernos allá para crucificarnos”. Dos horas después, uno de los ambientalistas más destacados a los que habíamos invitado me llamó y dijo algo similar: “No voy a participar porque esto es una estrategia para legitimar al gobierno y sus políticas”.

Afortunadamente, logré convencer a ambos de que no se trataba de lo que temían, y el debate se realizó. Pero cuando recibí esas llamadas, pensé: lo estamos haciendo bien. Traigo este ejemplo para ilustrar lo difícil que es abrir un debate genuino sin que alguna de las partes sienta que lo van a acusar o deslegitimar.

Juan Manuel Barrero

Quiero retomar lo que se ha venido discutiendo a propósito de una de las preguntas sobre la democracia. Existe un problema fundamental: tenemos que educar políticamente en una sociedad donde hay un Estado. Me refiero a que existe una autoridad que puede decidir qué se dice y qué no, y que toma decisiones que afectan a todos. El verdadero problema respecto a las cartillas o ciertas ideas es si debe ser obligatorio enseñarlas o no. Es decir, el núcleo del asunto es si el Estado puede o no obligar a los profesores a enseñar o prohibir determinados temas.

En el caso de las universidades, con la libertad de cátedra, surge la pregunta de si estas instituciones pueden establecer los temas a tratar o si es el profesor quien los determina. De manera similar, esta cuestión se extiende a los colegios. De nada serviría tener estudiantes o una sociedad preparados para el debate si los órganos de poder deciden qué se enseña y qué no. La pregunta que nos plantean es: ¿cómo debe ser la educación política en una democracia?

Aunque hemos discutido sobre cómo debería ser la educación política, es importante señalar que esta tiene características propias en una democracia. Debemos partir de ciertos mínimos



fundamentales: libertad de expresión, libertad de cátedra, dignidad humana y respeto por los derechos humanos. Es crucial partir de un hecho: no estamos empezando de cero. La educación política opera en un marco político y jurídico específico que no podemos ignorar. La amplitud de dicho marco es debatible, pero no podemos omitirlo ni negarlo como profesores, estudiantes o sociedad.

También es necesario dejar de pensar que la educación política se da únicamente en las universidades y los colegios, cuando, en realidad, todos—jóvenes y adultos—pasamos gran parte del tiempo en redes sociales. Esa es la realidad, y debemos asumirla. En estos espacios lo que encontramos es una gran cantidad de información, ideas, partidos, personas e incluso bots. El debate político se mueve en ámbitos mucho más amplios que los meramente académicos. Por lo tanto, la pregunta sería: ¿cuál es el rol de la educación política en una sociedad tan compleja? La respuesta podría ser: dotar a los ciudadanos de las herramientas necesarias para enfrentarse a esa realidad, siempre dentro de un marco que respete la democracia, entendida como la deliberación pública y la toma de decisiones por mayoría, con el respeto irrestricto a ciertos mínimos.

Con este marco, podemos empezar a hablar en serio sobre una educación política adecuada para una sociedad democrática que pretenda sostenerse y fortalecerse.

En resumen, el concepto de democracia del que hablo es el de una deliberación y toma de decisiones por mayoría, respetando siempre unos derechos mínimos, especialmente los fundamentales. Diseñar una educación política para este tipo de contexto implica, primero, reconocer el marco político-jurídico dentro del cual se debe actuar y, luego, abordar las competencias y habilidades fundamentales que requiere esta educación. Además, esta educación política debe ser transversal y abarcar todos los espacios: contextos digitales, entornos de educación informal e incluso los lugares más apartados del país, así como las universidades, tanto en pregrado como en posgrado. El marco y los límites son los mismos; lo que varía es el nivel de complejidad con que se traten estos temas.

María del Rosario Guerra

Si hay algo que le ha hecho daño a la educación política es el mal ejemplo que han dado los políticos en el ejercicio de sus responsabilidades, en concreto la corrupción. Como decía Juan Manuel, no se puede concebir la educación política aparte de la moral, aunque esto no guste a algunos. Educar debe contribuir al discernimiento entre el bien y el mal, ya que nos hemos puesto de acuerdo sobre algunos principios fundamentales. En ese sentido, debemos tener como pilar esencial la lucha contra la corrupción y la ética en el ejercicio de lo público y de la política. Este contexto es un mal mensaje para quienes quieren hacer educación política y, posteriormente, ejercer la política. La corrupción política constituye un pésimo ejemplo en estos temas.

Aquellos que se autodenominan políticos no siempre lo son; muchos de ellos son, en realidad, mercaderes de la política. El buen político es aquel que, fundamentado en su conocimiento, principios y valores, participa en un debate para defender aquello que considera beneficioso para la ciudadanía y el Estado. Quienes entran a la política con el objetivo de enriquecerse son mercaderes. Incluso —y lo digo por experiencia—, la mayoría de ellos ni siquiera intervienen en los debates del Congreso, porque no tienen el bagaje necesario para hacerlo. Aquí estamos

hablando de quienes efectivamente quieren trabajar por el bienestar ciudadano, fortalecer las instituciones y respetar los principios de la democracia liberal: elegir y ser elegidos; defender la libertad de opinión, expresión y empresa, entre otros.

La segunda pregunta que quiero abordar es sobre los falsos positivos. Por supuesto, si este es un punto de la historia de Colombia, debe presentarse con todos sus elementos, al igual que otros momentos tristes de nuestra vida nacional. No solo hay que mostrar qué ocurrió, sino también cómo se enfrentó esa situación para que estos hechos no se repitan en el futuro. Sin embargo, no se puede presentar la historia con el propósito de acribillar a un mandatario o a ciertos funcionarios. Debe exponerse para entender qué se hizo y cómo luchar contra ese mal ejemplo, en este caso, de un grupo de nuestras fuerzas militares y de la policía. De manera similar, deben mostrarse los efectos de la guerrilla y el paramilitarismo. Claro que estos hechos deben presentarse, pero no con la intención de beneficiar a unos y perjudicar a otros, sino tomando como base la objetividad que proporcionan los datos, las acciones y los hechos. Es fundamental que las preconcepciones no estén por encima de los hechos y las realidades.

El tercer tema es: ¿cómo lograr la imparcialidad en un maestro? Por supuesto que esto es difícil cuando un maestro ya tiene posiciones asumidas, pero el buen maestro es aquel que supera esa dificultad y expone a sus estudiantes una apertura hacia las distintas teorías políticas. Las universidades deben asegurar que, así como hay profesores claramente identificados con posturas marxistas, también existan profesores que puedan controvertir esas posiciones. Lo mismo ocurre en economía, donde hay docentes que enseñan una sola escuela de pensamiento, mientras que la gran mayoría presenta las diferencias entre corrientes económicas. Esto debería aplicarse en todas las disciplinas.

Donde hay seres humanos, siempre habrá diversidad de posturas, y esa es precisamente la riqueza del mundo. Lo que realmente resulta grave es cuando un profesor anula la posibilidad de la controversia y de plantear alternativas. Lo viví con una sobrina que estudió Ciencia Política en una universidad de Bogotá. Me parecía increíble que el profesor le negara la posibilidad de debatir, simplemente porque tenía una posición ideológica diferente. Esto es lo que las universidades no pueden permitir. Para eso existen instancias dentro de las universidades. Si un profesor no permite que el estudiante confronte o presente sus posturas, eso constituye adoctrinamiento con la anuencia de la institución.

En las aulas de clase todo se sabe. Uno sabe qué profesor tiene una u otra postura en economía, filosofía, ciencia política, etc. La responsabilidad de las direcciones y decanaturas es asegurar la mayor diversidad posible y garantizar que al estudiante no se le niegue la posibilidad de confrontar y debatir. Esto sucede en el ámbito universitario, pero con lo que no estoy de acuerdo es con llevar ese tipo de prácticas al aula en primaria y bachillerato. Allí no se puede llegar con sesgos; los libros no deben estar condicionados porque, a esa edad, los niños y adolescentes son como esponjas que absorben lo que se les enseña. Es crucial ser muy cuidadosos. En la enseñanza de la historia, por ejemplo, el relato debe basarse en los hechos, porque lo que se inculca en esas etapas de formación será muy difícil de revisar o cambiar más adelante.

Los buenos profesores, al igual que los buenos políticos, no temen al debate. Quien le teme al debate es quien no tiene argumentos, quien no conoce los temas o no ha leído lo suficiente.



Creo que debemos apostar por que los profesores sean buenos debatientes, de modo que haya espacio para confrontar sus ideas.

Juan Manuel Barrero

Quiero referirme a algo muy específico que mencionó María del Rosario en la primera parte de su intervención. Para que haya educación política, debemos rescatar el verdadero sentido de la política. La gente de a pie conoce la política a través de la politiquería; incluso quienes están dentro de la política muchas veces creen que esta se reduce a conseguir votos, negociar contratos o determinar quién ocupa tal o cual cargo. El esnobismo político y las noticias nos hacen pensar que la política es únicamente lo que ocurre día a día en las altas esferas del poder. Para rescatar el verdadero valor de la política, es fundamental reflexionar sobre sus contenidos esenciales.

En mi opinión, la educación política no puede limitarse a comentar el último chisme del momento. ¿Cómo podemos educar políticamente si en el aula de clase nos dedicamos únicamente a discutir lo que está ocurriendo en la coyuntura? Si bien es importante abordar la actualidad, también es crucial proporcionar a los estudiantes una base sólida que les permita pensar y enfrentarse a ese contexto de manera crítica y fundamentada. De lo contrario, la política se reduce a una cuestión meramente estratégica y económica, y se pierde de vista su verdadera esencia: las ideas y propuestas sobre cómo organizar la sociedad y formar mejores ciudadanos.

Yo retomo a Aristóteles, después de más de dos mil años, porque creo que la política debe enfocarse en formar mejores ciudadanos y construir un mejor país. Si no nos detenemos a pensar en esos fundamentos y nos quedamos en una política superficial centrada únicamente en lo coyuntural, no tendremos posibilidades reales de comprender qué es la política y cuál es su función en la sociedad. Nos limitaremos al chisme y al dato, agitando pasiones, pero sin generar una verdadera educación política en sentido estricto.

Julio Gaitán

Juan Manuel, te propongo la pregunta de Deisy Hurtado: “Se han tocado algunos contenidos de la educación política, pero: ¿cuáles son las didácticas que proponen?”. Yo lo venía masticando y me voy a referir rápidamente a un ejemplo. Recuerdo a Langdon Winner y su reflexión sobre si los artefactos tienen política. Ya que estamos hablando de la educación desde la casa, las primeras letras y los comportamientos que inducimos en nuestros hijos o sobrinos, me surge esta relación: cuando era niño, en Colombia había una final de fútbol al año y un mundial cada cuatro años. Hoy, hay finales de fútbol casi diariamente y estamos por vivir unos meses con muchísimo fútbol.

Relaciono esto con el adelgazamiento de la formación política ciudadana. Es decir, los artefactos que nos rodean —como mencionó Juan Manuel, las redes sociales— inducen ciertos comportamientos y prioridades. ¿Cómo enfrentamos este fenómeno de adelgazamiento que producen los artefactos que operamos, nos rodean e inundan nuestras vidas? ¿Cómo formar políticamente una ciudadanía en medio de un llamado constante de atención hacia mecanismos como el fútbol, que tienen una influencia política muy poderosa? Podemos decir que adelgazan la opinión pública, pero al mismo tiempo no podemos negar su fuerza política.

Con este ejemplo, quiero provocar sus reacciones, Juan Manuel, Alexis y María del Rosario: ¿Cómo formar políticamente una ciudadanía densa, con un sólido sentido democrático, en medio de un contexto que adelgaza la opinión pública?

Juan Manuel Barrero

La pregunta me hace pensar en dos autores: Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano, y Luigi Ferrajoli, en su texto “Poderes salvajes”. Hay dos fenómenos que no habíamos tocado, pero que son profundamente políticos. Mientras reflexionaba, me di cuenta de que quienes estamos aquí, interesados en la política, tendemos a pensar que la sociedad está muy politizada. Sin embargo, en realidad enfrentamos un problema muy grande en la sociedad contemporánea: la despolitización. La sociedad se ha despolitizado, en parte porque mucha gente se ha distanciado de la política, de su discusión e incluso del chisme político; se separan de todo lo relacionado con ella. Esta despolitización está impulsada tanto por los artefactos tecnológicos como por los propios políticos.

Muchos jóvenes interesados en política solo conocen el chisme político del día a día, pero prefieren quedarse grabando videos en TikTok o viendo la final de fútbol porque, según ellos, “en política siempre pasa lo mismo”, es decir, otro escándalo de corrupción. Nos hemos abrumado tanto con la realidad política que muchos prefieren huir hacia los artefactos precisamente porque esa realidad no motiva, ya que parece reducirse a un escándalo tras otro sin mayor contenido. De esta situación son responsables, en gran medida, los políticos, que han centrado el debate en estos temas y han fomentado esa percepción.

Adicionalmente, no solo estamos hablando de un adelgazamiento del discurso público, sino también de su degradación, como lo señala Ferrajoli. El discurso público, con frecuencia, se reduce a debates sobre quién se robó más millones: “si fueron 70 mil, ahora son 150 mil”. Esta degradación conduce al adelgazamiento porque la gente se siente abrumada y huye hacia otros intereses. La realidad no solo parece mala, sino también trágica. Se escucha con frecuencia frases como: “yo mejor me voy a ver el partido de fútbol, porque yo qué puedo hacer”.

Este fenómeno es preocupante porque en política se están discutiendo temas trascendentales para la juventud, como la reforma pensional o la reforma a la salud, y ellos ni se enteran ni les importa, incluso entre estudiantes de derecho. Espacios como este son fundamentales, pero los primeros responsables de impulsar la educación política y mejorar la calidad de la política son los propios políticos, los profesores y los ciudadanos. Debemos diseñar estrategias que incluyan una didáctica para transmitir las ideas políticas, volver a presentarlas como algo serio, racional, estructurado y con una función clara. Si no logramos rescatar esta concepción de la política, será muy difícil llevar a cabo una verdadera educación política.

Julio Gaitán

Gracias, Juan. Te dejo algo en el aire porque ya no alcanzamos a tratarlo. Tú me hablas de ideas políticas, pero también es necesario tener un ojo atento para observar las prácticas sociales y políticas, porque, a veces, las ideas nublan nuestra capacidad de comprender cómo realmente se comporta la sociedad. Comenzamos a imaginar un mundo ideal y, en ese proceso, nos volvemos incapaces de describir las prácticas reales del mundo. Alexis, por favor, ve cerrando para darle la última palabra a María del Rosario en este espacio tan fructífero.



Alexis De Greiff

Lástima que tengamos que cerrar cuando la discusión se pone interesante. Voy a emular algo que se ha dicho y explicar cómo lo entiendo yo en el aula de clase. Me gusta mucho la figura del abogado del diablo, que proviene de los procesos de canonización. En ellos se nombraba a un doctor en teología, una persona muy proba, para que expusiera todos los argumentos posibles en contra de la canonización de alguien. Así, la argumentación del colegio que deseaba canonizar estuviera convencida de que el abogado del diablo le había planteado todas las tananqueras posibles. Yo entiendo así mi trabajo como profesor.

Julio, a propósito del trabajo de Langdon Winner sobre si los artefactos tienen política, quiero jugar al abogado del diablo y lo haré aquí. Uno de los temas principales de un artículo de dicho autor es el caso de Robert Moses, urbanista por excelencia de Nueva York, quien construyó puentes de cierta manera para que no pudieran pasar los autobuses que transportaban a los sectores más pobres. Winner afirma que esos puentes tienen política.

Sin embargo, lo más interesante que surgió de esa afirmación es la respuesta que le dio Ted George Schatzki, quien le dijo que no había leído bien a Robert Moses ni había considerado las regulaciones vigentes en Nueva York en ese momento. Lo interesante es que cuando los estudiantes se sienten muy cómodos con la postura de Winner, creo que el papel del profesor es volverse Schatzki y ponerle todos los peros posibles. Y, si alguien está convencido con Schatzki, hay que volverse un poco como Winner.

Con ese ejemplo quiero reaccionar a algunas cosas que he escuchado, relacionadas con las preguntas planteadas. Lo primero tiene que ver con cómo entiendo la democracia. Estoy de acuerdo con Juan Manuel y quiero complementar su respuesta. Hay muchas versiones de democracia, pero yo la entiendo en el sentido más amplio posible: la democracia liberal que nace después de la Ilustración y se desarrolla en el siglo XIX. Desde el punto de vista estatal e institucional, está consagrada en la Constitución, y la definiría con cuatro elementos fundamentales que han aparecido aquí: la separación de poderes, el respeto a la voluntad de las mayorías, la defensa de los derechos de las minorías y, por último, que quien esté en el poder esté dispuesto a abandonarlo para dar paso a otro gobierno.

Roberto Benigni, a quien recordamos por *La vida es bella*, tiene un monólogo muy bello sobre la constitución italiana. Al inicio dice: “¿Por qué debemos conocer la constitución? Porque las leyes nos dicen lo que no podemos hacer, pero la constitución nos dice lo que sí podemos hacer”. En ese sentido, a veces tengo la impresión de que Juan Manuel nos invita a que, para estar políticamente educados, debemos saber mucho de derecho. No creo que tengamos que volvernos juristas —sé que no es lo que está diciendo Juan Manuel—, pero creo que sí debemos conocer algunos elementos básicos sobre cómo funciona el Estado, la Constitución, etc. No obstante, este no es un asunto de volverse expertos.

En esa línea, quiero interpelar algo que he escuchado y con lo que no estoy de acuerdo. No creo que a la ciudadanía, y a los jóvenes en particular, no les interese la política, que no sepan o no estén ejerciendo política. Me parece que lo que mencionó María del Rosario sobre la baja participación en los Consejos de Juventud es un síntoma, pero no significa que no les interese la política, sino que están enviando un mensaje a las instituciones. Esto deberíamos revisarlo

con mucho detalle, porque es preocupante. Creo que los jóvenes son políticamente muy activos, pero en temas que para nosotros son nuevos: género, medio ambiente, sexualidad. Son asuntos sobre los que están debatiendo constantemente.

Otro asunto que quiero mencionar, relacionado con la actitud democrática, es que un punto central —y algo muy difícil— es estar preparado para admitir que estamos equivocados. Cambiar de opinión no significa cambiar de ideología o de principios. Siendo muy popperiano, si tengo nueva evidencia, debo ser capaz de evaluarla y admitir que algo no era como pensaba o que ya no estoy de acuerdo conmigo mismo. Ahí está el reto de la educación ciudadana: enseñar a las personas a aceptar que no necesariamente tienen la razón. La razón y la evidencia, como decía Popper, son contingentes. No podemos afirmar que algo esté “científicamente probado”, sino que, hasta el momento, no ha sido falseado. Lo máximo que podemos decir es que, hasta ahora, hay consenso en torno a una posición.

Para terminar y abrir el debate, quiero referirme a algo que mencionó María del Rosario sobre los representantes del ELN en el aula. Creo que yo sí les daría espacio, pero voy a explicar por qué y cómo. El problema no es permitir que un representante del ELN esté en el aula, sino darle el espacio únicamente a él. Me interesaría mucho escuchar cuál es su argumento o qué es lo que está diciendo, pero me gustaría que su postura fuera contrastada con la de quienes controvierten al ELN: las víctimas, los militares, etc. Yo traería a la mesa a distintas posiciones, incluso a los más radicales, siempre y cuando lo que vayan a hacer sea argumentar. Si van a hacer proselitismo, me parece poco interesante. Pero si hay un debate, entonces me parece muy valioso.

En línea con lo anterior, creo que, como insumo, el documento de la Comisión de la Verdad es sumamente útil. La Comisión lo dijo todo el tiempo: es el inicio de una discusión. Otra cosa es que yo esté de acuerdo o no, pero ha habido otros documentos y otras versiones que también deben ponerse sobre la mesa. Como ven, juego un poco al abogado del diablo para reaccionar a los temas y preguntas que han surgido.

Juan Manuel Barrero

Dos cosas muy rápidas respecto a lo que decía el profesor Alexis. Quiero que quede clara la idea: obviamente no se trata de que las personas sean juristas, pero sí que tengan un conocimiento mínimo de cómo funciona el Estado y cuáles son los derechos fundamentales. Los derechos hay que conocerlos. ¿Cómo los ejerzo o los respeto si no los conozco? Esto también lo dijo Alexis, y estoy de acuerdo: hay que conocer los derechos como punto de referencia fundamental para la participación ciudadana.

No podemos hablar de educación política sin un conocimiento mínimo del marco jurídico que regula nuestra convivencia. Esto implica conocer los derechos fundamentales, ya que, ¿cómo ejercer o respetar un derecho si no se conoce? Este punto también lo destacó el profesor Alexis, y coincido plenamente: los derechos deben ser un pilar básico en la formación política.

En segundo lugar, hay una discusión sobre una interpelación acerca del tema de las cartillas de educación sexual. Yo no refería a eso, quien se refirió a ello fue María del Rosario. Sin embargo, sí quiero decir que no estoy en desacuerdo con el respeto de los derechos de la comunidad LGBTI, precisamente porque esos derechos existen en el marco de un orden polí-



tico constitucional. No se trata de una invitación a desconocer los derechos de las minorías. Mayorías sí, pero con un mínimo que es el respeto de los derechos de las minorías. El respeto a los derechos de las minorías, como la comunidad LGBTI, no solo es un mandato legal, sino un pilar fundamental de cualquier democracia que se precie de ser incluyente y equitativa.

Esta situación nos muestra precisamente que no se puede separar la educación política de un marco jurídico en el cual nos movemos. Por ejemplo, no puedo invitar a la discriminación de una minoría, primero porque no es éticamente correcto y segundo porque no es jurídicamente permitido en el país donde vivimos. Ese marco nos da un límite que debemos respetar y conocer. En ausencia de una ética personal bien formada, el sistema jurídico actúa como un límite externo que regula las conductas y garantiza el respeto mutuo. Esto es clave para poder hablar de una educación política seria y coherente en una sociedad democrática.

Julio Gaitán

Gracias. Las personas que nos acompañan se darán cuenta de lo difícil que es, para profesores o profesoras, hablar en lapsos de menos de 45 minutos. Creo que es algo materialmente imposible, y por eso nos hemos extendido. Hay muchas preguntas interesantes. Te doy la palabra, María del Rosario.

María del Rosario Guerra: Dos reacciones y un comentario final. En primer lugar, respecto a lo dicho por Alexis, yo, por principio, sostengo que ninguna persona que esté por fuera de la legalidad puede hacer presencia oficial ni en un aula ni en los espacios de formación. Es distinto cuando se trata de alguien que forma parte de un acuerdo y un proceso de negociación. Sin embargo, un hombre armado del ELN, del Clan del Golfo, de la Segunda Marquetalia o de cualquier grupo al margen de la ley, bajo ningún argumento, debería tener presencia en un aula de clase. Entre otras cosas, porque el mensaje debe ser claro: el aula de clase es un espacio donde se respetan unas reglas de juego que todos debemos acatar.

A diferencia de las fuerzas militares y la policía, que son constitucionales, estar armado es un acto contrario al marco jurídico que estamos discutiendo. Por supuesto, la situación cambia cuando se firma un acuerdo de paz o se participa en una mesa de negociación en calidad de vocero. No obstante, por principio, considero que nadie que esté por fuera de la legalidad debe tener presencia en un aula con toda la autoridad moral para ello.

El segundo tema: total respeto hacia las minorías y las personas que tengan cualquier ideología o condición. Hay que garantizar a las minorías el respeto que se merecen. Sin embargo, una cosa muy distinta es hacer apología a ciertas ideas o que, a niños de 7, 8 o 9 años, se les presenten contenidos de sexo explícito. Si yo tuviera nietos, o para quienes tienen hijos menores, ¿por qué tendría que ser una cartilla en la escuela la que decida cómo educar sexualmente, cuando la sexualidad abarca otros aspectos importantes, como el respeto por el cuerpo y la autoestima?

Mi punto sobre las cartillas es que, en algunos de los temas de la agenda internacional que mencionaba, no se puede imponer, hacer apología o ignorar que los padres de familia también tienen un rol importante en la educación de sus hijos. Esto, bajo ningún aspecto, implica irrespeto.

Finalmente, quiero resaltar el tema de las redes sociales. No se puede esperar que estas, ni los medios de comunicación, asuman el rol de la educación política. Por definición, los medios

informan, y aunque tienen algunos espacios de debate que contribuyen a la democracia, la educación política, como la hemos planteado aquí, centrada en la transmisión de conocimiento, el fortalecimiento de habilidades y competencias, y la creación de una cultura política, debe tener como lugar por excelencia el aula de clase, desde el colegio y más adelante.

La educación no se agota. Alguien mencionaba que la educación para la vida pública y la política es una formación permanente. Diría que los medios deben jugar su rol fundamental generando opinión, denuncia y apertura al debate, pero el aula de clase debe ser el principal espacio de formación política.

Gracias nuevamente a todos por haberme escuchado.

Julio Gaitán

Gracias a ti. Creo que ha sido un espacio muy fructífero. Alexis, te paso la palabra.

Alexis De Greiff

Quiero referirme a dos cosas. Primero, un comentario sobre un ejemplo que debemos problematizar. Hay un comentario en el público, que según se menciona, proviene de García Márquez, en el que afirma que liberales y conservadores solo se distinguen por la hora en que van a misa. Me parece que este es un excelente ejemplo de lo que deberíamos volver problemático. Es decir, ¿a qué se está refiriendo cuando habla de liberales y conservadores? Los liberales hay de todos los colores.

Cuando pensamos en los liberales del Siglo XIX, estamos incluyendo incluso a los socialistas. De hecho, los partidos conservadores democráticos provienen de la tradición liberal del Siglo XIX. Esto es interesante. Si se cita a García Márquez, sería interesante saber en qué contexto lo hizo. Creo que, si al final de su vida le hubieran preguntado qué era, él probablemente habría dicho que era un liberal de izquierda, no creo que se hubiese definido como un radical como lo fue en los años 60 o 70.

Este no es el escenario actual, pero me parece relevante que en el Centro tengamos un debate en algún momento sobre el tema de las cartillas. Creo que es un buen ejemplo de lo que debemos debatir, teniendo el material al frente. Yo las vi y no tengo la misma interpretación que María del Rosario en cuanto a lo que se enseñaba o si contenían sexo explícito.

María del Rosario Guerra

Yo hice el único debate político sobre ese tema.

Alexis De Greiff

Lo sé, pero sería interesante como ejercicio político mostrarlo, ver dónde está para debatirlo.

MESA

¿Hacia una “guerra cultural”? Los nuevos retos de la comunicación política en América Latina

Prof. Clément Roux

Maestría en Estudios Culturales

Universidad Nacional de Colombia; investigador asociado al CEP

- *Moderador*

Laura Rodríguez Salamanca

Periodista Fundación InterpretaLab

Sinar Alvarado

Periodista del diario El País (España) y de The New York Times en Español

Prof. Fabio López de la Roche

Instituto de Estudios Políticos (IEPRI)

Universidad Nacional de Colombia

- *Panelistas*

Clement Roux

Les doy la bienvenida al tercer y último día del Segundo Foro de Educación Política Ciudadana. Soy profesor adjunto en Estudios Culturales de la Universidad Nacional de Colombia, investigador asociado del Centro de Análisis de Investigación sobre medios de Comunicación de la Universidad Paris II Panthéon-ASSAS. También soy miembro del equipo de gestión del Centro para la Educación Política (CEP).

El CEP parte de la premisa de que la democracia es un ideal, nunca se logra del todo y siempre está bajo amenazas, como lo dijo el filósofo alemán Oskar Negt: “es la única forma de gobierno que hay que aprender continuamente, todos los días hasta avanzada edad”. Es muy importante la organización para defender este modelo e ideal.

Quizás en Colombia estamos en una amenaza aún más fuerte. Como se había mencionado, los informes muestran que ha decaído la confianza de los jóvenes en las democracias latinoamericanas. Dos tercios del estudiantado en Colombia considera que se pueden justificar regímenes dictatoriales cuando otorgan beneficios como mayor seguridad o mejoras económicas. Justamente por esto hemos llamado así al Foro: “democracias en la encrucijada” para enfrentar lo que parece ser un desamor popular hacia la democracia no solamente en América Latina, sino también en la Unión Europea como lo hemos visto en las últimas elecciones. Francia, mi país, acaba de enviar cerca del 40% de diputados afectos a la extrema derecha y al fascismo al Parlamento Europeo. Se puede hablar ya de un fenómeno global.

Hemos tenido paneles muy interesantes. Arrancamos con uno que reunía funcionarios y funcionarias de distintas tendencias políticas debatiendo sobre la educación política para una nueva función pública. También tuvimos un interesante diálogo entre los escritores Juan Gabriel Vásquez y Alejandra Jaramillo acerca del papel de las novelas, de la ficción y las narrativas para la defensa del modelo democrático.

Ayer tuvimos una muy interesante conferencia de Juanita Goebertus sobre el autoritarismo y los derechos humanos en América Latina. Pudimos ver un panorama muy completo de la situación de la democracia en el continente. Vimos que ya hay países catalogados como dictaduras, pero hay otros que están tomando rutas peligrosas hacia la restricción de los derechos humanos, la disminución de las instituciones democráticas y la separación de los poderes. Finalmente, ayer tuvimos un debate muy interesante sobre adoctrinamiento o educación política para ver los límites de dicha educación y dónde empieza el adoctrinamiento. Todos los debates están disponibles en la cuenta de YouTube de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

Hoy tengo el gusto de reunir un panel completo y diverso. Incluye a periodistas, académicos y académicas para hablar de un pretexto: la expresión de la guerra cultural para hablar de los nuevos retos de la comunicación política en América Latina. Vamos a empezar con una serie de preguntas y al final iremos con las preguntas del público.

Tengo unas fichas biográficas de presentación de cada panelista. Pero, creo que lo mejor es darles la palabra para que se presenten, sobre todo mostrando su lugar de enunciación desde dónde hablan y por qué es importante para ustedes esta temática de la comunicación política. Fabio, adelante.

**Fabio López de la Roche**

Soy analista de medios y cultura política, profesor en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, donde enseñé sobre teorías de la comunicación y la historia de América Latina en el siglo XX. Actualmente, estoy evaluando los primeros dos años del gobierno de Gustavo Petro. Llevo cuatro meses trabajando en ello, lo cual ha sido un proceso complejo, ya que busco identificar tanto las luces como las sombras. Además, estoy desarrollando un trabajo sobre la memoria de las devastaciones humanitarias a nivel global, enfocándome en casos como el stalinismo, la guerra civil y el franquismo en España, así como la dictadura en Brasil y el ascenso de Bolsonaro. Mi enfoque actual se centra principalmente en la evaluación que estoy realizando sobre el gobierno Petro, con especial énfasis en sus problemas comunicacionales.

Clement Roux

Gracias, Fabio. Acabo de compartir en el chat el enlace a uno de tus primeros libros, una investigación que realizaste en 1994 con el CINEP: “Izquierdas y cultura política”. También quiero precisar que, junto a Martín Barbero, fuiste fundador de la Maestría en Estudios Culturales y que eres uno de los principales expertos en comunicación política en Colombia. Laura Rodríguez Salamanca, adelante.

Laura Rodríguez Salamanca

Soy periodista. Vengo del mundo del fact checking, una de las nuevas ramas del periodismo, estrechamente vinculada a las redes sociales, la desinformación y el discurso público. Actualmente trabajo como investigadora de ecosistemas digitales para el movimiento social en Centroamérica y México, enfocándome en redes sociales, discurso y distribución de información. También estoy vinculada al ámbito político. Uno de los temas que más me interesan y al que he dedicado especial atención durante más de un año es la expansión y distribución del discurso de seguridad de Bukele en Latinoamérica, que se ha convertido en una de mis grandes obsesiones.

Clement Roux

Gracias Laura. También estoy compartiendo el link de uno de tus artículos. Publicaste hace aproximadamente un año un reportaje muy interesante sobre la influencia de Bukele en Colombia con muchos datos sobre la estrategia de comunicación del dictador salvadoreño.

Sinar Alvarado

Buenos días. Gracias por acompañarnos y dedicarnos el recurso más valioso: el tiempo. Soy periodista colombo-venezolano. Nací en Colombia, pero migré con mi familia muy temprano, en los años 70, a Venezuela. Allí me formé, estudié y comencé a ejercer mi oficio en Caracas. En 2002, recién llegado a Caracas, tenía un par de meses en la ciudad cuando ocurrió el golpe de Estado contra Hugo Chávez, que lo sacó del poder durante menos de 48 horas. Desde 2004 estoy establecido en Bogotá; esta fue mi segunda migración, una especie de vuelta a casa. Llevo ya 20 años radicado en Bogotá. Desde acá escribo para medios internacionales como *The New York Times*, *El Diario* y *El País* de España, además de muchas revistas latinoamericanas o hispanoamericanas.

He viajado por 30 departamentos del país cubriendo temas de actualidad, incluyendo política, migración, cultivos de coca, la guerra y la paz. Ese recorrido por Colombia, que también hice en Venezuela —donde conocí casi todo el país viajando por trabajo—, le aporta a mi oficio una mirada más terrestre, popular, en contacto con la gente que vive las consecuencias del ejercicio del poder en nuestros países. Naturalmente, lo que diga hoy es resultado de mi experiencia como reportero.

En esencia, he sido un escritor de no ficción, fascinado por la realidad y los hechos. Hay una frase de Alma Guillermoprieto, cronista mexicana, con la que me identifico mucho. Ella dice: *“El periodismo me regaló un asiento en primera fila frente al gran teatro del mundo”*.

Este oficio, a mí, que soy un curioso patológico e insaciable, me ha dado la oportunidad de descubrir, conocer, sorprenderme y tratar de comprender, en la medida de lo posible, cómo, por qué y a quiénes les ocurren las cosas, quiénes las padecen. Ese es un resumen de mi trabajo. Es un gusto estar aquí y, más allá de lo que pueda aportar, también espero aprender de las voces tan sesudas que me acompañan hoy.

Clement Roux

Excelente. También eres autor de un artículo reciente para El País de España sobre Jorge Rodríguez, el candidato del oficialismo...

Sinar Alvarado

No es candidato, el candidato es Maduro. Aunque Jorge Rodríguez, en silencio desde hace muchos años, anhela ser el candidato. Si hay alguna transición en el mediano plazo en Venezuela, la figura más probable para heredar el poder en el bando chavista sería él.

Clement Roux

Antes de pasar a las preguntas orientadoras, me permito hacer una introducción. Me parece interesante situar unas coordenadas antes de empezar este tipo de debate. El primero es en forma de pregunta: ¿consideran que actualmente estamos avanzando hacia una guerra cultural?

La expresión viene del alemán “Kulturkampf”, que describía la lucha entre Bismarck, canciller alemán, y la iglesia católica alemana que tenía influencia política. Al final del siglo XIX, se trató de una lucha entre sectores más secularistas y más religiosos. La expresión fue recuperada en los 90 por la extrema derecha estadounidense. Uno de sus exponentes, Pat Buchanan, consejero de comunicación en la Casa Blanca, describió la guerra cultural como un combate comunicacional para definir la identidad de los Estados Unidos y su significación como sociedad.

Esta noción está relacionada con una exacerbación de las luchas en distintos campos de la sociedad estadounidense y también con la cuestión de la identidad.

En la misma época, James Davidson Hunter, sociólogo estadounidense, publicó un libro titulado *Culture Wars: The Struggle to Define America*. Según él, la guerra cultural suplanta las divisiones religiosas tradicionales en Estados Unidos. Hunter divide la sociedad en dos bandos: los ortodoxos y los progresistas culturales. En 1991, afirmaba que estábamos entrando en una era de confrontación mucho más fuerte. Desde entonces, existen dos tesis al respecto:



1. La primera sostiene que la guerra cultural sí existe. Esto explicaría la polarización sin precedentes en Estados Unidos y en muchos otros países. Hay intelectuales como el propio Hunter o David Sanders que defienden esta tesis.
2. La segunda es que la guerra cultural no es tan intensa o, incluso, se trata de un mito, ya que la mayoría de la gente sigue siendo moderada. También hay pensadores que defienden esta postura.

Lo que es seguro es que figuras de la derecha radical latinoamericana han comenzado a usar esta expresión recientemente y hablan sobre todo de “batalla cultural”. Hablan de ello en una estrategia para retomar el poder a su favor y convencer a figuras religiosas y evangelistas de que están de su lado. Esto contrasta con el proyecto de izquierda en América Latina, que siempre ha estado asociado a un proyecto cultural.

Al igual que Buchanan en su tiempo, estas figuras de ultraderecha latinoamericana usan esta retórica para movilizar a un electorado conservador. La tesis de la guerra cultural es muy atractiva para los medios de comunicación. Hemos visto una gran cantidad de publicaciones sobre este tema, porque, quizás, para el periodismo y las redes sociales, una historia es interesante cuando pone en escena un conflicto. El consenso y la democracia atraen menos audiencia. Podemos preguntarnos si, desde una perspectiva constructivista, estos discursos han tenido impacto en nuestra sociedad y si estamos o no viviendo en una batalla cultural, para retomar las palabras de Milei y Bukele.

El segundo planteamiento antes de comenzar. Quisiera saber: ¿estamos en una época de transición radical del juego político con respecto a la emergencia de redes sociales y tecnologías de la comunicación, que han cambiado de manera significativa nuestra manera de hacer política? Actualmente, el New York Times tiene 120 mil suscriptores en papel y 55 millones de personas suscritas a su cuenta de Twitter. Esto cambia por completo la forma de comunicar y hacer periodismo. Esto me hace pensar en una conferencia de 1935 del filósofo y poeta francés Paul Valéry. Habló de los cambios radicales que en términos de comunicación estaba teniendo la sociedad con la emergencia de la radio, el telégrafo y todas las tecnologías de la comunicación. Decía:

“Tenemos el interesantísimo privilegio o desgracia de asistir a una transformación profunda, rápida e irresistible de todas las condiciones de la acción humana. No piensen, en absoluto, que los hombres que nos precedieron podrían haber sido testigos de variaciones tan sensibles y extraordinarias en el curso de sus vidas.”

Esta conferencia se llama El Balance de la Inteligencia. En 1935, estábamos al borde del abismo en términos políticos. Podríamos retomar este texto y cambiar las palabras radio, televisión o telégrafo por la palabra redes sociales. El texto sería de perfecta actualidad.

Con estos dos pequeños planteamientos, quisiera iniciar con una pregunta general: considerando el panorama político contemporáneo en América Latina, ¿creen que hemos entrado en una guerra cultural? Es decir, ¿en una politización de la cultura como nunca antes en la historia? Fabio, adelante.

Fabio López de la Roche

Hay diferencias por países. Personalmente, no creo en la noción de guerra cultural, pero no se pueden negar los problemas que está planteando al ejercicio de la política, especialmente para los partidos progresistas. Un ejemplo claro es el crecimiento del pentecostalismo en América Latina. Estuve en el cierre de las campañas en Brasil, en Belo Horizonte, Minas Gerais. Allí fotografié los cierres de campaña y observé una presencia muy fuerte de grupos cristianos y evangélicos en el bolsonarismo. Además, vi a algunos padres llevando a sus niños vestidos de militares, lo que también pone en evidencia el tema del militarismo y el uso de armas.

En Colombia, vivimos una situación similar durante la coyuntura del plebiscito. Se intentó mostrar que Santos quería convertir a los estudiantes en homosexuales, además de utilizar la orientación sexual de la ministra Parodi y su visibilidad pública con su pareja como argumento. Esto fue aprovechado en la campaña contra el plebiscito, especialmente en relación con el intento de introducir el tema de género en la negociación de La Habana con las FARC.

A propósito de algunas conversaciones que he tenido con el profesor Rodrigo Pérez, de la Universidad de Bahía, quien trabaja estos temas, él expresa una preocupación: a la izquierda le toca manejar temas complejos como el aborto, el matrimonio igualitario, la diversidad sexual, la diversidad étnica y la eutanasia, muchos de los cuales son profundamente populares entre las grandes masas. Esto representa un gran reto para las izquierdas. Pensando retroactivamente, podemos preguntarnos: ¿era necesario introducir tantas veces el tema de género en los Acuerdos? ¿Habían sido las FARC un gran abanderado de los temas de género a lo largo de su historia como grupo armado? No lo habían sido. Además, ¿manejó bien Santos el tema de Gina Parodi y de los cristianos?, ¿conversamos como deberíamos con los cristianos o simplemente los apartamos? Dejo esas preguntas.

Clement Roux

Gracias, Fabio. Ahora hago la misma pregunta a Laura, quizás también desde el discurso de figuras como Bukele o Milei, personajes que han planteado la noción de “batalla cultural”.

Laura Rodríguez Salamanca

En tanto mi mundo es el tema digital, me interesa cómo se mueven estos discursos, a quiénes llegan y cuáles son los lugares comunes que utilizan. Yo diría que la “batalla cultural” es un término y una bandera de la ultraderecha en este momento en Latinoamérica. Coincido con el profesor López en que no necesariamente es real, pero discursivamente sí se está impulsando la ultraderecha bajo estas banderas. Se trata de poner las políticas a favor de las mujeres, a favor de la población LGBT o todas las políticas relacionadas con lo identitario, como el enemigo. Y está funcionando. Si se revisan los discursos de Milei, Bukele y otros presidentes de ese estilo, se pueden encontrar puntos comunes.

En el caso de Bukele, nos hemos centrado demasiado en la observación de la seguridad, pero no es lo único. Detrás de eso, hay una construcción de una figura vinculada al evangelismo en Centroamérica, lo que otorga un poder significativo a las iglesias. Además, cuando acceden al poder, lo primero que hacen es lanzar señales para hacer creer que son aliados en contra de la batalla cultural del progresismo. Por ejemplo, Bukele prohibió la educación en temas de género, que de hecho nunca ha existido, pero simbólicamente sugiere que está



del lado de quienes defienden los valores tradicionales. En la misma línea, lo que Milei ha hecho en Argentina es desmontar políticas, como las dirigidas a la población LGBT, eliminar el Ministerio de la Mujer, entre otras. Sí, se ha vuelto un terreno de disputa política. Estoy de acuerdo con el profesor López en que al progresismo le ha tocado asumir algunas de estas banderas en el Estado, pero la gente tiene un rechazo profundo a ellas, y eso tiene que ver con la falta de conversaciones despolarizantes con quienes piensan diferente a nosotros. Sí, hay un encerramiento en trincheras, con todos los “antis”. Por ejemplo, dentro del feminismo, cuando se habla de las feministas transexcluyentes. Hay una tendencia a encerrarnos en cajas identitarias y etiquetas que están impidiendo tener conversaciones más amplias, lo que abre el espacio para que estos discursos ganen terreno.

El discurso de Milei está profundamente comprometido con esta lógica. Cuando uno escucha a alguien como Agustín Laje, quien tiene una gran cantidad de seguidores en redes sociales y difunde información sobre la batalla cultural, es algo a lo que hay que prestarle atención. También en Colombia, figuras como María Fernanda Cabal lo utilizan. Es decir, es una noción que en este momento está fuertemente presente en el discurso.

Clement Roux

Sí, está en el discurso, y entiendo que tiene efectos en la vida social con estas cajas de resonancia.

Laura Rodríguez Salamanca

Sí, y ese discurso tiene acogida. No se trata solo de lanzar ideas al aire. Al analizar los comentarios sobre las acciones de Bukele en relación con el tema de género en El Salvador y el desmantelamiento del sistema para encontrar a mujeres desaparecidas, se observa que muchas personas están de acuerdo con que estas medidas ocurran. Se considera que las políticas afirmativas son, simplemente, privilegios para las minorías.

Clement Roux

Muy interesante. Sinar, en relación con esto, ¿qué te evoca la expresión “guerra cultural”? Más específicamente, ¿cómo la interpretas en el contexto de Colombia y Venezuela?.

Sinar Alvarado

Escuchándolos, no puedo dejar de pensar y comentar la profunda contradicción del chavismo. Sostengo desde hace años, contrario a lo que muchos piensan, que no es de izquierda, más allá de unos clichés que usa y su relación con Cuba. Por ejemplo, el chavismo es homofóbico. En la campaña anterior de Maduro contra Enrique Capriles, uno de los insultos que utilizaba para desacreditar a su adversario político era “maricón”, dicho constantemente en televisión nacional.

Jamás el chavismo ha promovido igualdad de derechos y oportunidades. Jamás ha hablado de diversidad sexual; en eso, es profundamente conservador. Nunca ha hablado de derecho al aborto o de derecho a la muerte digna. Cuando Fabio describía lo que vio en Brasil en el cierre de la campaña, básicamente estaba describiendo al chavismo. En este momento, si uno se asoma a la campaña electoral de Maduro, ve el militarismo de siempre, porque el chavismo es un movimiento fundado y liderado por un militar. Hay muchos militares poderosos dentro del chavismo y la naturaleza del movimiento es marcial.

Ahora, también se ha vuelto muy religioso y evangélico, porque parece haber algunos votos que podrían ayudarlo en medio de su deriva impopular. Hace unos dos o tres días, hubo una transmisión de Nicolás Maduro con un pastor evangélico que se arrodilló, cerró los ojos y empezó a implorar perdón por Venezuela y pedir luz para el candidato oficial. Incluso, su hijo se ha convertido en un enlace entre el poder político y las iglesias evangélicas. Constantemente han hablado de la unión entre iglesia, Estado y partido de gobierno. Todo esto, para mí, configura la verdadera definición ideológica del chavismo, que es profundamente conservador y nada progresista o de la izquierda clásica que hemos conocido durante el último siglo.

En cuanto a la “batalla cultural”, nunca me he detenido a reflexionar profundamente sobre esta idea. Sin embargo, lo que sí veo exacerbado en los últimos años es la creciente tensión o lucha entre los distintos factores del poder y entre estos y la ciudadanía, para dominar el relato y los hechos. Ya hemos llegado al punto en el que los distintos grupos de poder intentan imponer no solo la interpretación de los hechos, sino los hechos mismos: “lo que ocurrió no es esto que usted vio, lo que ocurrió fue esto”. El periodismo, como oficio, se dedica a establecer hechos. Los reporteros nos enfrentamos a una dificultad creciente, porque ya ni siquiera hay consenso en torno a lo que realmente ocurrió. Cada quien tiene una versión de los hechos, aunque todos presenciemos los mismos eventos.

Creo que esto está íntimamente relacionado con el acceso a las redes sociales y las herramientas de comunicación y expresión. En épocas anteriores, cuando el poder de difundir información era básicamente un monopolio, había mucha menos disputa. Por ejemplo, en Colombia, los lugares más violentos y peligrosos son aquellos que aún están en disputa entre grupos armados. En aquellos lugares donde un grupo legal o ilegal logró su dominio, el conflicto baja, la disputa prácticamente desaparece.

Esto ocurre de manera muy similar con las luchas por el relato y la interpretación de los hechos. Con frecuencia, ningún grupo logra durante demasiado tiempo el monopolio del poder de la comunicación, y es allí donde surgen las disputas. A esto se suma la inmediatez y el escenario en el cual los medios, periódicos y noticieros ya no cierran, viven 24/7 produciendo información. Cuando yo empecé a hacer periodismo, había una hora de cierre. A las 10 u 11 de la noche se cerraban los matutinos y la edición, se consignaban las noticias y hasta mañana. Había una pausa, un momento en el que se cerraba este negocio que transmitía los hechos a la ciudadanía. Eso se acabó, el cierre desapareció y cada vez es menos común que existan medios impresos. Las imprentas están desapareciendo, mientras crece la audiencia y la apuesta digital de los medios de comunicación.

Entramos en una dinámica en la cual siempre estamos conectados, se registran los hechos 24 horas al día y 7 días a la semana. Esa obligación de estar permanentemente sintonizados con los hechos nos ha construido un tobogán por donde se fueron los periodistas, medios de comunicación, políticos y una parte de la ciudadanía, que están todo el tiempo asomados a la pantalla. El poder también se ha encadenado a la necesidad real o impuesta y ha aprovechado la tendencia a siempre tener algo que decir y reaccionar a lo que el adversario dice o la ciudadanía opina o exige.

En resumen, veo una tensión permanente entre fuerzas que están todo el tiempo vociferando, no necesariamente comunicando ni informando; y una reacción del bando contrario.

Clement Roux

Muy interesante tener la perspectiva del lado periodístico. En la academia tendemos a criticar mucho a los medios, pero es verdad que los cambios tecnológicos ponen al gremio bajo una



gran presión. Hay algo sobre lo cual quisiera reflexionar: lo que mencionas sobre dominar el relato. Este es un punto que Juan Gabriel Vásquez tocó en su conversación del primer día del Foro. Decía que esta es la definición misma del poder político: la capacidad de controlar el relato. Al menos, esta es una de las definiciones que podemos darle al poder político. Esta capacidad de posicionar un relato es fundamental para conformar regímenes, para bien o para mal. Ojalá que sean más democráticos.

En este contexto, en un mundo donde la comunicación está dominada por las redes sociales, más del 80% de los colombianos y colombianas toman las redes sociales como su fuente principal de información. ¿Cómo ha cambiado el lenguaje político en América Latina? Sinar nos dio algunos elementos de respuesta. Ahora le hago la misma pregunta a Laura, quien está trabajando para una ONG que ayuda a las comunidades a posicionar narrativas.

Laura Rodríguez Salamanca

La pregunta es amplia y aborda varios niveles. Lo primero es que sí se ha transformado tanto la manera en que se hace comunicación política como la forma en que las personas nos comunicamos. Las redes sociales son ahora casi un monopolio de las interacciones humanas. Mucho de lo que antes se hacía de manera análoga, ahora se hace de forma digital. Esto cambia la forma en que nos conectamos. Por un lado, ha ido en detrimento de lo político, porque la promesa inicial de internet era conectar a las personas, y de ahí nació. En los años 2000, la idea era juntar a unas personas con otras y, a partir de esas conexiones, ocurriría lo político.

El problema es que la arquitectura de las redes sociales ha ido cambiando, lo que ha hecho que nos encerremos en madrigueras ideológicas. Además, quienes saben cómo entender los algoritmos y llegar a esas madrigueras pueden tener un dominio casi completo del discurso. Creo que ahora es más difícil controlar el relato. Antes, el político daba una rueda de prensa, la gente que podía le hacía algunas preguntas, se cerraba la redacción y fin. Pero ahora, con tantas cámaras en todas partes, el discurso se ha vuelto mucho más dinámico. Los escándalos de famosos en redes sociales, que ocurren con frecuencia, son un ejemplo de cómo la gente común alimenta esa discusión en lo digital, lo cual dice mucho sobre lo que somos.

Lo interesante es que las figuras autoritarias de Latinoamérica y el mundo han sabido entender esa arquitectura de las redes sociales y cómo controlar ese discurso. Además, hay una gran cantidad de dinero destinado a la operación de la influencia, algo que está ampliamente documentado. Se puede ver lo que hace el barómetro de la xenofobia, y la mayoría de los fact checkers trabajan en Venezuela. En El Salvador, la conversación digital está saturada de nets, trolls y bots. No se puede tener una discusión despolarizante en línea porque está absolutamente sobrecargada. Además, los autoritarismos han desarrollado estrategias para cooptar el espacio público digital e impedir que haya voces disidentes, utilizando tipos de violencia no directa pero igualmente complicados.

En línea con esto, entienden las lógicas de cómo distribuir el mensaje, lo cual es clave. Hay un ejemplo coloquial. El año pasado, fui a El Salvador y me impresionó cómo, en cada espacio, había una configuración pensada para ser replicada en redes sociales. Esto muestra un conocimiento profundo de cómo funciona la lógica de las redes: cuáles son los incentivos, por qué la gente publica o no. Un ejemplo de esto es que, al salir del aeropuerto, lo primero que uno encuentra es una réplica de la casa presidencial de El Salvador. Está diseñada para que, al llegar al país, las personas pasen por allí, se sienten y se tomen una foto con la imagen de Bukele y su esposa Gabriela. Es un espacio análogo

go sutilmente diseñado, sabiendo que, al llegar a un país, lo primero que se busca es una foto para mostrar que estás en un lugar nuevo. Así, tienen un ejército de publicistas. Todos los que bajan del avión se toman la foto, todos. Creo que fui la única que no lo hizo en ese vuelo. Está completamente atravesado por la arquitectura de redes sociales.

Hay personas que saben hacer estas cosas, y los autoritarismos en América Latina lo entienden. Existen artículos que explican el impacto de TikTok en el ascenso de Milei, o el uso que hace Bukele de Twitter, que es su principal herramienta de gobierno. La gente en El Salvador se entera de lo que pasa en el país a través de Twitter. Realmente, esto tiene un peso gigante y ha transformado completamente la forma en que se hace comunicación política y la manera en que la gente se comunica en general.

Clement Roux

Son interesantes las formas de adentrarse en este nuevo lenguaje. Fabio, dado que tienes una larga trayectoria en el análisis de la comunicación política de la izquierda en Colombia, ¿ves diferencias fundamentales, quizás ontológicas, entre el lenguaje político de los años 90 y el actual?

Fabio López de la Roche

Voy a retomar el tema anterior. Frente a la idea de la guerra cultural, debemos tener presente que hay una profunda crisis de la argumentación y de la cultura política deliberativa, de la conversación argumentada y racional, en línea con la visión habermasiana del diálogo entre distintas perspectivas de la política. Hay un ascenso de las emociones. Este es un tema central en la nueva configuración mediática, y las redes sociales hacen visibles dichas emociones, convirtiéndose en educadores políticos. Están jugando un papel desastroso en el linchamiento y la cancelación morales.

Traigo esto también a propósito de la situación que estamos viviendo en la Universidad Nacional. Estamos atravesando esta bipolaridad de acusaciones moralistas sin suficientes pruebas. Esto es una invitación a una conversación de calidad para salir de la crisis que estamos viviendo, escuchando al otro. Esto va de la mano con un renacer de las ideologías en su sentido más primario y básico.

Para conectar con la pregunta anterior, en aquel cierre de campaña también vimos la captura de los símbolos nacionales por parte de la derecha. El PT cuestiona mucho la apropiación de la bandera y del fútbol. Por ejemplo, salir a las movilizaciones con la camiseta de la selección brasileña, y aquí también estamos en esa línea. Además, con la camiseta de Neymar, que era bolsonarista. Fijense que hay espacios de cultura política física, como la camiseta con el mensaje: “Dios por encima de todo” como consigna.

En síntesis, lo que quiero subrayar es la crisis de la deliberación a la que estamos asistiendo y el reto que debería estar planteado para los partidos políticos. Más adelante podemos hablar del debate actual sobre el sombrero de Pizarro y el uso político del pasado. Un medio radial tildó esta acción de Petro diciendo que solo falta el bastón de Santrich. Qué irrespeto comparar a Pizarro con Santrich. El periodista radial que hace eso es un ignorante político.

Laura Rodríguez Salamanca

Creo que se va tejiendo en la medida en que vamos reflexionando sobre esto. Coincido plenamente con el profesor López. Existen estudios que muestran cómo los algoritmos de reco-



mendación, basados en las señales que envío sobre lo que me interesa y lo que no, me van encerrando y diciéndome que tengo la razón. Esto es profundamente problemático para una sociedad que busca discusiones democráticas. Las personas no se están encontrando en internet. Cuando entramos a las redes, solo encontramos personas que se parecen ideológicamente a nosotros. Esto es grave porque, de ser así, ya no existe una plaza pública. Esto ha generado tensiones. De hecho, hay estudios sobre las diferencias ideológicas entre hombres y mujeres en la actualidad. Hay separaciones y una falta de conversaciones profundas al respecto.

Hay un libro muy interesante que aborda el problema de la falta de conversaciones con extraños en Estados Unidos y cómo esto ha favorecido la polarización. Es algo tan simple como hablar con el vecino que piensa diferente a mí. Creo que es un punto clave, porque si la ultraderecha está utilizando la bandera de la batalla cultural para generar divisiones, y además no hay posibilidades de encuentro entre extraños, ni en redes sociales ni en lo análogo, lo que sucede es que se acrecientan las diferencias entre unos y otros.

Fabio López de la Roche

Es muy importante lo que plantea Laura en términos de conversación digital. Debemos pensar qué entendemos por una conversación digital. Ahora que el petrismo ha contratado influencers, algunos hablan de propuestas de Petro, como la idea de hacer un tren entre Turbo y Bahía de Cupica. Me impresiona que varios de los influencers ya asumen eso como una realidad. Entonces, no hay ninguna crítica, entre otras cosas, porque una de las cosas que Petro ha venido haciendo es cuestionar las concesiones público-privadas y las alianzas para grandes obras de infraestructura. Estas se realizan con vigencias futuras que deben ser respetadas por otros gobiernos. Él, por ejemplo, con El Toyo, intentó no respetar los acuerdos para terminar el túnel y llevar esas vías a los puertos antioqueños en el Urabá.

Me sorprende que los influencers digan: “Qué gran estadista. Petro, esta idea es maravillosa”. Sí, pero sin ningún tipo de crítica. Más adelante, quisiera hablar de la comunicación de Petro y de los frentes de confrontación que ha abierto para explicar estos problemas. Traigo a colación este ejemplo porque la audiencia queda convencida de que esa es una obra maravillosa y que ya se está iniciando. Lo mismo puede ocurrir con otras obras, con los influencers incorporados en la ropa del líder, replicando el discurso de manera totalmente acrítica. Además, nos acaban de llegar influencers al Consejo de Bogotá. También tenemos el caso de JP, lo cual nos lleva a pensar qué está pasando con el capital político-electoral que los influencers están construyendo.

Laura Rodríguez Salamanca

Creo que no se puede separar lo análogo de la realidad política digital. Es necesario repensar internet, en realidad.

Clement Roux

Al respecto, también me gustaría saber cómo definirían los estilos comunicacionales de las figuras políticas que más han estudiado, especialmente en relación con los medios de comunicación y el público. Veo la comunicación como algo bilateral, no solo como un proceso de difusión, sino como una verdadera relación. Sinar, el otro día me comentabas que Chávez fue pionero de muchas de las estrategias comunicacionales que hoy se utilizan en la política latinoamericana.

Sinar Alvarado

Sí. Mucha gente no sabe que Hugo Chávez fue un estudiante bastante mediocre en la Escuela Militar. Si no recuerdo mal, ocupó el puesto 75 de su promoción. Sin embargo, ya desde la Escuela mostraba una notable propensión al espectáculo; tenía talento para eso. Cada vez que había un evento, él tomaba el micrófono y se convertía en el animador: cantaba, era maestro de ceremonias, un histrión, etc. El chavismo, como fenómeno político, nace con un golpe de comunicación.

Chávez aparece el 4 de febrero de 2002 en las pantallas de la televisión venezolana, pronuncia un breve discurso y sobresale la frase: “Por ahora”. Él se rinde y asume la responsabilidad del golpe de Estado, algo inédito en la historia reciente. En la democracia venezolana veníamos de décadas en las que nadie se responsabilizaba de nada, lo que fue socavando la credibilidad y legitimidad de la clase política. Surge este tipo que, por primera vez en mucho tiempo, dice: “Yo asumo la responsabilidad de este movimiento. Nos rendimos, llamo a mis compañeros de armas en distintos lugares del país a rendirse y por ahora, entregamos el poder”. Esa frase se convirtió en su marca, famosa hasta hoy. Fue un mensaje claro para la población, aliados y adversarios, de que él iba a volver.

Cuando llega al poder, las primeras medidas de Chávez están todas orientadas a comunicarse de manera más eficaz y omnipresente. Refaccionó el canal del Estado, “Venezolana de Televisión”, un canal que antes de Chávez menospreciaba el poder del gobierno de turno y cuya imagen era de pésima calidad. Él invirtió grandes sumas de dinero en tecnología, cámaras y estudios. Nombró como Ministro de Comunicación a Andrés Izarra, hijo de un aliado político, quien venía de trabajar en la CNN, lo que le otorgaba un conocimiento directo de las mejores prácticas y tecnologías de comunicación del mundo. Esa modernidad se reflejó en la renovación de Venezolana de Televisión. Chávez comenzó a hacer un programa de radio y televisión en cadena nacional todos los domingos. Además, cuando nombraba ministros, lo hacía siempre en cadena nacional. Los canales privados y emisoras, independientemente de su tendencia, no tenían opción de no adherirse a la cadena.

Chávez también fue uno de los primeros presidentes en utilizar Twitter. Su cuenta llegó a tener millones de seguidores al morir. A través de ella, daba noticias, anunciaba alianzas con Irán, China, Rusia, insultaba a Bush, publicaba chistes y compartía canciones. Había de todo, casi como un programa de variedades.

Otra área de preocupación fue su intervención en los símbolos patrios, una forma de alterar el pasado para dominar el presente y el futuro. Lo único que Chávez no cambió fue el himno nacional. La bandera, que antes tenía 7 estrellas, pasó a tener 8. El escudo nacional tenía un caballo que corría hacia la derecha, pero miraba hacia la izquierda. El razonamiento de Chávez fue que el caballo, realmente, quería ir hacia la izquierda. Lo volteó y lo puso a galopar rápido, veloz y decidido en esa dirección.

Chávez también cambió el nombre del país a “República Bolivariana de Venezuela”. Bolívar es el fundador de la República, pero uno, como venezolano, podría decir que no está obligado a ser bolivariano. El país no debería tener un apellido que determine un culto a un prócer para todos los ciudadanos de la nación. Además, cambió la moneda. Se puede ver que había un ímpetu y una necesidad de comunicar permanentemente y reinterpretar los rasgos más tradicionales y antiguos de la nación para adaptarlos a un nuevo relato.

**Clement Roux**

Muy interesante esta perspectiva sobre el chavismo. Fabio, antes del panel me comentaste acerca de tus estudios recientes sobre Petro y su comunicación política. Obviamente, Petro no es Chávez, pero hablaste del estilo comunicacional de Petro y cómo este podría generar problemas para sus reformas. Ya nos mencionaste algunas cosas, pero quisiera que elaboraras un poco más sobre este tema.

Fabio López de la Roche

Este es el primer gobierno de izquierda en la historia de Colombia, por lo que debemos prestarle mucha atención. Con su componente reformista, no revolucionario, la reacción del país ha sido muy conservadora. Hemos visto reacciones muy fuertes de los medios hegemónicos: *Semana*, *El Tiempo*, *El Colombiano*, *Caracol*, *RCN*, y medios radiales.

Aunque no todos, es importante señalarlo. Por CM& han pasado todos los funcionarios del gobierno, entrevistados por Yamid. Tampoco se puede afirmar que *El Espectador* sea visceralmente antipetrista como *El Tiempo*. Cambio ha entrevistado al presidente varias veces. *Cable Noticias* es un medio informativo escueto, sin una orientación clara para imponer una línea política. La W en radio también tiene su matiz, diferenciándose de otros informativos matutinos.

Hay una fiscalización excesiva y desmedida por parte de los medios y de las instituciones de control, que nunca ejercieron este rol frente a los gobiernos pasados. La oposición política es torpe, pero ha explotado muy bien los grandes escándalos del petrismo: Benedetti, Sarabia, Nicolás Petro, Juan Fernando Petro. Esto ha sido utilizado hábilmente por la derecha, aunque no tiene un programa político serio para el país.

Las instituciones de control están en manos de la derecha, siendo la Procuraduría el caso más evidente, y antes lo fue el fiscal Barbosa. Sin embargo, como ocurre en los medios, el establecimiento no constituye un bloque homogéneo. Es el propio discurso de confrontación de Petro el que hace aparecer ese establecimiento como homogéneo. El Gobierno tiene méritos importantes: haber nombrado a la fiscal Camargo, independiente; su liderazgo en temas de medio ambiente; el reconocimiento del campesinado como sujetos de derechos, entre otros.

En comparación con Lula, este gobierno tiene una orientación mucho más explícita, pero también más problemática. Aquí se pueden enumerar los problemas derivados de la diversidad de frentes de confrontación que abre Petro: reforma rural, paz total, concesiones público-privadas y peajes, reforma a las pensiones, reforma al sistema de salud. Este último es un tema álgido. Si la izquierda y Petro no logran sacar adelante la reforma a la salud, podrían enfrentar décadas de retroceso. Si no se encuentra una salida que conserve lo mejor de los procedimientos administrativos, será un problema, aunque se eliminen los giros financieros directos a las EPS y se suprima la integración vertical que ha desfinanciado a los hospitales públicos.

Termino de enumerar los frentes que abre Petro: reforma laboral, reforma a la educación, servicios públicos y sus tarifas, transformación energética y política minera. Y para completar, la constituyente. Esto equivale a un programa para tres gobiernos. Santos privilegió la paz con las FARC, y esa fue su contribución fundamental. Hay un problema en no establecer prioridades claras en la política pública. Además, está el problema del manejo de Twitter, sobre el cual ya se han escrito suficientes artículos. La comunicación gubernamental y el estilo per-

sonal y confrontacional del presidente son problemáticos. Esto entra en conflicto con la idea del Acuerdo Nacional que él mismo promueve. Levanta ese discurso y, a la semana siguiente, lanza un fuerte ataque contra los empresarios.

Es muy problemático el discurso presidencial confrontacional. Uribe lo manejaba bien, estigmatizando a figuras como Petro, León Valencia y Hollman Morris, llamándolos guerrilleros vestidos de civil. También estigmatizó a las ONGs. Pero Uribe contaba con un 70% o 80% de popularidad, lo que le permitía producir un discurso polarizante. Petro, con un 35% de popularidad, está contribuyendo a la polarización de manera inconveniente, lo cual es un obstáculo para sacar adelante sus reformas y llevar a cabo temas estratégicos como el Plan de Desarrollo. Sugiero leer la entrevista de El Colombiano a Jorge Iván González, diseñador del Plan de Desarrollo.

En la entrevista, él afirma que es necesario hablar menos y hacer más, específicamente con respecto al catastro multipropósito y las PTAR. Señala que, si se avanzara en las plantas de tratamiento de aguas residuales en el Río Bogotá, o si se hiciera de la recuperación del Magdalena un propósito colectivo, el Gobierno tendría la posibilidad de mostrar avances concretos en temas estratégicos. Ojalá el presidente no deje atrás el Plan de Desarrollo, ya que fue diseñado por Jorge Iván González, quien ahora no está en el gobierno.

Clement Roux

Sí, un estilo confrontacional que resulta contraproducente para sus reformas. Un estilo que también se dirige contra Bukele. Hubo riñas entre los dos en X. Laura, ¿te gustaría elaborar un poco más sobre el estilo comunicacional de Bukele?

Laura Rodríguez Salamanca

Para conectar con lo que menciona el profesor López, Petro comete un error en la estructuración de su estrategia de comunicación, que ni siquiera estoy segura de si realmente existe como tal. Además, el uso problemático de Twitter agrava la situación, ya que pone a la derecha constantemente frente a las cámaras. Es decir, no cumple con su propósito discursivo, porque la gente no siente que estén ocurriendo avances y, en los medios, no se reflejan los logros que el profesor López menciona. Esto es grave porque no solo se trata de hacer bien las cosas, sino también de comunicar que se están haciendo.

Cuando Petro comienza a pelear con Milei y Bukele, simplemente los hace más famosos. Bukele ya era un referente entre los grupos de derecha desde hace más de dos años. Yo antes trabajaba en fact checking en la Agencia AFP, y ya era conocido. Pero cuando Bukele comienza a hacer comentarios provocadores y Petro responde a ellos con una cuenta gigantesca que acapara toda la atención de los medios, su disputa se convierte en el tema central. Cada vez que entra en estas discusiones innecesarias, solo logra amplificar la fama de Bukele. Gran parte de la expansión discursiva del modelo Bukele tiene que ver con las respuestas de Petro.

Contrario a la falta de control del relato en el gobierno de Petro, Bukele tiene completamente bajo control su discurso. En el análisis del año pasado queríamos explorar qué tan extendidos estaban los discursos a favor del modelo de seguridad de Bukele fuera de El Salvador, y cuán prevalentes eran los discursos en defensa de los derechos humanos y las personas privadas de la libertad, muchas de ellas inocentes. Considerando que el único referente de El Salvador para muchos era la imagen de las pandillas, queríamos entender qué discurso sobre la situación en



El Salvador estaba recibiendo el resto de Latinoamérica. Lo que encontramos es que sí existe un dominio del relato, a pesar de que hay mucha crítica a los derechos humanos y a los problemas que presenta ese gobierno. No es un gobierno perfecto, como a menudo se presenta.

Nos dimos cuenta de que sí tiene una estrategia detrás. Como decía Sinar, Bukele no es el gran héroe ni el genio que acabó con las pandillas. La gente que conoce El Salvador sabe que es hijo de un millonario. Su padre le montó una agencia de publicidad y trabajó para el FMLN. Hablaba de Marx más que Chávez. Luego, comenzó a construir un personaje que casi parece el equivalente latinoamericano de Kent: guapo, con dinero que no proviene del Estado sino del emprendimiento, lo que le da un aura de no ser un usurpador del dinero público. Además, es un hombre fuerte, de familia, religioso, con esposa e hijas. Esta figura se construye cuidadosamente, favoreciendo su visibilidad y amplificación en internet, donde los clics ayudan a expandir su mensaje.

El discurso de Bukele está muy bien blindado. Es impresionante porque, cuando se declaró ganador en las elecciones pasadas, su discurso consistió en anunciar la inauguración de una democracia de partido único en El Salvador, y nadie se escandalizó. Cuando habla de las pandillas y otros temas, su mensaje está perfectamente armado para adaptarse a la lógica de distribución en internet, y puede ser fácilmente replicado en otros países. El control del discurso de Bukele es impresionante y estratégicamente pensado.

Aunque él afirma lo contrario, ha cerrado el espacio cívico en El Salvador. Dice que hay libertad de expresión, pero periodistas de El Faro tuvieron que exiliarse en Costa Rica, y los reporteros no pueden ingresar a la Asamblea Nacional. En su lugar, se ha creado una sala especial para youtubers autorizados por el gobierno para cubrir el Congreso. Además, no hay acceso a la información pública. La toma de posesión de Bukele estuvo altamente controlada, sabiendo la influencia de los youtubers. Invitó a personajes como “Luisito Comunica” para distribuir su mensaje, no solo para ser replicado, sino para que el discurso mismo sea diseñado pensando en su distribución.

Hoy en día, Bukele ha logrado un control total del relato, la distribución y la comprensión de cómo funcionan los medios, tanto analógicos como digitales. Se ha colado en la cultura popular, como lo demuestra el caso del canal de “Luisito Comunica”. Su capacidad de controlar el discurso es tan profunda que se hace difícil dimensionarlo, pero todo está extremadamente bien calculado. En El Salvador, cuando se habla de obras públicas, hospitales o muchas otras cosas, la gente del movimiento social dice que no son más que luces LED y pintura. Pero Bukele, que proviene del mundo de la publicidad, entiende perfectamente la importancia de controlar el relato y lo hace de manera impecable. La mayoría de la gente no sabe lo que realmente está pasando en El Salvador.

Clement Roux

Fascinantes aportes, Laura. Vamos cerrando la conversación. Ahora voy a recoger las preguntas del público. Una dirigida a Fabio. La pregunta de Jaime es la siguiente: “Los estudios culturales dan las batallas culturales al intervenir en la desarticulación de la cultura y la política. Lo curioso es que el aparato teórico de ambos es gramsciano. ¿Podría avanzar su pensamiento sobre esta convergencia teórica?”

Fabio López de la Roche

No sé si el aparato teórico de la derecha sea gramsciano. En la izquierda, el progresismo, el estudio comunicacional, los estudios culturales sí lo son. La idea de la hegemonía como capacidad de conducción intelectual y moral de un bloque de clases en el poder es una noción clave para el análisis cultural, pero no sé si la derecha la esté utilizando ni de qué manera. Podría ser un uso perverso o inteligente.

Por ejemplo, en Colombia, la elaboración intelectual de la derecha es muy pobre. Lo converso con amigos de derecha y uribistas, y reconocen que el progresismo les lleva años de ventaja en formación universitaria y teórico-conceptual. Yo no veo una elaboración teórica sólida ni sus figuras políticas la evidencian en sus discursos.

Clement Roux

De acuerdo. Creo que una de las primeras figuras de derecha en empezar a usar a Gramsci fue Nicolás Sarkozy, o al menos una de las primeras. Pero es muy poco probable que haya leído los Cuadernos de la cárcel, dada la utilización tan básica de estos conceptos.

Otra pregunta: "De acuerdo con el sociólogo argentino Daniel Feierstein, las prácticas sociales genocidas inician simbólicamente y discursivamente con la creación de figuras y otredades negativas, estigmatizando a determinados sujetos. ¿Cómo se puede contrarrestar el discurso mediático de retórica genocida que los medios difunden? Adelante, Sinar, sobre el papel de los medios en esta guerra cultural"

Sinar Alvarado

Aquí hay deshumanización, la ausencia de empatía, comprensión y conocimiento. Uno de los retos es la humanización a través del oficio: contar, establecer los hechos, no distraerse ni dejarse llevar por interpretaciones sesgadas de los mismos. Como dije antes, el periodismo es el oficio y negocio de establecer hechos. A través de la mayor cantidad de fuentes posibles, se debe dar cuenta de qué, dónde, cómo y quiénes fueron los que vivieron los hechos. Esto, sin depender o depender lo menos posible de discursos interesados en establecer relatos no verificables.

Laura Rodríguez Salamanca

Este es otro tema de mi investigación. Hay varias cosas en juego. Antes, el periodismo se pensaba como el trabajo de un periodista que observa, interpreta, comunica y lanza información asumiendo que sabe qué necesitan saber las personas. Sin embargo, los cambios algorítmicos también han producido una crisis en el negocio. Cuando se hacen críticas a los medios, es importante partir de las condiciones en las que los periodistas están trabajando y cómo está cambiando el negocio. Todos los días hay despidos de periodistas. En un mundo abarrotado de contenido, el valor del periodismo en términos de consumo ha disminuido, porque hay tanto contenido que pierde valor, al igual que ocurre con los cambios en el precio del petróleo. Un grupo de periodistas, especialmente en Estados Unidos, ha estado reflexionando sobre cómo reinventar el oficio en un mundo saturado de información.

Jeff Jarvis, referente de hacia dónde va el periodismo, dice que el periodismo debe repensarse, no como productor de contenido, sino como facilitador de conversaciones entre extraños y de



comunicaciones cívicas. Tenemos líderes autoritarios creando discursos que dividen, como en el caso de Bukele, con los pandilleros y no pandilleros, los criminales y no criminales. Cuando estos discursos están en auge y las redes sociales fomentan la división y dificultan el conocimiento mutuo, lo que debe hacer el periodismo es, más que ser un perro guardián del poder, convertirse en un perro que guía y dice: "Conozcan a otras personas y favorezcan conversaciones cívicas". No se trata de ser el centro o relator de los hechos, sino de favorecer conversaciones. Esto puede sonar utópico, pero está comenzando a surgir en Latinoamérica. Hay medios que, por ejemplo, han vuelto a lo análogo, como Rutas del Conflicto en Colombia, que realiza "stand-ups" periodísticos y recorridos por el sur de Bogotá para explicar temas ambientales. No buscan necesariamente la masividad, sino generar conversaciones significativas.

Además, hay otros medios que no solo utilizan las redes para publicar, sino que piensan en las verdaderas necesidades informativas de la gente para hacer periodismo desde esas necesidades. Esto se conoce como periodismo de servicio. En Centroamérica, esta práctica se está utilizando como una forma de resistencia contra el autoritarismo y parte de una idea muy básica: hacer que las personas se encuentren. Es una estrategia hacia la que el periodismo puede girar, no como opositor al activismo político ni intentando ideologizar, sino tratando de conectar a las personas. Esta podría ser una alternativa interesante, que ya se ha explorado en comunidades de migrantes en Estados Unidos.

Entonces, sí hay posibilidades de repensar el periodismo para crear bases mucho más grandes. Coincido con Sinar en la importancia de la empatía y de conectar a las personas cuando realizamos una pieza periodística. El problema grave de El Salvador respecto a esto es que la única información conocida son las imágenes de dos mil personas sin rostro ni historia de vida que transmite este señor. Además, cuando los medios quieren criticar las violaciones de derechos humanos, utilizan las mismas imágenes, sin mostrar que las personas enviadas a la cárcel son, por ejemplo, el panadero, la mototaxista LGTBI o mujeres y niños. Nuestro papel es complejizar esa realidad para generar empatía y mostrar que hay claroscuros. Lo que ocurre con la narrativa del enemigo, o con la forma en que están configuradas las redes sociales, es que no nos permiten reconocer la humanidad de los demás.

Clement Roux

Es muy interesante tener esta perspectiva directamente desde los periodistas. Como mencionas, ellos son conscientes de estas situaciones, pero están bajo diversos tipos de presión, algo que generalmente no consideramos cuando criticamos su trabajo. En relación a esto, Fabio, ¿podrías ofrecer otro punto de vista sobre este aspecto, a partir de su experiencia?

Fabio López de la Roche

Coincido con Laura en la necesidad de mostrar los claroscuros frente a esa dinámica bipolar de las redes sociales. En el mundo de la comunicación cara a cara, me parece que el país requiere de opiniones ponderadas, no de tomas de posición o de lo que yo llamo atrinchamientos ideológicos.

Tenemos un problema: cuando un gobierno llega, no reconoce nada del anterior. Quienes salen se convierten en opositores totales. Colombia no va a ningún lado si no construimos consensos. Cuando se apoyan reformas sin consensos, como en el caso de la Ley de Medios

en Argentina, los gobiernos posteriores las echan para atrás fácilmente. Colombia está cansada de la polarización y los extremismos ideológicos en las redes sociales. Por eso, el discurso confrontacional del presidente es problemático, ya que contribuye a esa polarización. Lo que necesitamos es una izquierda pensante, que pueda liderar un proceso de hegemonía, en términos gramscianos, e inteligente.

Para responder a otra pregunta expresada en el chat: "El pensamiento de Petro no es un falso pensamiento crítico; tiene buenas ideas. Le hemos escuchado intervenciones excelentes, y otras, desastrosas."

Clement Roux

Una pregunta final, enfocada en lo que hace el Centro para la Educación Política: "¿Qué papel podría tener la formación política para contrarrestar las narrativas autoritarias y antidemocráticas?" Sinar, adelante.

Sinar Alvarado

Cuando escuchaba a Fabio hablar sobre sus amigos uribistas, me pasa también con antiguos amigos cercanos: venezolanos exiliados en distintos lugares del mundo. Varios de ellos, por reacción al chavismo, se han vuelto muy de derecha. Pero cuando tenemos debates, me frustro mucho porque veo un denominador común: la ausencia de cultura política, serias deficiencias para argumentar, mucha desinformación y pereza. Se discute de manera muy superficial, alegre y hasta irresponsable. Por formación profesional, yo busco que, si estoy debatiendo, aporte datos, por ejemplo. Cuando leo cosas que me interesan y que quizá me ayuden en el futuro, me propongo memorizar datos, porcentajes, números, para después no cometer la irresponsabilidad de no tener los elementos necesarios en las discusiones: información concreta para superar este instinto primario en las redes, donde la gente no razona, sino que embiste. Esta es una consecuencia del aumento de la cantidad de voces que deliberan, pero, frente a ese tamaño, es muy limitada nuestra capacidad de moderación.

Antes de las redes sociales, cualquiera que quisiera aportar a la conversación pública debía pasar por unos filtros. Por ejemplo, no podías venir a escribir en una columna en un periódico, hablar en la radio o en la televisión desde tus instintos más básicos porque estabas molesto. No, a partir de un cierto mínimo, tenías que elaborar para poder participar en la conversación pública. Esos filtros, que de algún modo volvían más profesional o elaborado el debate, han desaparecido. Ahora, casi todas las voces pueden participar, pero se ha perdido la capacidad de cumplir con los requerimientos más elementales de un debate provechoso.

Clement Roux

Esto nos conecta con el tema de la posverdad, que podría ser otro debate. Muy interesante. Laura, adelante.

Laura Rodríguez Salamanca

Siempre insisto con el tema de las plataformas. Creo que la educación política debe incluir más esta arista, no solo por ser el lugar donde se disputa el poder, sino también porque en Latinoamérica tenemos un rezago en el análisis de las plataformas, los propietarios y las empresas como agentes de poder que están involucrados. Musk tuvo un enfrentamiento grave



con el gobierno de Brasil porque le pidieron que eliminara algunas cuentas que habían difundido negacionismos, los cuales llevaron a intentos de toma del poder judicial después de que Lula ganó. Cuando Bukele va a Estados Unidos, se toma la foto con Musk. La foto de Milei con Musk es aterradora.

Desde que Musk compró Twitter, ha aumentado la visibilidad del discurso de la ultraderecha en esa plataforma. Es interesante compartir nociones sobre cómo tener estas conversaciones, pero también es fundamental transmitir lo profundamente político que es compartir con personas diferentes. No solo se trata de construir agendas colectivas, sino porque es, en sí mismo, un acto profundamente revolucionario. Juntarnos con personas distintas en un momento en el que las estructuras de poder de las redes sociales están diseñadas para dividirnos es un desafío. La mirada crítica sobre las redes debe ser parte de nuestros análisis. Hay que ampliar esa perspectiva para que las personas entiendan que estas son empresas criticables, con intereses y agendas.

En Latinoamérica, no existe una visión crítica de las redes sociales, de las plataformas y de cómo estas limitan el espacio cívico. Si se revisan sus políticas, se puede ver claramente. Desde mayo, Instagram empezó a censurar contenido político. Estamos hablando de redes sociales cada vez menos "sociales", porque las causas políticas y sociales ya no aparecen en las redes de las personas. ¿Cuál es el interés detrás de eso? ¿Por qué Musk modificaría un algoritmo para priorizar ciertos contenidos? Creo que esta perspectiva es necesaria.

En la medida en que las conversaciones se trasladan cada vez más al ámbito digital, debemos pensar más en esos espacios.

Clement Roux

Creo que esa es una de las grandes conclusiones de esta discusión. Fabio, por favor, ¿puedes abordar el papel de la educación política para contrarrestar estas narrativas?

Fabio López de la Roche

Una reflexión de algunos colegas en Brasil es sobre la nueva clase C, compuesta por unos 30 millones de ciudadanos que Lula sacó de la pobreza, pero lo hizo a través de tarjetas de crédito y préstamos estatales, uno de ellos de 5.000 reales para comprar muebles para las casas. Esto puede ser importante, pero hay una queja: algunos de esos ciudadanos, muchos de ellos evangélicos o testigos de Jehová, luego terminan votando por Bolsonaro. He tenido estudiantes en Brasil que me dicen: "Yo soy de esa nueva clase C que Lula sacó de la pobreza".

Esto refleja una falta de formación política, algo que también se ve en el Pacto Histórico, que está intentando construir un nuevo partido, renunciando a las personerías jurídicas de los miembros de la alianza. Tienen que pensar en una educación política para la gente. En Brasil, el PT mantiene estructuras importantes, pero a nivel de los mayores. Sin embargo, cuando veo a los hijos de mis colegas, aunque votan por el PT, no tienen mucha formación y están más interesados en otras cosas. Esta es una invitación al diálogo intergeneracional, del cual tenemos mucho que aprender. También es necesario repensar la educación dentro de los partidos. Tal como están hoy, siguen siendo partidos tradicionales.

MESA

Pensar el pasado: la historia como educación política

Prof. Sebastián Vargas Álvarez

Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario

Prof. Jamith Hernández

Facultad de Derecho y Ciencia Política
Universidad de Ibagué

Prof. Francisco Ortega

Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

Prof. Constanza Castro

Departamento de Historia y Geografía
Universidad de los Andes

- Panelistas



Constanza Castro

En las discusiones anteriores hemos oído interesantes argumentos sobre la importancia de la educación política en la renovación del diseño institucional del Estado, como elemento central en la literatura, como necesaria para fortalecer el pensamiento crítico y, como acabamos de escuchar, como algo relevante en su relación con los medios de comunicación.

En esta conversación vamos a abordar la historia como educación política. En el país, hace más de 30 años que no se enseña historia como disciplina en los colegios. Algunas personas han cuestionado este trabajo de los historiadores, tildándolo de adoctrinamiento, o han propuesto establecer límites en lo que debe y no debe enseñarse. Vamos a enfocarnos en por qué la historia es o puede ser educación política.

Esta será una mesa sin moderación única. Vamos a tener una charla en la que todos participaremos, haremos preguntas e intervenciones. Presento a mis compañeros de mesa:

- **Sebastián Vargas**, doctor en historia por la Universidad Iberoamericana de México. Profesor asociado de historia de la Universidad del Rosario. Sus principales áreas de investigación e intervención son las políticas de la memoria y los usos públicos de la historia.
- También está con nosotros **Francisco Ortega**, doctor por la Universidad de Chicago, profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional. Se especializa en la cultura política del final del siglo XVIII y principios del XIX en América Latina. Es miembro de Concepta Iberoamérica y director del Centro Pluralizar la Paz. Además, tiene numerosas experiencias y trabajos relacionados con la historia pública.
- Nos acompaña **Yamid Hernández**, psicólogo, politólogo y magíster en Gobierno y Políticas Públicas por la Universidad Externado de Colombia. Profesor de la Universidad de Ibagué, miembro de la Red Capaz y del Centro para la Educación Política (CEP), que organiza este evento.
- Yo soy **Constanza Castro**, doctora en Historia por la Universidad de Columbia. Profesora del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes. Me especializo en historia política del siglo XIX, aunque también enseñé sobre Colombia en el siglo XX. Trabajo en proyectos de historia pública y soy coordinadora del Centro para la Educación Política de la Universidad de los Andes.

Quiero empezar esta discusión hablando de historia como educación política. Para ello, es necesario que propongamos, al menos de manera preliminar, qué entendemos por educación política. Voy a lanzar algunas ideas para que luego podamos tener una discusión al respecto. ¿Qué entendemos por educación política? Para entender esto, es necesario primero entender lo que entendemos por política. Comienzo con la diferencia entre lo “político” y la “política”, que remite a la diferencia ontológica de Heidegger. Es decir, la política es lo óntico: las instituciones, el Estado, los poderes constituidos, los parlamentos y los procesos electorales. Lo político sería lo ontológico, es decir, el antagonismo, el conflicto, la contradicción y la incertidumbre. Según esta idea, es lo político lo que posibilita las transformaciones sociales.

Francisco Ortega acaba de publicar un libro muy importante junto con Franz Hensel y Margarita Garrido sobre Historias de lo político, una amplia colección de volúmenes que renuevan la historia de Colombia. Tal vez pueda ampliar estos conceptos. Para esta discusión, una

educación política tendría que incluir ambos aspectos. Por un lado, la comprensión del funcionamiento de la política en términos institucionales: las formas de participación, las leyes y los derechos. Por otro lado, la comprensión de lo político: los temores, deseos y expectativas humanas que cobran forma en acciones transformadoras. Creo que este segundo aspecto es mucho más importante, ya que implica el papel de cada quien en este mundo de lo político, el cual permite el cambio y da forma a la historia.

Derivado de lo anterior, la educación política debe reconocer que toda relación educativa es, en sí misma, una relación política, y tiene que ver con la construcción, apropiación y distribución del poder. También es un acto político, aunque muchas personas que enseñan no lo reconocen, tanto porque el ejercicio de la enseñanza no se produce fuera de la sociedad ni de sus posibilidades simbólicas y materiales existentes, como porque es un escenario privilegiado para la expresión de la duda, la contradicción y el conflicto que constituyen lo político.

Además de dicho reconocimiento, la educación política debe implicar el reconocimiento de las relaciones de poder que han constituido y siguen constituyendo la historia. Más concretamente, implica el reconocimiento de nuestros privilegios en ciertos contextos y, al hacerlo, reconocer la desigualdad. Por otro lado, también implica reconocer el propio valor histórico, la valía, como dijo Gramsci. Es este reconocimiento el que permite vernos como actores de nuestro propio destino y, a la vez, exigir cambios.

Finalmente, la educación política debe incentivar el interés por el mundo, no solo por lo que consideramos lo público, sino por el mundo en su totalidad: la naturaleza, las experiencias de otros y la diferencia. Lo político no cobra forma si no existe un interés por fuera de uno mismo. En una educación política, debemos incentivar estrategias comunicativas que vayan mucho más allá de lo que exige el rigor metodológico, sin ignorarlo, pero que privilegien emociones, comprendan la indignación y la rabia, e incentiven la solidaridad, la compasión y el cuidado.

Sebastián Vargas: En la línea de lo que ha dicho Constanza, quiero continuar reflexionando sobre la dimensión micropolítica. Es fundamental pensar la política, o lo político, como algo que excede las instituciones de gobierno. Como en este nuevo proyecto editorial que comentó Constanza y que involucra a varias universidades, es importante concebir la política y lo político como algo que trasciende las estructuras gubernamentales.

Desde una dimensión micropolítica, podemos entender que todos somos sujetos políticos, que tenemos injerencia política en la realidad a partir del pensamiento y la acción cotidiana. Si partimos de esta base, la educación política comienza por adquirir conciencia de esa agencia política y asumir las responsabilidades que ello conlleva. Tener conciencia de ser agentes políticos implica usar responsablemente ese poder. Es necesario que la educación política se lleve a cabo en la escuela, pero no exclusivamente en ella. La educación política atraviesa las esferas de la vida en las que nos desenvolvemos: la familia, los barrios o veredas, los lugares de trabajo, las agrupaciones, las organizaciones o los movimientos sociales de los que formamos parte.

Es importante destacar esta dimensión micropolítica para comprender que lo político no es algo que nos sucede de manera externa, sino que nos atraviesa de manera constante. Por ello, la educación es para la vida y en todo momento, no solo cuando nos graduamos. Estamos aprendiendo continuamente y co-educándonos con quienes nos rodean. Es en este sentido que se puede pensar la formación política.



¿Por qué educación política e historia? ¿Cuáles son las relaciones entre estos dos elementos? A lo que ya mencionó Constanza, añado que es fundamental la historia para comprender nuestro presente en toda su complejidad, tensiones y contradicciones. Así, es imprescindible un análisis crítico del pasado para proyectar un futuro mejor para todos y todas. Es decir, entender cómo hemos llegado a constituir el hoy a lo largo de un proceso histórico, con todas sus complejidades.

Jamith Hernández

En la misma línea, considero relevante identificar qué entendemos por política para poder aterrizar la construcción de lo que sería la educación política. La política es una actividad propiamente humana dirigida a la organización social, cuyo propósito es facilitar consensos de convivencia que permitan construir objetivos comunes y dirigirlos hacia beneficios colectivos. A partir de aquí, podemos identificar una distinción fundamental con respecto al concepto tradicional de política, que suele reducirse a términos electorales, proselitistas o gubernamentales. Existe una dimensión anterior muy importante: la política como reflexión sobre las mejores formas de convivencia, que surgen de la organización social, donde se requieren consensos y normas de convivencia que a su vez deriven en la consecución de objetivos comunes.

La reflexión inicial sobre las mejores formas de convivencia nos lleva a una dimensión más amplia que incluye las prácticas políticas, donde pueden incorporarse formas complementarias a la organización social: la organización del Estado. A través de sus instituciones, el Estado buscaría materializar las mejores formas de convivencia que resulten de las reflexiones de la sociedad. Partiendo de esta distinción, podemos entender la educación política como la construcción que reúne prácticas y procesos pedagógicos, normas y conductas ciudadanas que, a partir de la adquisición de conocimientos, habilidades y valores, permiten el desarrollo de capacidades relacionadas con la política y posibilitan la participación ciudadana o cívica.

Por esta razón, la educación política no debe reducirse solo a la impartida en centros o escenarios académicos, como tradicionalmente la concebimos, sino que también debe ampliarse a otros escenarios sociales que se acerquen a la ciudadanía, especialmente a aquellos que no tienen acceso a estos espacios académicos.

La educación política implica, en primer lugar, comprender cómo funcionan las instituciones, cómo está estructurado el Estado colombiano, que no se limita solo a las tres ramas del poder público, sino que es mucho más grande y complejo de lo que comúnmente pensamos. También es esencial comprender el sistema electoral, el funcionamiento de los partidos políticos y los mecanismos de participación ciudadana. Además, el tema de la historia política es una parte integral de esta educación política, donde es necesario entender la historia política de nuestro país en relación con las dinámicas globales: movimientos sociales, revoluciones, reformas políticas que impactan y afectan a otras sociedades.

Adicionalmente, es importante el conocimiento y la transmisión de valores democráticos como la justicia, igualdad, libertad, dignidad humana, derechos humanos y responsabilidad cívica, entre otros, que deben abordarse desde una perspectiva crítica sobre sus límites y las amenazas que pueden representar para algunos sectores, en relación con la participación política.

Para sintetizar, la educación política debe desarrollarse en diferentes escenarios y contextos

que garanticen la participación ciudadana, fortalezcan la democracia y fomenten la participación activa de la ciudadanía en la gobernanza de sus sociedades.

Francisco Ortega

Quiero empezar señalando que el término educación política puede resultar equívoco. Este término puede generar cierta polémica, especialmente en contextos polarizados. En cierto modo, esto ocurre porque, al intentar ser descriptivo, termina asimilándose a conceptos tan inocuos como el de “educación cívica” o tan cargados como el de “ideologización”. Prefiero utilizar términos como “fortalecimiento de la cultura democrática”, pero comprendo que esa es la intención detrás de la noción de educación política. En este sentido, prefiero adoptar una definición minimalista para la educación política o el fortalecimiento de la democracia.

Esta noción contiene dos elementos fundamentales. En primer lugar, una educación política debe poner a disposición de una comunidad las herramientas, los contextos y los recursos para la construcción y el desarrollo de una cultura que fortalezca el reconocimiento, la inclusión, la convivencia y la deliberación en diversos contextos, todo dentro de un marco democrático. Estos aspectos deben permitir comprender que la resolución de las diferencias no debe llevar a la aniquilación del otro.

En segundo lugar, una educación política debe crear incentivos para la apropiación y la promoción generalizada de esas herramientas, contextos y recursos. Así, podemos comprender que la educación política tiene al menos cuatro elementos importantes:

1. Favorecer o promover el acceso a los recursos e instituciones estatales o públicas a todos los niveles.
2. Facilitar el acceso a los recursos simbólicos que permitan una participación activa, lo que se traduce en un empoderamiento o apertura a la ciudadanía.
3. Clarificar las responsabilidades de la participación para cada uno de nosotros en la comunidad, particularmente cuando habitamos un contexto marcado por asimetrías.
4. Reconocer que el conflicto, la diferencia y la complejidad no son opuestos a la convivencia democrática. Al contrario, son constitutivos de la vivencia democrática. El objetivo no es llegar a un consenso unánime ni eliminar el conflicto, sino entender cómo podemos construir escenarios para resolver esas diferencias.

Así, la noción de educación política se vuelve realmente central. Es importante señalar que no estamos pensando en esta noción por primera vez. Desde la existencia de los sistemas representativos, nociones similares han estado presentes: desde urbanidad, manuales cívicos, hasta educación para la democracia. Todos estos fueron diferentes esfuerzos, cada uno poniendo énfasis en aspectos distintos. Hoy, nuestra conciencia sobre la dimensión de la conflictividad y la polarización está mucho más en el centro de esta reflexión. Vale la pena subrayarlo.

Ahora bien, una vez que hemos pensado en la noción de educación política, debemos ponerla en relación con la historia. Pero antes de hacer ese ejercicio sobre cómo la historia puede contribuir a esta educación, tenemos que preguntarnos: ¿qué entendemos por historia? Esto puede parecer evidente, pero no lo es; es un concepto complejo. Es necesario tener claridad sobre esto



para comprender cómo la historia puede contribuir efectivamente a la educación política.

Quiero formular una segunda pregunta que quisiera proponerles. En primer lugar, la historia no es algo evidente. Por un lado, es una disciplina de las ciencias sociales, con metodologías, protocolos, escenarios de acción, instrumentos para la construcción de saberes, y un lenguaje compartido (no en el sentido de que no haya diferencias o disputas dentro de ella, sino en que esas disputas son inteligibles desde la participación de los actores) y una comunidad de especialistas con los cuales se construyen líneas de interpretación. Al decir que es una disciplina social, queremos indicar que hay una parte de la disciplina que consiste en establecer cuáles fueron los hechos, pero este no es el trabajo principal. El trabajo de la historia y del historiador no es identificar qué ocurrió, sino cómo ocurrió: cuáles fueron sus motivaciones, las múltiples dimensiones bajo las cuales se comprenden estos procesos. En este sentido, la historia no es fundamentalmente una ciencia de la verdad, sino de la interpretación. Por lo tanto, es una ciencia cuyos resultados están siempre sujetos a revisión y en constante disputa.

En segundo lugar, la historia va mucho más allá de la disciplina; también es un saber colectivo que no es especializado. Es un relato que, en cierta manera, es patrimonial y tiene que ver con el arraigo, la cohesión social, el relacionamiento con otros y la construcción de un orden. Con frecuencia, se confunde con ciertas formas de memoria. Es importante destacar algo que debemos tener en cuenta al hablar de la relación entre historia y educación política: entre estos dos campos—la disciplina y el saber colectivo—hay tensiones enormes. Por un lado, la ciencia nos invita a valorar la complejidad, pero esta se vive desde el presente como un anclaje que construye arraigos y colectividades. Estas tensiones son importantes y no podemos olvidarlas si queremos reflexionar sobre qué es la historia.

Estamos hablando de una comunidad de historiadores y con una responsabilidad cívica hacia la ciudadanía. ¿Qué es lo que los historiadores podemos aportar? Creo que, entre otras cosas, dos aportes importantes son los siguientes: Primero, la valoración de la complejidad y las narrativas de larga duración que nos invitan a no vivir exclusivamente en el presente. En segundo lugar, lo que el historiador puede aportar, pero que debemos mejorar, es la capacidad de valorar lo que llamo la densidad histórica, que es constitutiva de la ciudadanía pero que, en el presente, está completamente desvalorada. Por esto, creo que el problema de la Cátedra de enseñanza de la historia planteada simplemente como una transmisión de hechos no es suficiente de ninguna manera. Me atrevería a decir que es menos importante pensar en el relato fáctico sobre los hechos, y más en la capacidad de valorar las diferentes dimensiones de la densidad histórica: aquella que habitamos, nos constituye y nos pone en relación con otros.

Jamith Hernández

Es muy relevante lo que plantea Francisco sobre lo que es la historia. Efectivamente, se puede entender como una disciplina de las ciencias sociales. Sin embargo, para darle un carácter más complejo, al abordar la historia desde los saberes colectivos, nos enfrentamos a un conflicto. Cuando ocurre un hecho histórico, el objetivo es entender qué pasó, y, además, hay una tendencia a buscar la “verdad”. Es decir, queremos saber qué ocurrió y cuál es la verdad de lo que ocurrió. Esto abre un nuevo espacio para el diálogo de saberes, porque la versión que yo tengo sobre ese hecho puede ser diferente a la versión de otra persona sobre el mismo hecho. Este desacuerdo nos lleva a la complejidad.

En Colombia, estamos viviendo un nuevo intento de construcción de paz, con la labor tan importante que realizó la Comisión de la Verdad, y que ahora se está replicando en diferentes escenarios. Este proceso nos enfrenta a las discusiones en diversos sectores políticos y sociales sobre ¿cuál es la verdad que se quiere conocer? Este es el primer interrogante que debemos plantearnos.

Además, dentro de esta complejidad, debemos entender la historia como una disciplina en transformación constante. La pregunta es: ¿cómo se está transformando? Y, dado el anclaje de lo que sucedió, ¿qué está transformando en relación con lo que se hace en el presente y lo que se puede condicionar para el futuro? En este sentido, la historia no implica solamente la transmisión o reproducción de sucesos, sino también la comprensión de las emociones que estaban en juego en ese momento, para entender las motivaciones que llevaron a los actores a involucrarse en esos hechos.

Si entendemos la historia desde un punto de vista sociopolítico y en su carácter disruptivo, no nos centraríamos únicamente en la cronología de los eventos ni en la narrativa de que “la historia la cuentan los vencedores”. Más bien, nos enfocaríamos en estudiar e indagar sobre las dinámicas de poder, las luchas sociales y las transformaciones que han marcado la historia de las sociedades, y que incluso han desafiado las estructuras establecidas a nivel global. Me quedo con ese planteamiento de la historia.

Constanza Castro

Estoy de acuerdo con lo que se ha propuesto sobre el lugar político de la historia. Quisiera añadir un elemento a lo que se ha dicho. Al reflexionar sobre la historia, me gustaría pensar en lo que permite un acercamiento a ella: la existencia o formación de un pensamiento histórico. Como mencionaba Francisco, hablar de historia no es una obviedad. Cuando hablamos de historia, parece algo evidente, pero no lo es. De la misma manera, el pensamiento histórico no es algo obvio. Los individuos no nacemos con un pensamiento histórico; debemos formarlo a lo largo de la vida. Me parece que ese es el tipo de acercamiento que permite un verdadero conocimiento histórico.

La historia es muy importante en términos de educación política. Antropólogos, filósofos e historiadores han estudiado cómo lo que recordamos o aprendemos del pasado, así como las ideas y recuerdos que transmitimos, constituyen nuestras identidades. Han analizado cómo esas identidades, a su vez, nos permiten percibir el mundo, hacer juicios, tomar decisiones y actuar.

Cuando, como hemos hecho en Colombia, consideramos que la sociedad no tiene salida y que la violencia, el atraso o la derrota son condiciones inescapables o destinos ineludibles, nos estamos condenando a la inacción. Como se mencionó antes, nos estamos restringiendo a reducir lo que consideramos pensable o posible. La existencia de una relación activa con el pasado, como han escrito entre otros Gadamer, es un antecedente necesario para motivar y orientar las acciones humanas.

La conciencia de la historicidad del presente tiene efectos directos en las formas de conocer y actuar. Por eso creo que el pensamiento histórico es profundamente político, porque permite desnaturalizar lo que es histórico y romper con la idea de que algo ha sido de cierta manera y siempre lo será. Hace tiempo escribí un pequeño texto sobre esto, sobre el pensamiento



histórico en términos de acción política o el carácter político del pensamiento histórico. Entre otras cosas, afirmaba que “las posibilidades de futuro y la voluntad de actuar para lograr ese futuro provienen de lo que el pasado nos muestra, por ejemplo: que una guerra no es igual a otra, o que en los momentos de crisis no solo ha habido destrucción y muerte, sino también resistencia y creatividad; que en el pasado no solo ha habido opresión e indiferencia, sino también acciones desafiantes, solidaridad y compasión.”

Así, la historia no solo nos enfrenta con el dolor, la devastación y la injusticia, que son importantes, sino que también nos permite imaginar otros futuros y buscar esos futuros. El pensamiento histórico, entonces, impide que vivamos en un eterno presente claustrofóbico o sin salida, o en un presente indiferente o despolitizado. Quiero pensar que reflexionar acerca de la historia, es decir, lo que pensamos cuando analizamos los eventos del pasado, no es lo mismo que pensar con la historia. Pero la manera en la que nos acercamos a lo primero contribuye a la manera en que logramos lo segundo. Pensar con la historia es urgente hoy, cuando las democracias y sociedades occidentales parecen obsesionadas con el presente.

El pensamiento histórico también es urgente para emanciparnos de la historia de violencia y fracaso permanente que, al menos en Colombia, hemos construido y narrado. Creo que se ha hecho muy poco para reconocer el carácter político del pensamiento histórico y para crear pedagogías que puedan incentivarlo más allá de las aulas. En ese sentido, es ahí donde quiero pensar en la relación entre historia y política, o mejor dicho, entre historia y educación política.

Sebastián Vargas

Estoy de acuerdo con lo que ya han dicho mis colegas; en efecto, la historia es muchas cosas. Antes de ser una disciplina o ciencia social, la historia es la realidad social: lo que ocurre a través del tiempo en la sociedad, esa realidad compleja con sus cambios y continuidades, avances y retrocesos, tensiones y contradicciones. También es una ciencia social que explica lo que ha pasado y lo que sigue pasando.

He pensado mucho en el libro *Silenciando el pasado* de Michel-Rolph Trouillot, historiador y antropólogo haitiano, muy importante, al menos para quienes nos dedicamos a la historia pública. Es un referente clave porque aborda esa dualidad de la historia como realidad socio-histórica y como los relatos científicamente y metodológicamente estructurados sobre lo que ocurre. Nos invita a pensar críticamente no solo sobre la historia, los hechos y lo que ha sucedido, sino también sobre las interpretaciones en disputa de lo que se narra o cuenta como sucedido. Esto nos ayuda a entender cómo la historia se convierte en un capital político, ya que está relacionada con las identidades colectivas y con la forma en que, como sociedades, nos auto representamos o nos imaginamos. Así se genera una idea de mismidad y de permanencia en el tiempo y en el espacio. En ese sentido, como existe una relación entre historia e identidad, la historia deviene un capital político, un objeto en disputa. Permite legitimar proyectos y agendas políticas en el presente, tanto del Estado y los gobiernos como de los diversos grupos sociales y las ciudadanías. Lo menciona también Enzo Traverso en su libro *La historia es un campo de batalla*, donde plantea que la historia es, en efecto, un objeto de disputa.

Francisco también mencionó en su pregunta un concepto que me gustó mucho, el de la sensibilidad; si la historia lo es. A mí me gusta pensar que la historia es una sensibilidad que nos hace pensar y reflexionar sobre nuestro lugar como investigadores, investigadoras o profe-

sores, profesoras de historia. Esa sensibilidad debería estar idealmente atravesada por una preocupación hacia el presente y hacia la sociedad contemporánea: local, nacional, regional y global. Nos pertenece y nos afecta, y tenemos que preguntarnos cómo podemos incidir en ella. Como historiadores e historiadoras, tenemos una responsabilidad pública y política de participar activamente como intelectuales de la historia y como ciudadanos y ciudadanas en la construcción de una sociedad plural y realmente democrática, especialmente en un mundo donde ciertos partidos políticos, ideologías o actores, apoyados en los medios masivos de comunicación y redes sociales, manipulan la historia a su conveniencia, como escuchábamos en el panel anterior.

Todo esto está relacionado con lo que algunos de nosotros en Colombia, América Latina y el mundo entendemos y practicamos como historia pública. La historia pública no solo se trata de cómo la narramos, sino también de cómo y por qué es relevante en el presente. Esta es la dimensión pública y política del oficio de los historiadores, una dimensión que a quienes hacemos historia pública nos interesa mantener siempre presente, más allá de ser profesores de colegio, expertos en la colonia o en el siglo XIX. Lo crucial es entender por qué ese ejercicio intelectual es relevante hoy, en el presente.

En este sentido, la historia en sí misma es educación política. Yo diría que no hay diferencia: la historia es una forma de educación política, tal como es pensamiento histórico, como mencionaba Constanza. Nos permite ser críticos ante las narrativas y explicaciones sobre el pasado y el presente que circulan en la sociedad, no solo en el ámbito académico, sino en los múltiples registros de la memoria social. De ahí la importancia de su presencia en la escuela, sobre todo para estimular y desarrollar el pensamiento histórico, pero también en la esfera pública, en diferentes registros.

Quisiera formular una tercera pregunta para discutir con ustedes. Tiene que ver con la enseñanza de la historia: ¿cuál es la importancia de la enseñanza de la historia en una clase, en la escuela, en el sistema público de educación? ¿Cómo deben tratarse problemas complejos del pasado que producen enorme división o polarización en la sociedad? Por ejemplo, el caso de la enseñanza de los falsos positivos o ejecuciones extrajudiciales en una clase de historia en Cali, que hace unos años suscitó una polémica importante.

En última instancia, ¿cómo podría enseñarse el pasado complejo y doloroso de nuestro país pensando en que sea educación política? La misma pregunta nos lleva a abordar lo complejo y doloroso, pero no solo esas historias o acciones alternativas, como las que se han dado frente al conflicto armado. La historia también es una disciplina, una ciencia social con un método crítico. Nos enseñaron y enseñamos que el corazón del método histórico es la crítica documental. Esto parte de una conciencia teórica y metodológica sobre cómo la historia es un saber necesario pero imposible, siempre en tensión e incompleto. Nunca podremos llegar a comprender el 100% de la verdad sobre lo sucedido, pero tenemos un compromiso epistemológico y ético con la verdad.

Nosotros, los historiadores, producimos explicaciones y relatos coherentes y verosímiles sobre el pasado a partir de nuestros propios enfoques, intereses y preguntas, y utilizando las diferentes fuentes y huellas del pasado que, por azar o voluntad de nuestros antepasados, nos han llegado hasta hoy. ¿Cuál es una regla fundamental para la escritura de la historia? Contratar diferentes documentos y fuentes. Así, podemos dar cuenta de las diferentes formas



de vivir, entender y narrar los hechos históricos. Esto tiene que ver con lo que ya han dicho: debemos pensar en las versiones sobre cómo el pasado ha sido interpretado, entendiendo que el pasado no es único, y que hay diferentes versiones sobre lo acontecido que deben sopesarse para sacar las propias conclusiones sobre un tema específico, proceso o acontecimiento histórico. Es esto lo que intentaría estimular en las aulas de clase.

Por supuesto, sobre la enseñanza y didáctica de la historia y las ciencias sociales se ha escrito mucho. Existen las licenciaturas en ciencias sociales que, además de los departamentos de historia, llevan décadas reflexionando sobre estos temas en el país. Aunque es más difícil aplicarlo en la primaria que en la secundaria, debemos profundizar en la idea de que la historia no es única y que quienes se interesan en ella (y deberíamos ser toda la ciudadanía) debemos tener pensamiento crítico e histórico para contrastar diferentes interpretaciones sobre el pasado. Esto es aún más importante cuando se enseñan acontecimientos o procesos históricos traumáticos que causan incomodidad o polémica en una sociedad tan polarizada como la colombiana, como lo relacionado con el conflicto armado interno.

Es muy importante que las y los estudiantes entiendan, a partir de diversas fuentes primarias, que existen múltiples versiones o aristas sobre el pasado, y que debe ser el ciudadano quien las tome y las contraste. Ahora bien, también hay que tener una precaución metodológica: no caer en el relativismo. Decir que no existe una verdad absoluta no equivale a afirmar que cualquier cosa es verdad, especialmente cuando, como en la actualidad, la relación con la información se da a través de las redes sociales. El marco temporal de concentración es el que dura un TikTok, o la relación con la documentación es la que aparece en una historia de Instagram, un post o un tweet, y no solo ocurre con los más jóvenes.

Hace unos días, cuando se anunció la muerte de Noam Chomsky, inmediatamente lo puse en Instagram. Es importante ser autocríticos: a historiadores e investigadores también nos pasa, debido a la aceleración de las redes sociales. Es fundamental verificar y contrastar siempre los documentos y la información, especialmente en un mundo de deepfake, fake news e inteligencia artificial. Podríamos pensar en un próximo foro solo para hablar de la inteligencia artificial y sus implicaciones para el pensamiento histórico y la educación política. Es un tema importante, que apenas estamos entendiendo, pero que tendrá implicaciones políticas muy profundas en el presente.

Constanza Castro

Quiero retomar varios puntos de lo que dijiste. La pregunta es: ¿cómo podemos hablar de educación política, si se puede hablar de cualquier cosa en una clase de historia, o cómo se haría? Creo que en una clase de historia debería poderse hablar de todos los procesos del pasado, incluyendo los más dolorosos del pasado inmediato. Los últimos momentos de la historia están en nuestros días, y debemos hablar de todo.

Siguiendo las ideas de mis intervenciones anteriores, se trata de qué debe incluir la educación política. Sin embargo, la pregunta que planteas me lleva a reflexionar sobre algunos planteamientos de los panelistas en sesiones anteriores, los cuales quisiera no dejar en el tintero. Algunos mencionaron la necesidad de recuperar en la educación lo que llaman objetividad, neutralidad o moralidad. Afirmaron que no hay relación entre saberes técnicos e ideología. Creo que todo ello es cuestionable y problemático, no solo en la historia, sino en la enseñanza en general.

Hace ya más de un siglo, y de manera más generalizada desde la década de los 80, al menos 40 años, estos supuestos han sido profundamente cuestionados. Creo que esto debería empezar a hacerse también en las ciencias más duras y en la economía: cuestionar el lugar de la ideología en el conocimiento. Por otro lado, las discusiones de estos días me llevan a pensar que, para admitir la historia como educación política, deben tenerse en cuenta algunos elementos, varios de los cuales Sebastián ya mencionó. Por ejemplo, se debe cuestionar la idea generalizada en las clases y en la vida pública de argumentar sin evidencia o falsear la evidencia. Esto lo mencionó Sinar Alvarado en la discusión anterior. La consejera de Donald Trump, recientemente, habló sobre “hechos alternativos”. En la academia, argumentar sin evidencia o falsearla es considerada una falta grave que se sanciona. Sin embargo, parece no serlo en la política y los medios.

En Colombia, algunos políticos han hecho afirmaciones públicas sin evidencias o tergiversándolas al referirse a la historia. Esto lo mencionó Fabio López. Por ejemplo, hemos oído a la senadora María Fernanda Cabal decir que la masacre de las bananeras no existió, o a José Obdulio Gaviria afirmar que en Colombia no ha habido desplazamiento forzado, sino migración interna. Además, la exministra ha afirmado, como lo ha hecho por años, que las cartillas de educación sexual en los colegios eran un ejercicio de adoctrinamiento porque el gobierno había hecho obligatorio su uso, incluso sabiendo que contenían imágenes con contenido sexual explícito. La exministra ha mentido. En una discusión democrática, es importante poner sobre la mesa este tipo de mentiras. En particular, esa mentira tuvo un impacto estudiado y reconocido en la votación en contra del plebiscito durante el proceso de paz.

Una educación política que defienda la democracia debe poner en discusión estos temas y reconocer que las mentiras no son opiniones. Esto no se puede matizar, y no deben aceptarse en los debates ni en los medios bajo el argumento de que forman parte del equilibrio en la información. No hay equilibrio cuando una de las partes miente. Tenemos la evidencia del proceso electoral cuando Donald Trump fue candidato: muchos medios de comunicación importantes en Estados Unidos decidieron no hacer públicas muchas de sus aseveraciones porque sabían que eran mentiras, o decidieron decir explícitamente que lo dicho por el candidato era falso. Esto forma parte de la ética de la discusión y de la construcción de un debate político. La mentira política y el negacionismo deben ser cuestionados pensando en una educación política para la democracia.

Otra cuestión que vemos hoy, tanto en clase como fuera de ella, en los medios y redes, es la confusión entre la opinión y el discurso del odio. El racismo, la homofobia o la aporofobia, entre otros ejemplos, no son opiniones, son discursos de odio. Como se mencionó ayer, tampoco es una opinión sugerir o incitar a la violación de un derecho. Es importante reiterar esto en un salón de clases: la historia como educación política debe permitir la discusión de cualquier tema, abrir el debate entre diferentes y fomentar el disenso. El profesor debe ser un mediador para incentivar conversaciones entre distintos puntos de vista. Para lograrlo, también debe tener claro que, desde el principio, debemos estar alerta y llamar la atención sobre estas prácticas, ya sea en un debate cualquiera o en una clase de historia.

Francisco Ortega

La pregunta de Sebastián sobre cómo tratar los complejos y dolorosos temas del pasado en



una clase es muy difícil. Quiero mencionar algunas ideas para animar la discusión. La primera es que, cuando estamos en un salón como historiadores con un grupo de estudiantes que se están formando, esa es una dimensión particular. Pero, como lo propone la Cátedra de Historia, si estamos frente a personas que no están en formación para ser historiadores, la relación debe ser diferente. En este caso, el ejercicio comunicativo no debe estar orientado a convencer a los estudiantes de que deben pensar como historiadores o ponerse en el lugar del historiador. El papel de la historia en la relación con lo público y con la constitución de una ciudadanía no es hacer de cada ciudadano un historiador. Eso me parece iluso y no comprende la función concreta de lo que llamamos la posibilidad de comprender la densidad histórica y actuar en función de ella, apropiándose de esa comprensión.

En segundo lugar, es muy distinto si vamos a un salón de clase a hablar sobre cualquier tipo de historia reciente y dolorosa, o si la audiencia no tiene formación en historia. Sí me parece importante familiarizar al público con lo que convierte a la historia en un saber especializado. Este es un aspecto que, en el afán comunicativo, generalmente olvidamos. La historia ocupa un lugar de autoridad y es, en muchos sentidos, donde se autorizan ciertos consensos. Por supuesto, eso no es arbitrario; tiene una serie de metodologías y procedimientos importantes para establecer distanciamiento frente a los objetos que estamos investigando. Dicho distanciamiento se realiza a través de procedimientos metodológicos que permiten cotejar si lo enunciado en la fuente es verificable o no. La familiarización con estos procedimientos es un elemento crucial. Debemos comunicar que la disciplina tiene unos procesos establecidos y busca, de manera precaria, construir una interpretación lo más adecuada posible a lo que se puede considerar una verdad, entendiendo siempre que una verdad absoluta no es alcanzable.

En tercer lugar, uno de los recursos más extraordinarios con los que contamos los historiadores, pero que quizás menos utilizamos, es el acceso a las fuentes. Estas permiten que tanto la ciudadanía como los estudiantes escuchen las voces y potencialidades del pasado. Ese es el verdadero poder de las fuentes: nos dan la posibilidad de mostrar la complejidad, riqueza y potencia del pasado. La potencia es algo que a veces se olvida. En términos del pasado, entendemos la potencia en función de los futuros que nos hace posible imaginar.

Ya se ha hablado del problema del relativismo y de la verdad absoluta. Quisiera señalar que parte de lo que el historiador puede hacer es construir un escenario en el que la diversidad de interpretaciones no caiga en la tentación de relativizar todo. No se puede discutir si las cámaras de gas existieron o no, si Auschwitz ocurrió o no, o si las masacres sucedieron o no. Ese no es el tipo de discusión en juego. Sin embargo, sí podemos entender que existen diferentes versiones de los hechos, y es importante explorar por qué esos autores tienen esas versiones y cómo se sitúan en un diálogo conflictivo con el pasado.

Finalmente, creo que el historiador debe tener claro el papel de la memoria y no confundirla con la historia. Esto es fundamental: la historia y la memoria tienen papeles, funciones y lugares diferentes. No es que una sea mejor que la otra, pero la historia no se reduce a la memoria, ni la memoria es historia. Cuando la memoria es viva, intensa o atraviesa el espacio de la comunidad con la que estamos hablando, debemos tener claridad sobre cómo esa memoria está desempeñando un papel y mediando las reacciones. Si queremos activar la sensibilidad histórica, no podemos ignorar esta dimensión de la memoria, ya que, de lo contrario, corremos el riesgo de generar rechazo.

Jamith Hernández

Como ya se ha mencionado, sigue siendo complejo abordar temas difíciles de historia pública en los salones de clase. Sin embargo, las intervenciones nos muestran un punto común: el compromiso ético que debe tener el historiador o docente en la formación política. Este compromiso implica respetar ciertos mínimos y tener un cuidado especial frente a los demás.

Resalto algo que mencionó Constanza: las mentiras no son opiniones. Esto me permite recordar discusiones previas sobre las posiciones políticamente correctas, muy comunes en los escenarios políticos o gubernamentales. Allí se adoptan posturas tibias o complacientes, que no buscan comprometerse con principios éticos fundamentales, como la verdad, el cumplimiento de promesas o el respeto a los compromisos. Este tipo de actitudes también se vincula a los retos actuales de la inteligencia artificial. Estas herramientas generan información que es valiosa para el aprendizaje y la enseñanza, pero mucha de esta debe ser verificada, contrastada o tomada con cautela, ya que puede llevar a otras interpretaciones erróneas, ser falsa o reforzar narrativas negacionistas.

Al abordar temas conflictivos o cuestionables, existen algunas características elementales que nos permiten, desde el disenso, intentar lograr algún tipo de consenso, dentro de lo posible. Estas características también son cruciales para tratar la complejidad de ciertos problemas o fenómenos. Uno de los primeros retos de la historia es lograr que sea entendida. Muchos de nuestros estudiantes, o personas con las que nos relacionamos, conciben la historia como algo aburrido o poco atractivo. No obstante, desconocen que cada persona, de una u otra forma, realiza un ejercicio tanto político como histórico.

En segundo lugar, estos espacios deben ser abordados desde el respeto, la ética y el cuidado, reconociendo que la diversidad con la que convivimos debe ser protegida, reduciendo al mínimo la revictimización que podría generar el tratamiento de estos temas tan complejos. En el ámbito del reconocimiento de las diferencias, se debe evitar la censura, un tema que también se ha tocado en este foro. En ocasiones, ocurre que alguien se excusa en su posición para evitar que otra persona pueda expresarse. La censura también está condicionada a respetar ciertos mínimos que nos permitan evitar el negacionismo y las mentiras, favoreciendo la deliberación. Esos mínimos son los derechos humanos y la dignidad inherente a lo humano.

Adicionalmente, es fundamental que en los espacios de formación se reconozca el daño ocasionado. Si hablamos de ejecuciones extrajudiciales o de temas polémicos como la despenalización del aborto o la autonomía en las maternidades, se debe tener la conciencia de que estos temas deben ser discutidos en cualquier sociedad democrática. Sin embargo, es necesario contar con espacios de deliberación que incluyan tanto a quienes han causado un daño como a quienes han sido sus víctimas. Solo así podemos contribuir a la restauración del tejido social y a la dignidad individual.

Por último, en la enseñanza de la historia pública, es crucial salir de las aulas y entrar en contacto directo con los actores de los cuales estamos aprendiendo y enseñando. Visitar museos, centros de víctimas e intercambiar experiencias con víctimas y victimarios son prácticas fundamentales. Algunos escenarios ya se están dando y varias instituciones los garantizan, permitiéndonos comprender de manera más profunda lo que ha sucedido.



Para finalizar el panel, quiero formular una pregunta adicional sobre los proyectos que estamos liderando. Tenemos claro que estamos haciendo historia pública, pero ¿podemos preguntarnos si, a través de estos proyectos, también hemos estado haciendo educación política?

En el Departamento del Tolima, y específicamente en Ibagué, su capital, encontramos una ciudadanía que podríamos caracterizar desde lo político y cultural como conservadora. No me refiero solo a la filiación partidista, sino a los valores, las formas de pensar y las tradiciones culturales y políticas. El abordaje de proyectos sobre temas como el conflicto armado, la construcción de paz, el estallido social y las movilizaciones de 2021, o incluso el proyecto que estamos desarrollando sobre la economía del cuidado, nos permite encontrarnos en escenarios académicos y sociales en interacción con una ciudadanía cuyas posiciones, a menudo, entran en conflicto con lo que encontramos en la teoría sobre lo político y la historia pública.

Por ejemplo, en el proyecto sobre economía del cuidado, nos encontramos con relatos de mujeres que normalizan situaciones de maltrato psicológico y económico, porque es lo que han vivido y reproducen con sus hijos e hijas. Debemos entender cómo la política pública que se está actualizando en el municipio aborda la economía del cuidado desde la institucionalidad, que sigue viendo esta responsabilidad como algo que recae principalmente en las mujeres cuidadoras, favoreciendo implícitamente al hombre. Con este ejemplo local, quiero mostrar uno de los retos de cómo la educación política nos invita a seguir trabajando y conversando sobre los escenarios teóricos de la historia.

Francisco Ortega

Sí, la historia pública es, en efecto, una preocupación fundamental para gran parte de nuestra generación. La cuestión central radica en cómo trasladar estas reflexiones, cuestionamientos y nuevas investigaciones a un escenario de discusión pública donde la ciudadanía tenga las herramientas necesarias para apropiarse de ellas y construir sus propios relatos y formas de comprensión. Quiero mencionar tres proyectos como ejemplos de distintas maneras de intervención. Es importante señalar que, en la mayoría de los casos, no están vinculados al conflicto armado en el sentido estricto, sino que ofrecen una mirada más amplia sobre el país.

La primera experiencia tiene que ver con una curaduría que coordiné en el Museo Nacional en 2019, titulada *“1819, un año significativo”*. Buscamos en archivos diversas voces y las restituimos. ¿Por qué es historia pública? Lo que intentamos hacer fue permitir que los visitantes de la sala del Museo Nacional encontraran, junto a la interacción que establecían con la amplia heterogeneidad de voces de 1819, no una respuesta definitiva sobre lo que hoy llamamos la independencia, sino más bien recuperar cuál era el destino de esos actores. En la mayoría de los casos, ese destino tenía muy poco que ver con lo que hoy entendemos por independencia como algo concluido, claro y definido. Fue una intervención en la narrativa pública que tradicionalmente presenta la independencia como un proceso ya terminado.

La intención era dar cuenta del destino o problema de estos actores, para restituir un horizonte de complejidad completamente diferente. Al final, invitábamos a los visitantes a reflexionar sobre cuál era el problema al que se enfrentaban ellos mismos, en su contexto.

La segunda experiencia también está relacionada con curadurías vinculadas a la ciudadanía. Consistió en restituir diversos documentos en la Biblioteca Virtual Colombiana. El objetivo era

escenificar diferentes problemas contemporáneos a través de las investigaciones y ciencias humanas. En este caso, insisto en que la naturaleza política de la historia no tiene que ver necesariamente con el conflicto armado en sí, sino con la propia esencia de la historia. El verdadero desafío, cuando abordamos temas de agravio reciente y doloroso, es que corren el riesgo de ser politizados, más allá de su naturaleza política. La intervención pública sagaz es aquella que logra potenciar la dimensión política de estos temas sin caer en una narrativa politizada.

Finalmente, la experiencia que quizá tenga un diálogo más potente fue la curaduría en el Banco de la República, titulada *“Sanadurias: mediaciones para tejer sentidos plurales de la paz”*, realizada en colaboración con el Centro de Pensamiento *Plurizar la Paz* y el Centro de Educación Política. En este proyecto, trabajamos con cinco comunidades del país: cuatro comunidades indígenas y una comunidad de desplazados afectados por la violencia. A partir de sus propias formas de construir y comprender lo que llamamos paz, buscamos generar una gramática alternativa sobre la paz, la convivencia, el reconocimiento, la inclusión y la deliberación crítica. Todo ello se extrajo de las experiencias locales, con el propósito de cuestionar las visiones más comunes.

Este fue un trabajo de cuatro años que propició muchos diálogos, algunos de ellos conflictivos y polémicos, pero que resultaron constructivos, ya que nos permitieron hacer una apuesta conjunta. Hace poco se habló en este foro sobre la posibilidad de la conversación *micro* y cómo esta puede intervenir en la conversación macro nacional. Creo que el secreto de esta exitosa exposición radica en la restitución de microescenarios que, aunque no tienen resonancia a nivel nacional, resultan poderosos por lo que dicen sobre sus violencias locales y por lo que aportan como instrumentos para imaginar futuros diferentes. En ese sentido, la historia pública tiene una dimensión enorme y una capacidad de trastocarnos, de abrir diálogos, de sensibilizar. Quien entre en diálogo con este tipo de proyectos adquiere una nueva dimensión de su propia historia y de la historia que se está construyendo. No se trata simplemente de una historia enunciada o politizada de manera instrumental, sino de una historia que invita a la reflexión profunda.

Sebastián Vargas: También quiero referirme a algunas experiencias. Pensé que Francisco iba a mencionar el proyecto del Bicentenario. Fue un proyecto muy interesante porque los departamentos de Historia de las universidades Nacional, Los Andes y El Rosario trabajamos en conjunto con nuestros estudiantes y con el periódico *El Tiempo*. Sabemos que, al hablar de esfera pública, la prensa escrita sigue siendo un elemento dinamizador fundamental de la opinión pública. En 2019, realizamos un trabajo con nuestros estudiantes para, a través de una serie de entregas mensuales, abordar el Bicentenario de la Batalla de Boyacá, poniendo en evidencia la importancia política de la independencia y las promesas aún por cumplir. Estaba dirigido a un público amplio y no especializado. Fue un trabajo muy enriquecedor que involucró tanto a la universidad pública como privada, a estudiantes de pregrado y posgrado, y a profesores. Nos permitió mostrar cómo los historiadores y las historiadoras trabajamos con el periódico, aprendiendo a escribir de manera diferente para otro tipo de público. El proyecto se compiló en un libro con infografías, ilustraciones y mapas. Es una coedición muy atractiva titulada *“Cómo nació Colombia”*.

Desde que empecé a estudiar historia e hice mi tesis de pregrado, me ha interesado el tema de cómo hacer historia fuera del ámbito académico, en dinámicas que no solo busquen divul-



gar la historia, sino también en investigaciones colaborativas con diferentes actores sociales. Por ejemplo, trabajé con Bibliored, la red de bibliotecas públicas de Bogotá, ofreciendo talleres también en 2019 sobre el Bicentenario. Desde mis años como estudiante, junto a mis colegas, conformamos el colectivo *“Memoria en Movimiento”*, un grupo de historiadores y artistas que realizábamos intervenciones de memoria en el espacio público durante los años 2008 y 2009. Siempre he tenido la inquietud de ser un historiador riguroso en el ámbito académico, pero que mi trabajo y mi intervención como historiador no se limiten a ser profesor o a la investigación especializada.

En los últimos siete años, desde que terminé mi doctorado en México y regresé a Colombia, me he dedicado a estudiar el tema de los monumentos y las disputas por la memoria en el espacio público. De este trabajo han surgido varios libros, tanto míos como colectivos. A raíz de esto, he participado en muchos foros y diálogos sobre el derribo y la resignificación de monumentos en el contexto de manifestaciones y protestas sociales, particularmente en el Paro Nacional de Colombia. Este tema está relacionado con el proyecto de investigación que planeo a futuro: la historización de diferentes prácticas públicas de la historia en Colombia, una especie de genealogías de la historia pública en el país.

También, tratando de trascender los límites de la historiografía de las ciencias sociales, que suelen estar constreñidos al ámbito nacional, estamos trabajando en la constitución de la Red Latinoamericana de Historia Pública con algunos colegas de Brasil, Ecuador y Argentina. Además, tendremos un diálogo con colegas de África, tanto del Magreb como de la región subsahariana, en el próximo encuentro de la Federación Internacional de Historia Pública, para reflexionar sobre la constitución de las historias públicas del sur global. Este es un campo historiográfico en el que todavía predomina mucho la perspectiva anglosajona de la *Public History* y en el que no se problematizan las realidades de contextos como el de América Latina o África.

Lo importante de estos ejemplos es observar cómo, desde archivos, museos, escuelas, espacios públicos y diversas regiones, hemos intentado llevar a cabo estos proyectos. Es fundamental resaltar el papel que han jugado los departamentos de Historia de la Universidad Nacional, los Andes, el Rosario y la Javeriana. Un paso siguiente es fortalecer las relaciones con las universidades en las regiones, ya que, quizás, hemos centrado demasiado nuestra atención en los colegas que trabajamos estos temas en Bogotá.

Considero que la historia pública es, en cierto modo, educación política o, al menos, tiene un vínculo muy estrecho con los procesos de fortalecimiento de la pluralidad y la democracia. Es crucial seguir trabajando en esa línea, acompañados de una autorreflexividad sobre nuestro oficio, pensando cuidadosamente sobre cuál es nuestra incidencia, especialmente en el espacio público. La historia pública, más allá de ser una especialización dentro de la historiografía, es la sensibilidad, la autorreflexividad, la conciencia y la actitud ante la importancia de nuestra labor como historiadores en el presente. En este sentido, cualquiera puede hacer historia pública, no importa si su interés se centra más en el Siglo XX, la historia económica, o cualquier otro campo. Lo importante es cómo ese conocimiento puede incidir en nuestra sociedad, especialmente en los debates políticos y públicos que son relevantes en el presente.

Constanza Castro: Coincido con mis colegas. Para mí, la historia pública es educación política. Yo hago investigación sobre el Siglo XIX, su historia política, me acerco un poco a la historia

económica y la historia del capitalismo. Pero lo que más me interesa es la historia pública. Durante el plebiscito por la paz, junto a dos colegas del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Catalina Muñoz y Ana Otero, creamos un semillero llamado “*Historias para lo que viene*”. Desde entonces, el semillero ha funcionado con varias líneas de acción. Una de ellas es “*clase a la calle*”, otra consiste en la realización de podcasts colaborativos con comunidades en diversas regiones del país. Además, coordino un proyecto desde sus inicios titulado “Historia entre todos”, el cual se enfoca en entender la historia como educación política y como pedagogía para la paz.

Antes de la pandemia, con este mismo grupo, trabajamos con comunidades interesadas en fomentar proyectos educativos y de historia en Tumaco, en las zonas veredales de reserva campesina de El Pato-Balsillas en el Caguán. También hemos trabajado en zonas veredales de transición en Guaviare y César, y de manera continua en las bibliotecas públicas de Bogotá con el apoyo de Bibliored. Como mencionaba Francisco, estos debates son muy complejos. Los debates que organizamos en las bibliotecas públicas convocaban a mucha gente. En ocasiones, tuvimos una asistencia de más de 100 personas en un sábado por la mañana para discutir sobre historia. Abordábamos temas que conectaban el pasado con el presente, porque, como dijo Sebastián, lo que nos interesa en la historia pública es pensar en el presente.

Estos debates son difíciles, ya que reúnen a personas con diferentes convicciones y visiones de la vida, pero son sumamente enriquecedores. Son parte de un proceso de educación política más amplio, en el que nosotros también nos formamos como historiadores. Debemos aprender a comunicarnos de maneras distintas y transformar un lenguaje que, en ocasiones, puede resultar acartonado y críptico.

Durante la pandemia, trabajamos con la Coordinación de Pedagogía de la Comisión de la Verdad, con el mismo grupo de jóvenes estudiantes, egresados y profesores de diversas universidades. Nuestra tarea consistió en diseñar y llevar a cabo laboratorios de co-creación de herramientas pedagógicas para la apropiación de la verdad. Este trabajo se desarrolló con varios profesores en distintas regiones del país. También organizamos la Cátedra de Paz “*Para qué la verdad*”, en la que participaron más de 80 panelistas, incluyendo académicos, políticos, excombatientes de las autodefensas, las FARC, el M-19, artistas, candidatos presidenciales, miembros de comunidades organizadas en diferentes regiones del país, entre otros. Fue un proceso formativo muy valioso tanto para el público que nos acompañó como para quienes organizamos el evento.

También creo que la historia pública está vinculada a la participación de los historiadores en el debate público. La historia debe ser parte del debate público, y los elementos que aporta la historia pueden enriquecerlo significativamente. He publicado algunos artículos en medios de comunicación y prensa, participando en discusiones con otros historiadores sobre temas de coyuntura. Hace un par de años, conversé con historiadores y profesores de universidades de Estados Unidos sobre la posibilidad de abordar el tema del fascismo en Colombia. Fue un artículo importante, con amplia difusión, ya que se trató de una discusión rigurosa entre historiadores sobre un concepto clave. También mantuvimos una conversación sobre la clase media y la derechización de los sectores medios en la política, un tema ampliamente argumentado con quienes han trabajado este asunto durante años.



Lo que más me importa es comprender el impacto de la historia en el presente y cómo esta nos ayuda a entender el presente. Insisto, la historia pública es educación política, porque se entiende como un trabajo de co-creación que cuestiona las relaciones de poder en la historia, revitaliza el trabajo colectivo y concibe el pensamiento histórico como un fundamento de la acción política. Este enfoque permite rescatar contramemorias, formas distintas de existir y ver el mundo, así como diversas maneras de entender el pasado. Todo esto enriquece el debate público y, sin duda, constituye una formación política.

La pregunta final es: ¿consideramos que la historia es importante para el futuro de la democracia?

Francisco Ortega

Tengo dos o tres razones por las cuales considero que la historia es fundamental para pensar la democracia. En primer lugar, la historia es la forma en que recuperamos o restituimos los problemas que históricamente nos han constituido. Es imposible comprender nuestros problemas y retos no porque hayan ocurrido otras cosas en el pasado en una dimensión ajena, sino porque aquello que ocurrió nos constituye en el presente. Los problemas que enfrentamos hoy se definen desde allí. Sin una densidad histórica, perdemos no solo la capacidad de análisis, sino también la capacidad de imaginación.

En segundo lugar, lo que me parece más ajeno al trabajo y a la posición de un historiador es lo que llamaría una postura dogmática, es decir, una postura comprometida y politizada exclusivamente. La historia, en su esencia, consiste en restituir la heterogeneidad, la diversidad, aquello que ha sido excluido pero que, sin embargo, nos constituye. Restituir un relato histórico es restituir una pluralidad de voces que han existido y que, en su potencialidad, pueden desafiar una visión única y autoritaria.

En tercer lugar, recuperar los *pasados posibles* que nos ocurren es una forma de imaginación política absolutamente esencial. Esos pasados posibles, aunque hayan quedado por fuera del relato dominante, nos proporcionan recursos para pensar y encontrar futuros diferentes a los que están programados en el libreto social más visible y legítimo. Finalmente, conocer esos recursos, que han sido utilizados a lo largo de la historia de nuestras comunidades, es lo que nos permite responder al futuro con nuestras propias herramientas.

Estos elementos son razones suficientes para entender que una sociedad sin historia está condenada a repetirse por cien años.

Constanza Castro

Presento una pregunta del público, formulada por José Ineldo: ¿Cómo podrían aquellos que más conocen de historia política utilizarla de manera ética, sin acomodarse a ninguna ideología en beneficio propio, sino buscando siempre el bienestar y el proceso de la sociedad?

Francisco Ortega

No podemos controlar a los otros actores, pero sí podemos fortalecer la conciencia de que existen ciertos protocolos y formas. Es importante distinguir entre un conocimiento organizado, que sigue procedimientos establecidos, y la disputa o discusión histórica, que son dos cosas diferentes. Ambas son necesarias, pero es fundamental reconocer que hay marcos dentro de los cuales ciertos debates son legítimos y otros no lo son. La relativización, el “todo vale”, no es lo correcto.

Nos encontramos en un momento crítico en el país, en el que las ciencias sociales y humanas están pasando a un segundo plano. Cada vez tienen menos relevancia, y se presentan argumentos en contra de su importancia y centralidad dentro de la educación. Creo que, en la medida en que perdemos este espacio, se debilita nuestra capacidad de discernir cuándo alguien está apropiándose de la historia para su instrumentalización política y fines demagógicos, y cuándo, por el contrario, estamos enriqueciéndonos a través de la discusión sobre problemas más complejos.

Constanza Castro: De acuerdo. Quisiera añadir que debemos tener cuidado con la tensión entre censurar aquella historia que contribuye a consolidar el poder hegemónico, es decir, la que apoya proyectos políticos particulares, y abrir la posibilidad de múltiples voces en la construcción del pasado. No puede existir una sola voz, ni aquella dictada por el poder político. Este principio aplica tanto para la historia como para las iniciativas de memoria. Hemos sido testigos de los debates y disputas que surgen alrededor del Centro Nacional de Memoria Histórica y otras instituciones que buscan reconstruir la memoria colectiva.

Como ya hemos señalado, este es un campo en disputa. Existen muchas voces que deben intervenir, y lo esencial es cuestionar constantemente las ideas fijas, aquellas que se presentan como “la verdad”. El pasado no es algo indisputable; estamos en un proceso continuo de reconstrucción e interpretación. Por ello, es crucial que participemos activamente en ese debate.

MESA

Más allá de la apatía: la participación juvenil en la democracia actual

Valentina Corradine

Estudiante avanzada de Filosofía
Universidad Nacional de Colombia
- *Moderadora*

Natalia Bernal

Estudiante
Colegio Cerca de Piedra, Chía-Cundinamarca

Kimberly Nibiayo

Cabildo Muisca de Suba
Estudiante de Sociología
Universidad Nacional de Colombia

Mauricio Molano

Estudiante
Colegio Puente Amarillo, Restrepo-Meta

Mateo Méndez

Estudiante de Diseño Industrial
Universidad Nacional de Colombia
- *Panelistas*

Valentina Corradine

Aristóteles decía que los jóvenes tienen un ardor y un vigor que los hace especialmente adecuados para enfrentar los problemas políticos. Básicamente, la juventud juega un rol primordial en la consolidación de cualquier sistema político; sin embargo, son pocas las veces en las que su participación es reconocida y visibilizada como capaz de entretener y aportar.

Queremos que esta mesa sea el espacio para reflexionar tanto sobre el rol que juega la juventud en la democracia como sobre los desafíos, responsabilidades y factores distintivos que pueden contribuir a esclarecer la encrucijada en la que nos encontramos. Antes de dar la palabra a las y los panelistas invitados, es importante aclarar que las preguntas y objetivos de esta mesa fueron el resultado de un trabajo conjunto con mis colegas del Centro: Sara Idárraga y Diego Puerto, los tres miembros más jóvenes de la institución.

Dicho esto, comencemos con la presentación de las y los panelistas de la mesa.

Natalia Bernal

Vengo del grado 10-3 del Colegio Cerca de Piedra, hago énfasis técnico en música.

Mauricio Molano

Hago parte del grado 11-3 del Colegio Puente Amarillo, en académica con énfasis en formación política y ciudadana.

Kimberly Nibiayo

(Saludo en Muyscubun) Buenas tardes para todos y todas. Soy mujer muisca nativa de Suba y estudiante de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Mateo Méndez

Soy estudiante de Diseño Industrial de la Universidad Nacional. Hago parte de la representación estudiantil de mi programa y soy miembro activo del movimiento estudiantil.

Valentina Corradine

Gracias. Consideramos que la participación de estos jóvenes es esencial en esta mesa porque cada uno de ellos forma parte de distintos procesos que hemos desarrollado desde el Centro para la Educación Política. Mauricio y Natalia integran dos colegios que forman parte de la Red Nacional de Educación Política. Kimberly es miembro de la comunidad muisca de Suba, con la que hemos colaborado durante algunos años en el LAB-Suba. Mateo Méndez forma parte del equipo de estudiantes del proyecto Edupolis, que desarrollamos en el Centro junto a la Universidad Nacional y la Universidad del Rosario.

Consideramos que cada uno tiene una perspectiva muy rica y vigorosa que aportar en esta mesa. Como mencioné, las preguntas y objetivos de este espacio los desarrollamos junto a mis compañeros. Trabajamos en un paso a paso de tres puntos. Primero, consideramos importante identificar los desafíos de la juventud. Luego, reconocimos la importancia de destacar sus capacidades. Finalmente, reivindicamos sus conocimientos y experiencias. Procederemos por grupos de preguntas, dándole la palabra a cada uno.



De acuerdo con el primer paso, que consiste en identificar y analizar los principales desafíos que enfrentan las y los jóvenes en su proceso de formación política, con el fin de promover soluciones y estrategias que mejoren su participación y conocimiento en este ámbito, nos preguntamos: ¿Cuáles son los desafíos específicos que perciben las y los jóvenes en su formación política? ¿Cómo estos afectan su participación y desarrollo dentro del ámbito político?

Mauricio Molano

Como estudiante en modalidad de media técnica con formación política ciudadana, veo varios desafíos específicos en nuestra formación política. Primero, como jóvenes, tenemos desconfianza en muchos partidos políticos porque buscamos alternativas de participación. Aún persisten estigmas sobre nosotros, y nos estamos absteniendo de votar. Según datos del DANE, en 2020, de los 8 millones de jóvenes habilitados para votar, solo 3 millones lo hicieron.

En cuanto a la violencia y el miedo, aún existe una cultura de temor en la que, si decidimos participar en la política y no pertenecemos a los grupos tradicionales, podemos ser blanco de atentados contra nuestras vidas o recibir amenazas contra nosotros y nuestras familias. En el colegio también enfrentamos la dificultad de acceder a información política confiable y objetiva. Es un entorno lleno de noticias y opiniones, lo que dificulta saber cuáles son las fuentes creíbles. Además, a veces nos encontramos con la falta de un debate abierto y respetuoso en los espacios políticos. Como jóvenes, nos faltan espacios de participación, ya que se nos tacha de ser solo actores de protesta, pero sin trascender a algo más grande. Sabemos que contamos con el Consejo de Juventudes, pero como jóvenes, no estamos saliendo a votar ni participando activamente en la política de nuestro país.

Kimberly Nibiayo: Agradezco el espacio y la invitación. En línea con el tema de la educación política y la participación en la formación política juvenil, qué mejor que invitar a jóvenes como nosotros.

En respuesta a la pregunta, comienzo aludiendo a una cita de Antonio Gramsci, quien afirma que: “La política es actuar para transformar el mundo”. Bajo esta premisa, voy a esbozar algunos puntos que considero son los retos que enfrentamos los jóvenes en nuestra educación y participación política. En primer lugar, es indispensable que las necesidades básicas estén cubiertas para poder pensar más allá de la supervivencia. Si los jóvenes estamos pensando en cómo conseguir el pasaje para ir a estudiar o en qué vamos a desayunar, es muy difícil que podamos tener un accionar político.

En segundo lugar, debemos aprender a confiar en nuestro propio criterio y en nuestra capacidad para construir desde nuestros propios saberes. Debemos entender que cada lugar de enunciación tiene algo que aportar a la construcción de la sociedad, tanto desde lo técnico en las diferentes áreas de conocimiento, como desde las distintas territorialidades e identidades en general.

El tercer desafío que considero es el de adquirir credibilidad de los mayores. A lo largo de este foro me referiré a los mayores como personas con mayor sabiduría y edad, porque así es como los denominamos en mi comunidad, y es a lo que le hago honor.

El cuarto desafío es el del llamado “generacional” o mejor dicho, el diálogo entre generaciones. Esto nos permitiría tanto aumentar la participación política de los jóvenes, como armo-

nizar la visión de desarrollo que tenemos los diferentes sectores sociales, en este caso, los distintos rangos etarios.

El quinto desafío es crear, mantener y asistir a espacios de educación política. Espacios interculturales, intergeneracionales e interdisciplinarios. Con esto hago alusión específicamente al diálogo de saberes. Es importante que desde las familias, primera institución de la sociedad, colegios y universidades quede claro cómo funciona la división de poderes, cómo funciona la democracia contemporánea, cómo podemos participar en ella y qué es lo que ha llevado a que existan las crisis que se han mencionado en este foro.

El sexto desafío es crear y promover espacios de participación política. En el punto anterior me refería a los espacios de educación, y en este me refiero a aquellos en los que podemos accionar y ejecutar esa educación política. Uno de los ejemplos es el que acaba de mencionar Mauricio: los Consejos de Juventud. No obstante, es necesario pensar en estrategias innovadoras donde la participación tenga mayor incidencia y los jóvenes sintamos que no solo hay voz, sino que también hay voto.

El séptimo y último desafío es reconocernos, las juventudes, no solo como espectadores de nuestra realidad, sino como sujetos con capacidad de agencia. Es decir, reconocer que somos capaces de incidir en nuestra cotidianidad más inmediata, pero también en las distintas coyunturas en nuestros hogares, barrios y ciudades; así como en los asuntos de orden nacional e internacional. Escucharnos, organizarnos, informarnos y trabajar en tejer nuestro propio criterio es fundamental para actuar colectivamente desde la ternura, reconociendo la necesidad de cambio, y así poder ir más allá de la apatía.

Mateo Méndez

Yo identifico un desafío que es el resultado de muchos otros factores: el desinterés en la juventud. Me parece que este es un punto de partida que se debe analizar. Uno de los factores que alimenta el desinterés es el panorama de un país tan complejo como el nuestro. El ambiente o los escenarios políticos pueden resultar muy hostiles para las personas. Conecto esto con lo que decía Mauricio sobre la cultura del miedo, que puede generar un rechazo total a los espacios políticos.

El desinterés no solo se manifiesta en relación con la política en general, sino también con la formación política y sus espacios. No solo proviene del rechazo a la hostilidad o de la cultura del miedo, sino también del desconocimiento. Cuando alguien se siente ignorante frente a algo, prefiere evitarlo. En el caso de la política, es muy difícil encontrar herramientas de aprendizaje que inviten a salir de ese desconocimiento. Al menos en mi caso, he identificado esta dificultad. Esto genera que los espacios de discusión política sean cooptados por las personas que tienen un mayor bagaje en estos temas y escenarios.

Esto afecta la participación, ya que las personas que no tienen la capacidad o el conocimiento para formarse, muchas veces son parte de los espacios políticos solo como espectadores. Este es otro desafío: muchas personas participan en los espacios políticos solo como observadores. Esto es grave porque, debido al imaginario de la propia supuesta ignorancia frente a ciertos temas, las personas se cohiben de compartir sus opiniones y saberes, como mencionaba Kimberly, que pueden ser valiosos. Todos tenemos saberes y conocimientos propios que



pueden pasar desapercibidos porque nos sentimos impedidos para participar en un espacio político debido a la falta de formación.

Natalia Bernal

Comparto con Mateo el tema del desinterés. Cuando lo presentamos o decimos que no nos involucramos en estos temas, muchas veces los adultos no toman en cuenta nuestras opiniones, pensando que, por ser jóvenes, no podemos tener la razón o estar interesados en política. También ocurre que en los colegios, como en este, no nos enseñan directamente Ciencias Políticas, sino solo de manera superficial en la asignatura de Sociales. Por ello, muchas veces se presenta una falta de interés y conocimiento.

Valentina Corradine

Al interior de sus intervenciones, cada quien menciona puntos clave para entender estos macro-desafíos. Por un lado, debido a factores estructurales, como el contexto que impide dar las condiciones básicas para que los y las estudiantes puedan participar en otros escenarios, y la falta de creencia en la capacidad de la juventud para participar y generar nuevos espacios.

Además, existen factores que llamaría privados o individuales, como la falta de autoconfianza y credibilidad sobre los propios conocimientos, habilidades y experiencias que cada quien, como joven, ha podido recoger a lo largo de sus vivencias. También mencionaban un punto que da pie a las siguientes preguntas, y lo formulo como hipótesis: no creo que esto surja de la nada ni que no tenga una causa específica; más bien, es consecuencia de la falta de escucha activa y respetuosa por parte de distintos sectores e individuos. Cuando la juventud se enfrenta a esta falta de escucha, puede llevarla a dejar de creer en su capacidad de incidir.

Siendo así, paso a preguntarles: ¿cuáles consideran que son los elementos más importantes para entender esa crisis democrática en la que se puede enmarcar esta falta de escucha activa y respetuosa de distintas perspectivas? ¿Cuáles son los imaginarios y críticas que la juventud tiene hacia la situación actual de la democracia? Teniendo en cuenta este amplio contexto, donde no solo somos responsables, sino también víctimas de un contexto, como ustedes lo mencionaban.

Mateo Méndez

Primero, planteo un dilema respecto al ejercicio de la democracia y su práctica. En esencia, la democracia es la participación de las mayorías o del pueblo, como queramos llamarlo. No obstante, cuando se habla de mayorías, generalmente existen minorías que pueden ser personas con un gran poder de opinión o influencia. En Colombia, por ejemplo, estas minorías están representadas por el Senado y la Cámara.

Son personas elegidas por ciertas mayorías, pero una vez alcanzan los cargos de representación a nombre de determinadas comunidades, gremios o grupos, la democracia en la práctica disminuye. Esto ocurre porque la opinión e ideología de un individuo, que tiene voz y voto en espacios decisorios de gran impacto, entra en conflicto con los intereses de las mayorías. Así, teniendo en cuenta que ya poseen mayor poder de opinión, el voto puede terminar violentando el ejercicio democrático.

Hay escenarios aún más problemáticos en los que estas personas elegidas, encargadas de operativizar las discusiones (porque esa es la excusa para condensar la participación), terminan introduciendo intereses personales en las dinámicas democráticas. Es en estos momentos cuando la participación de las mayorías empieza a ser problemática para estas personas. De esta forma, y gracias al poder que el voto popular depositó en ellos, se empeñan en limitar y degradar los ejercicios y el derecho a la democracia de las personas que no tienen la misma capacidad de decidir y opinar.

Respecto a la juventud, mi mayor crítica es que exista un imaginario por parte de las personas adultas o mayores. Lo vinculo con lo que dijo Kimberly sobre aprender de las sabidurías que tienen los mayores. En mi crítica, el imaginario de los adultos es que los jóvenes somos sumamente emocionales, y eso generalmente nos hace incapaces o ignorantes para participar en escenarios políticos. Es cierto que los jóvenes somos eufóricos, rebeldes, y en algunos casos más rebeldes de lo que a los adultos les gustaría, pero esto es sumamente valioso para los escenarios políticos. La política, indirectamente, ha planteado que se debe pensar separado del sentir, y este, en mi opinión, es un enfoque erróneo. Las emociones son sumamente políticas, y no puede haber una escucha colectiva auténtica sin tener en cuenta las emociones, dentro de las cuales una es fundamental: la empatía.

Valentina Corradine

Es interesante lo que mencionas, porque en el Centro estamos trabajando una línea investigativa en torno a las emociones políticas y públicas. Ya podremos hablar de eso más adelante.

Kimberly Nibiayo

Uno de los elementos más importantes para entender la crisis democrática es la pérdida de confianza en la democracia, en las instituciones que la representan y en ciertos actores sociales. De hecho, la democracia es constantemente puesta en tela de juicio por quienes han participado o participan en roles electivos o como candidatos. Así, vemos que, a pesar de entrar en el juego democrático, la postura que se asume es la siguiente: si no gano, es porque la democracia no funciona; pero si gano, es porque la democracia funciona perfectamente.

Por otro lado, tenemos las noticias que, en tiempos electorales, muestran la quema o compra de votos, irregularidades en los conteos y, lo más grave, la violencia en todas sus formas ejercida contra quien no piensa igual o no vota como yo. En este punto, tenemos una historia de larga data en Colombia que aún persiste. Por supuesto, todos estos fenómenos propios de una democracia en crisis dificultan, y en ciertos casos imposibilitan, la participación política de quienes sí estamos interesados. Para quienes no sienten ese interés, todo lo que mencioné resulta profundamente repelente y difícil de comprender.

Sin embargo, no creo que esta sensación generalizada de que a los jóvenes no nos interesa la política sea cierta. Creo que más bien se trata de cómo entendemos la política, y por eso comencé mi primera intervención con la cita de Gramsci. Si entendemos la política como actuar para transformar el mundo, todos tenemos acciones políticas en nuestra cotidianidad. Mis colegas jóvenes en la universidad, en el cabildo y en otros espacios, cuando empezamos a confeccionar nuestras propias prendas, estamos haciendo un acto político; ser más conscientes con nuestros consumos, ética y ambientalmente, también es un acto político, entre otros.



Otro elemento para entender la crisis democrática es la asociación con la corrupción. Lo escuchamos continuamente y estamos bombardeados con noticias y redes sobre el tema. Sabemos que la política ha sido fuertemente marcada por los escándalos de corrupción.

El tercer punto para entender esta crisis política sería la polarización. La describo como el actuar desde el extremismo ideológico, lo cual impide seguir construyendo pensamiento crítico. Considerarnos poseedores de una verdad única e irrefutable nos pone en una situación en la que no cabe siquiera la posibilidad de participar en un diálogo. Como expuso Estanislao Zuleta, ya citado por el profesor Alexis: “la democracia es modestia, disposición a cambiar, disposición a la reflexión autocrítica, disposición a oír al otro seriamente”. Sin estos principios no hay democracia, o si estos principios tambalean, la democracia tambalea también. Aquí radica el peligro de percibir que determinados actores políticos, discursivamente, se hacen acreedores de la verdad única e irrefutable, lo que es responsable de una crisis democrática.

Por último, a propósito de los imaginarios y críticas de la juventud hacia la situación actual de la democracia, está el elitismo: la barrera o burbuja en la participación política, donde, por ejemplo, la participación (para hablar desde el lugar en el que me sitúo) aún es muy reducida, mucho más si hablamos desde la juventud indígena. No obstante, este fenómeno también se presenta en otros campos, como en la educación superior, y se nota con otras comunidades como las negritudes, la población LGBTIQ+, el campesinado, etc.

Si sobre la mesa no estamos las diversidades, no estamos hablando de una discusión realmente democrática. Una ejecución eficiente de la democracia debe tener como propósito democratizar la educación y hacer efectiva la participación de las diversidades.

Valentina Corradine

Como se mencionaba en la primera pregunta, varios de ustedes destacaban que lo que tal vez nos interpela como juventud es aquella polarización tradicional de la política, en la que ciertos grupos minoritarios se apropian de los escenarios, las herramientas de formación y la palabra, construyendo barreras que imposibilitan que las juventudes diversas formen parte de ese proceso. Es decir, no solo que lleguen a él, sino que también puedan contribuir a la construcción misma del proceso.

Mauricio Molano

Para comprender los elementos más importantes de esta crisis democrática, debemos considerar la violencia histórica y el conflicto armado. Muchos de los procesos democráticos han sido permeados por esta violencia que el país ha enfrentado durante décadas. Además, la desigualdad social y económica que Colombia ha sufrido, y sigue sufriendo, es un factor clave.

La educación en Colombia está más orientada a mantener el estatus quo que a fomentar el pensamiento crítico. Los jóvenes egresan de los colegios y universidades con numerosos títulos, pero sin herramientas suficientes para cuestionar el sistema. También está presente la indiferencia de la sociedad civil: la gente se queja, pero cuando llega el momento de salir a las calles o de votar, prefiere quedarse viendo telenovelas. Esa apatía es un veneno para la democracia.

Otro aspecto relevante es el clientelismo, un monstruo que parece inofensivo pero que devora la meritocracia. Muchos cargos públicos se reparten como si fueran dulces en una fiesta, lo que dificulta que personas realmente capacitadas y comprometidas con el servicio público lleguen a esos puestos. Finalmente, tenemos la dependencia económica de los intereses extranjeros. Colombia no es una democracia plena mientras siga siendo una marioneta de poderes externos que imponen agendas a través de tratados y acuerdos que solo benefician a unos pocos.

Respecto de las críticas de los jóvenes colombianos, destaca el deseo de una democracia más inclusiva, transparente y efectiva. Buscamos un sistema que garantice nuestros derechos y oportunidades, que luche contra la desigualdad y la corrupción. Estos imaginarios y críticas son esenciales para comprender las expectativas y demandas de la juventud en el contexto de la crisis democrática en Colombia.

Valentina Corradine

Gracias, Mauricio. Lo que nos mencionas se contrapone con intervenciones anteriores. Por un lado, nos comentas que como estudiantes nos graduamos con un título que no nos provee las herramientas necesarias para participar en la política. Pero, por otro lado, tenemos el comentario de que, a pesar de esto, sí logramos hacer y participar en la política en escenarios locales de expresión. Sin embargo, se presenta otro problema: la falta de reconocimiento de esos escenarios locales y las prácticas que asumimos como juventud para ser parte de estos nuevos ejercicios políticos.

Vemos cómo se va haciendo cada vez más complejo el panorama, que, según sus experiencias y comentarios, refleja un gran interés por ser parte del nuevo proceso de construcción democrática, pero que se ve obstaculizado por distintos factores.

Al formular las preguntas, con mis colegas del Centro, pensábamos que, si bien el contexto se resume, en términos generales, de forma similar para las poblaciones, identificando los desafíos particulares de la juventud, los imaginarios colectivos y los elementos más importantes que contribuyen a esta crisis democrática, desde nuestros lugares como creadores del presente y del futuro, nos preguntábamos: ¿qué hace distintivo nuestro rol como juventud? ¿Qué nos diferencia o caracteriza respecto de otros grupos poblacionales? Además, dados estos elementos distintivos, ¿nos pueden ayudar a identificar cómo reivindicar estos conocimientos y experticias particulares que poseemos como jóvenes?

A partir de sus trayectorias de formación, todas relacionadas con la política, ¿qué puede aportar particularmente la juventud para la transformación de la democracia? Como jóvenes estudiantes, ¿qué elementos, conocimientos, experiencias, vivencias y expectativas han logrado recoger que puedan aportar a la transformación de la democracia? ¿Qué es eso que, como juventud, podemos poner sobre la mesa y decir: dentro de nuestro rol como juventud, le aportamos esto a la sociedad?

Mauricio Molano

En el colegio, este tema político se ha tratado de fortalecer mucho. Contamos con una materia llamada “Colombia libre y soberana”. El objetivo de la materia es generar alternativas socioeconómicas para el país y que nosotros, como jóvenes, tengamos una visión más clara



de qué país queremos, a pesar de sus dificultades. Esta materia comienza en el grado noveno, donde empezamos a conocer más sobre historia, para que en 11 podamos presentar propuestas que generen alternativas para el desarrollo del país, abarcando todos los sectores de la economía colombiana.

Otro espacio que tenemos es la técnica, creada hace tres años: la Técnica en Formación Político-Ciudadana. Estos espacios nos permiten tener una mayor claridad sobre democracia y política. Incluso fui candidato a la personería del colegio, y una niña de tercero me dijo: “¿Cuánto me paga por el voto?” Yo le respondí: “¿Qué les están enseñando a estos niños?” Tan pequeños y ya haciendo esas apreciaciones. La incidencia de la corrupción viene desde sus casas. Así nos damos cuenta de que el trabajo de fortalecernos como jóvenes en el tema de la política debe empezar desde pequeños.

Con la profesora Selene del colegio, comenzamos un nuevo proyecto llamado *Puente Amarillo: tejiendo democracia*. Con este proyecto queremos sensibilizar, desde grado 0 hasta grado 11, a los niños sobre qué es la democracia, qué es votar, qué es la política, para que puedan tener una comprensión más clara de estos conceptos y no sigamos viviendo en la apatía que tenemos hacia la política. Tengo compañeros dentro de la Técnica que dicen que la política no les interesa, y por lo tanto, lo que se hable sobre ella les da lo mismo. No es así. La política es un tema de interés general, aunque no participemos de ella. Todo lo que allí se haga nos va a perjudicar o beneficiar.

Por lo tanto, hemos tenido muchas vivencias, y el colegio ha sido un gran pilar en este tema de fortalecer conceptos y participaciones políticas. Todas las actividades y eventos que realizamos me demuestran que la política y la democracia son temas que me interesan a mí y a todos los jóvenes del país. No podemos seguir viendo esto como un tema de apatía.

Valentina Corradine

Con tu intervención podemos dar cuenta de distintos comentarios que se hicieron a lo largo del Foro. Se exaltaba la necesidad de comenzar la educación política no solo en las instituciones de educación superior, sino también en las de educación básica, primaria y media. Las experiencias que nos compartes desde tu colegio evidencian que, afortunadamente, ya existen espacios donde se están promoviendo este tipo de iniciativas.

Esto también nos permite visibilizar un segundo aspecto: cuán importantes son los colegios en la educación política de las y los jóvenes. Si no existieran colegios con este tipo de iniciativas, que promuevan la instrucción de herramientas útiles para el futuro, ¿dónde quedaría ese conocimiento? Según lo que entiendo de la experiencia que nos compartes, el propósito de este macroproyecto es innovar en la enseñanza de conocimientos básicos para hacer uso de los mecanismos de participación política y ciudadana del país.

Mateo Méndez

En mi caso, mi formación política ha sido empírica en el sentido de que he tratado de no depender de otras personas. No sé si esto sea bueno o malo; ha sido mi proceso, y considero valiosos los procesos independientes, en los que una persona se forma desde cero sin la influencia externa al inicio. Por supuesto, más adelante, en la política, se debe interactuar con otras personas. Creo que este enfoque es valioso porque permite aprovechar al máximo las

ideas y perspectivas de un individuo, evitando ser instrumentos de ideologías sociopolíticas, económicas o de cualquier tipo.

De esta forma, pueden surgir nuevos entendimientos de lo que es la política y de cómo una persona cree que funciona la política en el contexto de un país como Colombia. La juventud puede aportar conocimientos generacionales que la política actual desconoce. Las dinámicas políticas actuales han estado desconectadas de los cambios o evoluciones generacionales. Un ejemplo claro de esto son las asambleas universitarias, espacios sumamente políticos que se han manejado bajo las mismas dinámicas durante décadas. Sin embargo, he visto iniciativas, incluso de compañeros cercanos de la Facultad de Artes, que proponen modificar la forma en que se realizan estos espacios, cambiando el nombre, la forma de participación o la manera de registrar lo conversado. Así es como surgen ideas originales y curiosas, como ocurrió en nuestra facultad, donde se propuso realizar asambleas mediante videojuegos online. Estos son aportes que surgen del cambio generacional.

Personalmente, he propuesto realizar estos espacios de discusión al aire libre, con comida o cervezas; ideas que los jóvenes planteamos para motivarnos a acercarnos con más ganas y entusiasmo a estos espacios de debate y discusión política.

En cuanto al tema de la democracia, en relación con la primera pregunta, los estudiantes de la Universidad Nacional deseamos que la democracia represente lo que etimológicamente significa la palabra. Por eso, ahora está muy viva la consigna “Todo el poder para la Asamblea”, que exige que la democracia sea, de verdad, la opinión de la mayoría. No queremos espacios en los que algunos tengan más poder de decisión que otros. También estamos dispuestos a proponer nuevas dinámicas y escenarios para la toma de decisiones, como lo estamos haciendo con los espacios de discusión y debate.

Valentina Corradine

Tu comentario nos permite identificar distintas características del ejercicio de participación política en escenarios independientes y universitarios. En cuanto a los escenarios independientes, podemos interpretarlos como espacios que ofrecen muchas fortalezas y responsabilidades en el uso de dinámicas y herramientas innovadoras. Mencionabas plataformas digitales como los juegos o la reapropiación de espacios públicos, los cuales se comparten con personas que también se expresan de manera independiente.

Esto se conecta estrechamente con las mesas de hoy, donde se habló ampliamente sobre los nuevos medios de comunicación digital. Nos podemos preguntar qué tan responsables somos, como jóvenes, dentro de estos ejercicios independientes. En las mesas anteriores se mencionó que podríamos caer en lugares comunes, como los comentarios típicos de Twitter, Facebook e Instagram, los cuales no necesariamente fortalecen la conciencia crítica acerca de lo que se nos presenta. Sin embargo, también somos capaces de tomar esa información, analizarla cuidadosamente y utilizar lo que más convenga a la comunidad y al bien común que buscamos promover.

Adicionalmente, tu comentario también nos permite reflexionar sobre las instancias que ejercen una amplia influencia en las dinámicas juveniles: las instituciones de educación superior. Ya no solo los colegios, como mencionó Mauricio; Mateo nos recuerda que las universidades



también son clave. El espectro se amplía; no se trata solo de las instituciones básicas por las que pasamos necesariamente, sino que existen otros espacios que se articulan de acuerdo con nuestras voluntades e intereses. Es decir, hay quienes prefieren no formar parte de estos escenarios alternativos, optando por seguir la ruta tradicional del ejercicio político o académico.

Kimberly Nibiayo

Me recojo sobre varias de las cosas que han mencionado mis compañeros y hago énfasis en la última cuestión planteada por Mateo: ¿cómo logramos llegar a nuevos espacios de manera más fresca para atraer a más personas a los espacios de discusión? En ese sentido, y en línea con mi intervención anterior, es fundamental democratizar aún más estos espacios: la información, la educación, y la discusión, para que sobre la mesa logremos tener una mayor diversidad.

Ahora, para responder a la pregunta desde el lugar en el que me sitúo —mujer, joven, muisca nativa de Suba y estudiante de Sociología en la Universidad Nacional— quiero hacer un pequeño recuento de mi formación política para tratar de hilvanar los puntos que considero fundamentales para fomentar y fortalecer la educación política y la participación política de la juventud.

Hago parte del Cabildo Indígena Muisca de Suba, una entidad de carácter especial. Esta es una figura administrativa en la que se ha sembrado la existencia, resistencia y reexistencia del muisca nativo de este territorio. He tenido la oportunidad de ver el aumento exponencial de liderazgos juveniles de mis colegas comuneros, quienes han asumido el desafío de sumar sus voces a este reto de la democracia, el pluralismo y la interculturalidad. Gracias a estos liderazgos, hemos logrado participar en los Consejos Locales de Juventud, en la construcción de políticas públicas, incidir en el Plan Distrital de Desarrollo, y recuperar territorios sagrados. También se han gestado importantes avances en materia de educación propia e intercultural, y se ha sembrado y cosechado una Guardia Indígena en medio de la ciudad, que trabaja incansablemente por salvaguardar lo que es sagrado para nuestra comunidad. En este trabajo, de hecho, contamos con el apoyo del Centro para la Educación Política, como se ha esbozado levemente en otras intervenciones.

Todo esto se ha logrado no bajo la pretensión impositiva del autoritarismo de nuestras formas, sino bajo el ejercicio dialógico de la tradición oral de mi pueblo, un valor fundamental para la ejecución de la democracia. En esta comunidad y en esta organización, como cabildo —que es como un pequeño Estado donde tenemos nuestras formas de gobierno, división de poderes, área de seguridad, de justicia, etc.—, puedo ver cómo estas características que he identificado como importantes para superar esta crisis en la democracia y fomentar la participación juvenil funcionan en este laboratorio. Por un lado, está el diálogo de saberes, en el que la interculturalidad está siempre presente, y donde tenemos que asumir el reto de dialogar con la diferencia: con otros pueblos indígenas, no indígenas, afros, etc.

Además, está presente el reto de lograr que los mayores tengan credibilidad en el liderazgo de las juventudes y asuman, desde sus roles como mayores y sabedores, la función de conectarse y cohesionar para poder guiar y construir mancomunadamente desde lo intergeneracional. Esto no solo ocurre en mi comunidad; la juventud ha demostrado un profundo interés en las últimas décadas por diferentes áreas que, si bien no se conciben como política pura, son ac-

ciones políticas porque lo personal es político. Por ejemplo, el interés por la crisis climática, el consumo responsable ética y ambientalmente, y el movimiento en pro de la interculturalidad para construir un mundo donde las diferentes formas de vida puedan convivir en armonía. Esto demuestra la potencia de la juventud para construir en sociedad.

La juventud también ha demostrado su capacidad de autogestión y organización. Aunque por cuestiones laborales no he tenido la oportunidad de asistir mucho, un gran ejemplo de esto son las juntanzas sociológicas que se han realizado en el marco de este último paro, donde los palabreos teóricos se ponen a la luz de la coyuntura. Hemos tenido acompañamiento de profesores y de otras organizaciones, donde los estudiantes han participado en espacios que no son netamente académicos. Estos encuentros nacen del interés por entender la coyuntura, ver cuál es nuestro rol, qué podemos hacer y cómo podemos movernos. También son importantes las ollas comunitarias, que se preocupan por la alimentación de los otros, los grupos de estudios autónomos, y los colectivos que van a los barrios marginales a sembrar procesos educativos. Todos estos son actos políticos que demuestran la potencia de la juventud para incidir en la democracia.

Si comprendemos la necesidad de cohesionarnos, no solo como jóvenes, sino también buscando el trabajo mancomunado con otros sectores sociales, veremos que la potencia es mucho mayor. Hago énfasis en que es profundamente de los jóvenes la capacidad de innovar para atraer, sumar más voces a la discusión, dinamizarla y evitar que se pierda la efervescencia e interés de quienes la tienen. Además, debemos ser capaces de construir algo tangible a partir de esas voces.

Valentina Corradine

Gracias, Kimberly. Considero que tus últimas apreciaciones ponen sobre la mesa aspectos que no habíamos considerado, al menos en este diálogo: la articulación con escenarios burocráticos, tecnocráticos y administrativos, y cómo, desde nuestra autogestión como jóvenes y comunidades particulares, podemos incidir en esos espacios, generar cambios y proponer rutas de acción que sean eficaces, funcionen y a los cuales la gente pueda ir, participar y co-crear de la mano de distintas generaciones y saberes.

Resalto tu comentario anterior: más que un relevo generacional, es un diálogo intergeneracional. Ponernos frente a frente, en una mesa redonda, en igualdad de condiciones de escucha y diálogo, entendiendo que la otra persona tiene las mismas capacidades para interceder en el contexto y aportar desde esos conocimientos y experiencias.

Natalia Bernal

Considero que es clave la disposición que cada persona tenga. Es decir, que las personas mayores estén dispuestas a escuchar y apoyar a los jóvenes que quieran dar su opinión y aportar. Además, desde la juventud no solo se trata de tener ideas, sino de apoderarse de ellas y hacerlas cumplir.

En cuanto a algunas situaciones que me han pasado, aquí en el colegio, por ejemplo, en las elecciones de contralor, que es un micro gobierno dentro del colegio. Como en la mayoría de los colegios, los niños simplemente votan por la cara de la persona, pero no están invo-



lucrados en la política, es decir, no saben realmente qué están haciendo o para qué lo están haciendo. También se trata de darles propósito desde pequeños.

Respecto a la pregunta anterior sobre elementos, generalmente el escucharnos se queda solo en eso, en una escucha. Como decía Mateo, nos llaman la generación de cristal, que por cualquier cosa nos rompemos. Pero están tan metidos en ese círculo que no piensan que tenemos la fortaleza de apoderarnos de nuestra opinión y hacerla valer.

Valentina Corradine

Gracias, Natalia. Aportas un nuevo factor: cómo las dinámicas de grupos poblacionales distintos a la juventud permiten perpetuar las prácticas que nosotras y nosotros, como juventudes, desarrollamos entre nosotros mismos. Es decir, terminamos repitiendo actos de corrupción, el voto por compra de algún interés particular, o cómo una figura política que se alza y se presenta como la más apta o la mejor para ejercer un determinado cargo público, simplemente con esta retórica, termina ganándose el reconocimiento. Insisto, sin ignorar nuestras responsabilidades como juventud, volvemos a caer en ese ejercicio.

Podemos responder algunas preguntas del público. Las voy a leer:

“Hay una idea muy difundida, que es que a los jóvenes no les interesa la política. Claramente ustedes son contraejemplos. Sin embargo, me pregunto si sus amigos, compañeros o conocidos son apolíticos o, más bien, tienen intereses o prácticas distintas a la política que prima en el debate público.” Aunque ya habían hecho esbozos sobre esto, igual la dejo sobre la mesa.

Natalia Bernal

Aquí, en mi curso, somos de los que más estamos relacionados con la política. Estamos tratando de integrarnos e informarnos con el profesor Pacheco y, a pesar de que no nos dan materias específicas para esto, buscamos otros medios para obtener los conocimientos. Ese es otro punto: que no nos den las materias no quiere decir que no tengamos las formas de informarnos. Con el profesor tratamos de generar charlas y espacios para acceder a la información y adquirir conocimientos.

Mateo Méndez

No creo que alguien pueda llegar al punto de ser apolítico; más bien, como lo plantea la pregunta, lo que ocurre son prácticas y formas diferentes. Digamos que puede ser apatía, que no es solo eso, sino que está influida por muchos factores, pero lo llamaré así. Esta apatía es fruto de un imaginario que se ha construido a partir de una visión sobre la política en Colombia. Identifico una visión ridiculizada y percibida más como una farándula de gobierno que como política en esencia. Creo que esta visión genera una actitud de rechazo en las personas, no solo en los jóvenes, hacia el concepto de política, pero lo que falta es un entendimiento de las bases de lo que realmente es la política.

Creo que esta confusión o visión implantada por los medios y otros actores es la que genera apatía y poca participación.

Kimberly Nibiayo

En lo personal, sí he evidenciado un aumento exponencial de la participación política de los jóvenes en mis círculos sociales. En el Cabildo, los gobernadores más recientes han sido jóvenes, las autoridades tradicionales actuales son muy jóvenes y quienes lideran diferentes procesos son, en su mayoría, jóvenes. Sin embargo, reitero, desde mi perspectiva, esto no funciona como una nueva pequeña élite, sino trabajando de manera mancomunada con los mayores, y eso ha sido tremendamente eficiente.

Lo veo también en la Universidad, donde los liderazgos son muy jóvenes. A medida que avanzan los semestres, se observa que las personas de primeros semestres llegan con la efervescencia y la voluntad de liderar y aprender muchos procesos. Es un absoluto, sí. Siento que los jóvenes, mis pares, están demasiado activos en asuntos políticos. Conuerdo con Mateo en que lo que sigue generando cierta resistencia no es lo político en sí, sino la política tal como la conocemos popularmente, la “politiquería”. A esa es a la que se le huye comúnmente en la juventud. Esto no significa que no haya participación activa y creciente.

Valentina Corradine

Otra pregunta del público: “¿Ustedes, como jóvenes, consideran que existe alguna relación entre la apatía política juvenil, entendida como la negación de la participación juvenil en la democracia actual, y el reclutamiento o instrumentalización de niños, niñas, adolescentes y jóvenes por parte de grupos armados en Colombia?”

Mateo Méndez

Creo que se debería ampliar la pregunta. Eso que estamos denominando apatía política sí puede estar ligado al reclutamiento por parte de grupos armados, pero considero que es producto de muchísimos factores, y ninguno de nosotros puede tenerlos todos enmarcados. Entonces, esto es el resultado de múltiples causas y no solo de una situación puntual.

Valentina Corradine

Gracias, Mateo. Les hacen una pregunta particular a Natalia y Mauricio: ¿Podrían, por favor, darnos ejemplos concretos de actividades de educación política que hayan liderado y que les hayan parecido especialmente relevantes?

Natalia Bernal

Justamente, el conversatorio que tuvimos aquí con los chicos de Puente Amarillo fue una actividad política influyente, porque nosotros no teníamos conocimiento de que podríamos involucrarnos más en el mundo de las ciencias políticas.

Además, como decía Mateo, lo apolítico en realidad no existe. Al ser apolítico, estás bajo una política que tú mismo te impones. Es como un tipo de anarquismo en el que te riges bajo tus propias reglas, pero sigues siendo político. Considero que los debates que se hacen en estos espacios influyen mucho.

Valentina Corradine

La última pregunta. De las materias que les enseñan en sus instituciones educativas, o de los



grupos de los cuales forman parte: ¿cuáles están más relacionadas con la enseñanza de la política? ¿Estas son suficientes para lograr una adecuada educación política? Y, si no es así, ¿cuáles serían las que ustedes esperan que les enseñen?

Kimberly Nibiayo

Respecto al colegio, del que ya me gradué hace unos años, sí considero que existen huecos urgentes de cubrir, sobre todo en lo que respecta a las ciencias políticas propiamente dichas. Yo no soy politóloga, mi formación es como socióloga. Conforme he tenido participación política, me he dado cuenta de la carencia de comprensión de estos conceptos. De hecho, lo mencionaban ayer en el foro: lo necesario que es volver a hablar de teoría política para comprender la coyuntura y para proyectar el futuro.

Es muy necesario hablar de marxismo, conservadurismo, de todas las teorías liberales. Además, entender cómo funciona la democracia y qué la ha llevado a tener las crisis que enfrenta: si son propias de este modelo o si, más bien, al comprenderla podemos ver qué podemos subsanar o, por qué no, crear otro modelo nuevo. Creo que son discusiones que se deben dar desde los colegios y que, por supuesto, deberían estar presentes, no sé si permanentemente, pero al menos sí fundamentalmente, desde la primera institución de la sociedad, que es la familia.

Ahora, en cuanto a la universidad, por la carrera que decidí y tuve la oportunidad de cursar, sociología, me ha brindado bastantes herramientas. Sin embargo, cuando se hace el tránsito a la universidad, se notan los vicios que quedan, los cuales deben subsanarse por cuenta propia o tratar de avanzar, aunque sea cojeando, porque hay cosas de las que no se habla lo suficiente. Por un lado, lo teórico, pero también respecto a las instituciones: cuáles existen y cómo funcionan, un poco de derecho administrativo, aunque decirlo así pueda sonar muy engorroso. Es importante tener estos fundamentos tanto en el colegio como en la universidad. Considero que debería ser fundamental, independientemente de la carrera.

Mi carrera está más afín a estos temas, sin embargo, como lo hemos venido comentando en el foro, lo político no solo compete a unos pocos interesados en el poder y las ciencias sociales, sino que nos compete a todos como miembros de una sociedad en la que tratamos de convivir de la forma más armónica posible. Sería esencial que, también desde otras áreas de conocimiento, se pudieran tratar estos temas, porque finalmente todos estamos, desde nuestras universidades y profesiones, apostando a aportar algo para la sociedad y entendiendo que vivimos en sociedad.

Esos serían los temas que considero urgentes de incluir. En mi carrera hay temas que son muy pertinentes para esto, como la sociología jurídica, la sociología de la educación, y un sinfín que disfruto muchísimo.

Mauricio Molano

En el colegio sí tenemos varias materias que nos refuerzan en la enseñanza política. En la media técnica, vemos: “Gobierno y Estado”, “Memoria y Territorio”, “Política y Derechos Humanos”. En la jornada académica de la mañana, se imparte la materia “Colombia libre y soberana”. Creo que estas materias nos fortalecen mucho conceptualmente en estos temas de educación política.

Alexis De Greiff

No quiero hacer ningún cierre de tipo teórico o académico. Creo que el Foro ha sido suficientemente ilustrativo. Quiero agradecer a todos y todas los y las ponentes y participantes que estuvieron presentes. Ha sido más nutrido de lo que habíamos pensado.

La única reflexión final que me queda es que el Foro mismo fue un ejercicio de educación política. En ese sentido, invito a que lo asumamos con reflexividad. Es decir, pasar de esa primera reacción de si quien está hablando me suena o no, a una segunda reacción, después de esa primera emoción. De alguna manera, domesticarla un poco en el sentido de escuchar, analizar, elaborar, hacer más complejo el propio razonamiento y acercarse un poco más al paso de una simple opinión a una más informada. Así, pasar del “estoy de acuerdo” al “estoy de acuerdo porque”, después de haber hecho ese análisis. Eso es lo que me ha dado vueltas todo el tiempo.

Finalmente, quiero invitarles a todos y todas a vincularse al Centro, muy especialmente a utilizar el material tan valioso de metodologías, los cursos que se han dictado, las acciones artísticas, documentos como la revista y los libros, todos de descarga gratuita. También hemos puesto los vínculos para que se puedan poner en contacto con nosotros. En ese sentido, uno de los proyectos más grandes y ambiciosos que estamos desarrollando es precisamente con el Colegio Cerca de Piedra y el Colegio Puente Amarillo en Cundinamarca y el Meta, respectivamente: la Red Nacional de Educación Política. Lo menciono porque, con mucha satisfacción, veo que hemos tenido participantes de distintas regiones del país. Ojalá podamos contar con ustedes para la conformación de la Red.

Finalmente, quiero agradecer a las personas que están detrás de las cámaras, a quienes han hecho posible esto: Valentina Corradine, Natalia Rebetz, Manuela González, al equipo de comunicación de la Universidad de los Andes, y a mis colegas Clement Roux, Alexander Cruz, Camila de Gamboa y Andrés Sicard. Con todos ellos hemos intentado hacer posible esta reunión. Constanza Castro ha sido un motor fundamental para todo esto, un gran agradecimiento para ella. En nombre del Centro, le agradezco al Centro mismo, a ustedes que lo constituyen. Un aplauso para ustedes, fue un esfuerzo muy importante, son quienes a veces están detrás de lo que está al frente, incluso algunos y algunas les invitamos a estar al frente, pero se rehusaron porque decían que su trabajo era más detrás de cámaras.

No quiero dejar pasar la oportunidad para agradecer a los colegios Cerca de Piedra y Puente Amarillo. Muchas gracias a todas y todos los participantes y a mis colegas. Con esto damos por concluido el 2o. Foro Nacional de Educación Política: La democracia en la encrucijada. Este Foro fue una invitación a lo que todos tratamos de decir: las democracias son vulnerables, pueden estar sujetas a desaparecer a veces desde adentro, y el rol de los ciudadanos y ciudadanas es estar vigilantes. Esa es una palabra que aprendí en este Foro: ante las señales de que se va a vulnerar la democracia, debemos empezar a levantar las antenas.

¡Muchas gracias a todas y todos!

CIERRE



CENTRO PARA LA
EDUCACIÓN POLÍTICA

www.centro-educacion-politica.org

